

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador
Departamento de Sociología y Estudios de Género
Convocatoria 2018-2020

Tesis para obtener el título de maestría de Investigación en Sociología

Imposición de subalternidad sobre el campesinado en el marco de procesos de acumulación y hegemonía. El caso del municipio de Sonsón, subregión del oriente de Antioquia (Colombia)
1997-2020

Diego Alejandro Morales Zapata

Asesor: Carmen Gómez Martín
Lectores: Valeria Coronel y Jorge Enrique Forero

Quito, junio de 2021

Dedicatoria

A todos los mártires del pueblo colombiano caídos en la lucha contra la oligarquía nacional que hoy marcha a paso fascista. A dos de ellos pude conocer personalmente:

Profesor Luis Fernando Wolf, con quien compartí en igual condición como estudiantes el curso “Repensar el Socialismo”, de la Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín en 2013; fue baleado en 2015 a las afueras del campus. Por casualidad, póstumamente llegó a mis manos un libro que fuera de su propiedad y que resultó fundamental para elaborar la presente tesis: *La Formación de los Intelectuales*, de Antonio Gramsci.

Profesor Campo Elías Galindo, con quien participé de diferentes espacios políticos y protestas sociales en la ciudad de Medellín. Fue asesinado en septiembre de 2020. Luego de apuñalarlo, sus verdugos dejaron sobre su pecho un libro incinerado como profanación a su trabajo y castigo simbólico post mortem, por el crimen de ayudar a formar una consciencia social crítica hacia los dirigentes regionales y nacionales.

En algo más ambos casos son idénticos: intelectuales que, en una tierra gobernada y plagada por monstruos, comprometieron su trabajo con los intereses de los explotados y oprimidos. A todos como ellos dedico esta tesis.

“El pueblo que combate, al fin triunfa ”

Simón Bolívar

Tabla de contenidos

Resumen	VIII
Agradecimientos.....	IX
Introducción	1
Capítulo 1	14
Internalizando el despojo	14
Introducción	14
1. Acumulación por desposesión y destrucción creativa.....	15
1.1. Acumulación por desposesión	16
1.2. El proceso de destrucción creativa	18
2. Hegemonía, Subalternidad y Sentido común	21
2.1 Hegemonía y Subalternidad.....	21
2.2. Hegemonía y sujetos sociales	24
2.3. Resistencia y Sentido Común.....	25
2.4. Antagonismo, Autonomía y Subalternidad	26
Capítulo 2	29
Pudientes y Montañeros	29
Introducción	29
1. La formación histórica del campesinado en Antioquia: el sometimiento del campo	29
2. Desarrollo y estabilización del campesinado antioqueño durante el Siglo XX.....	32
2.1. Primera mitad del siglo XX: economía cafetera y bases de la violencia política.....	32
2.2. El campesinado antioqueño en la segunda mitad del siglo XX: conflicto armado y.....	36
acumulación neoliberal.....	36
2.3. El periodo 1997-2020: reacción y restauración en el Oriente de Antioquia	41
3. Sonsón.....	43
3.1 Datos socioeconómicos y geográficos de Sonsón	44
3.2. Sonsón: campesinado y élite	45
3.4. Despegue de la economía neoliberal en Sonsón: 2010-2020	47
4. Los campesinos en la hegemonía	50
4.1. Racialización del colono-campesino antioqueño	53

Capítulo 3	56
El ahorcamiento de los campesinos	56
Introducción	56
1.2. De agregados a dueños	60
2. El mercado mundial de alimentos y las multinacionales.....	62
2.1. La locura verde	63
2.2. El amarre al mercado externo.....	67
Fotografía 1. Cuento de Don Reservando. Fuente; Trabajo de campo Sonsón, 27-02-2020 .	70
3. El Despojo Financiero	73
4. Arrancar la naturaleza.....	77
5. La palidez del ahorcamiento.....	82
Capítulo 4	87
El Baño de Ruda.....	87
Introducción	87
1. La máquina cultural	87
1.1 Buenos resultados	89
1.2. Campesinos: tesoros decorativos.....	92
Fotografía 2. Arrieros. Fuente: Trabajo de campo 17-03-2020	93
1.3. Las Fiestas del Maíz sin maíz.....	94
1.4. Raza y clase	96
1.5. El credo del mercado	100
2. El amarre.....	101
2.1. La gente de bien.....	102
2.2. De campesinos a productores	105
2.3. El alcalde	108
3. Limpios y pálidos	112
Fotografía 3: “Hágase el bobo como si no lo fuera”. Fuente: Botero 2016, 198.....	116
Conclusiones	122
Lista de referencias.....	127

Ilustraciones

Mapas

Mapa 1. Georreferenciación de Sonsón.....	10
Mapa 2. Sonsón.....	50

Fotos

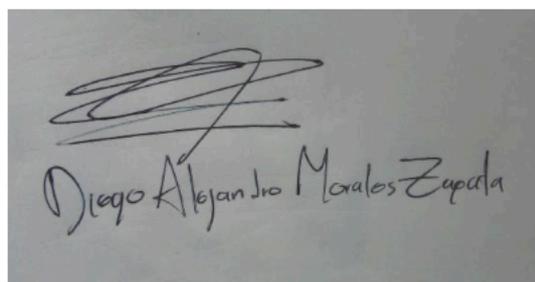
Foto 1. Cuento de Don Reservando.....	70
Foto 2. Arrieros.....	93
Foto 3. “Hágase el bobo como si no lo fuera”.....	113

Declaración de cesión de derecho de publicación de la tesis

Yo, Diego Alejandro Morales Zapata, autor de la tesis titulada “Imposición de subalternidad sobre el campesinado en el marco de procesos de acumulación y hegemonía. El caso del municipio de Sonsón, subregión del oriente de Antioquia (Colombia) 1997-2020” declaro que la obra es de mi exclusiva autoría, que la he elaborado para obtener el título de maestría de investigación en Sociología concedido por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO Ecuador.

Cedo a la FLACSO Ecuador los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, bajo la licencia Creative Commons 3.0 Ecuador (CC BY-NC-ND 3.0 EC), para que esta universidad la publique en su repositorio institucional, siempre y cuando el objetivo no sea obtener un beneficio económico.

Quito, junio de 2021

A photograph of a handwritten signature in black ink on a light-colored surface. The signature is stylized and appears to read 'Diego Alejandro Morales Zapata'. Below the signature, the full name 'Diego Alejandro Morales Zapata' is written in a clear, legible cursive script.

Diego Alejandro Morales Zapata

Resumen

Este trabajo es una aproximación al entendimiento de la subalternidad del campesinado antioqueño en Colombia, desde la problematización del papel de la subjetividad en la formación de un estado histórico de las relaciones de poder vigentes a nivel local y nacional. A ello se atiende con perspectiva teórica de la desigualdad y el conflicto social, tomados en términos de hegemonía y subalternidad, tal como aparecen en las elaboraciones de Antonio Gramsci y Massimo Modonesi; mientras que, por otro lado, se examinan los procesos de acumulación de capital por desposesión y destrucción creativa según la teorización de David Harvey, llegando a establecer una relación entre las dimensiones subjetiva y estructural de la vida social de los sujetos campesinos en el contexto histórico del municipio de Sonsón- Antioquia (Colombia), durante el periodo 1997-2020. Metodológicamente, esta investigación tiene un enfoque cualitativo con un método principal etnográfico, que se acompaña de revisión y análisis documental. Finalmente, la investigación concluye identificando dos procesos diferentes que forman al campesinado del contexto como sujeto social: la proletarización campesina y su subalternización impuesta mediante la hegemonía cultural y la asimilación política.

Agradecimientos

A todas las personas de Sonsón que aportaron a la construcción de la presente tesis y compartieron con un extraño su conocimiento y experiencia de vida. En su ánimo duerme el espíritu de cooperación y solidaridad, necesario para traer a la vida una nueva sociedad.

Gracias a FLACSO, que me ayudó a culminar esta tesis paliando el hambre y la miseria causadas a mí por la negligencia del Instituto de Fomento al Talento Humano (IFTH), la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación (SENESCYT), ambas entidades estatales ecuatorianas, y por el Instituto Colombiano de Crédito Educativo y Estudios Técnicos en el Exterior (ICETEX) que incumplieron sistemáticamente los pagos de la beca necesaria para la reproducción de mi vida, obligándome a sobrevivir y estudiar en la mayor precariedad.

Introducción

Este trabajo es un esfuerzo por reconstruir la relación entre subjetividad y estructura económica, o siguiendo a Mills (2003), la relación entre biografía e historia. Por ello, pretende ser un estudio sociológico que a través del materialismo histórico ofrece una interpretación sobre los últimos veintitrés años (1997-2020) de historia del campesinado en el municipio de Sonsón, departamento de Antioquia-Colombia, buscando disputar y controvertir su versión autorizada. En la línea de Walter Benjamín según su séptima tesis sobre filosofía de la historia, este trabajo pretende *cepillar la historia a contrapelo* (causando dolor) y no empatiza con los herederos de los vencedores ni con su botín, sino con los vencidos que los hicieron posibles, recogiendo fragmentos de sus luchas y su sufrimiento por la represión y explotación a la que han estado sometidos.

El problema general al que aquí se atiende, es la formación objetiva y subjetiva del campesinado como sujeto social por dos procesos relacionados: el desarrollo de la economía neoliberal y la hegemonía de las clases dirigentes, desembocando en un proceso de subjetivación política; de cómo un grupo sometido y explotado termina aplaudiendo a sus despojadores. Históricamente la creación de la subjetividad antioqueña representó la extensión de una concepción del mundo propia de las clases dirigentes regionales de carácter urbano, industriales y comerciantes, sobre clases subalternas entre las que se cuenta al campesinado. Su génesis obedece a procesos de acumulación de capital en los siglos XIX y XX, caracterizados por experiencias de colonialismo interno. Esto, contribuyó a configurar una identidad regional hegemónica con rasgos característicos de los intentos latinoamericanos por crear sujetos modernos, generalmente antagónicos a pueblos indígenas y afrodescendientes.

En esta subjetividad regional, lo campesino aparece como elemento simbólico central, y como sujeto subalterno asimilado a las élites mediante la idea de *antioqueñidad*, de allí su relevancia para explicitar el conjunto de relaciones de poder social vigentes y su proceso de formación histórica. Así se creó la representación del antioqueño trabajador manual abnegado, idealizado en el campesino-colono, católico, conservador, monógamo, blanco (o blanqueado por el dinero), “próspero” en los negocios y cuyo horizonte de vida ha sido la acumulación de riqueza. Esta

constitución hegemónica del sujeto antioqueño es la versión socialmente autorizada, institucionalmente reproducida y subjetivamente interiorizada.

La aproximación a este problema supone, en todo momento, mantener la perspectiva de la conflictividad social como proceso en que se forman los sujetos sociales. Las experiencias de resistencia popular frente al capital en Colombia han tenido distintas formas históricas, que han girado entre la oposición pacífica y la rebelión armada. En contraposición, el mantenimiento del *statu quo* y del orden social ha tomado cuerpo en instituciones de la democracia representativa, la represión estatal o el paramilitarismo. Esta conflictividad, ha tenido lugar tanto en su dimensión objetiva como la contradicción entre capital- trabajo, y en su forma subjetiva de lucha por imponer los límites de la interpretación del mundo. La naturaleza especialmente rural de conflicto armado ha afectado de manera significativa a los campesinos, posicionándolos destacadamente en la configuración de las relaciones de poder por la disputa de los modelos de acumulación y por la representación del mundo social.

Ahora bien, estos procesos de acumulación de capital y conflictividad social durante la segunda mitad del siglo XX, y principalmente desde los años ochenta hasta la actualidad, han tenido como resultado el ocultamiento o subsunción de concepciones del mundo ligadas a la experiencia de vida campesina, y se ha normalizado la imagen del antioqueño rechazado, representando la riqueza social regional como mero resultado de la ética del trabajo característica de estos sujetos. Los esfuerzos históricos por la autonomía de las clases subalternas, como los historiales de resistencia en el departamento: la Unión Patriótica, el Movimiento Cívico de Oriente o la influencia de la teología de la liberación, han sido borrados, en lo fundamental, ante el relato hegemónico, dejando muy pocos trazos. De modo que la identidad antioqueña aparece hoy como referente simbólico cultural para los reaccionarios colombianos.

La correlación de fuerzas resultante del conflicto entre élites regionales, ligadas a la oligarquía nacional (ambas en proceso de articulación con capitalistas internacionales), y sujetos populares entre 1997-2020 en el oriente antioqueño, donde se encuentra Sonsón, ha resultado en la erradicación y proscripción de formas de organización y subjetividad popular campesina que pudiesen ser antagónicas al proyecto neoliberal, como eran las cooperativas agrarias promovidas

por la Unión Patriótica en zonas rurales de algunos municipios de la subregión. El desenlace ha sido la hegemonía del discurso empresarial y terrateniente sobre el desarrollo, ligado a proyectos de acumulación atados al mercado internacional, la explotación hidroeléctrica, el turismo y la agroindustria para la exportación como describe Arbeláez (2007). Todo ello se fertilizó y sembró en el suelo firme de una subjetividad campesina subalternizada.

De este periodo, la sociedad antioqueña emerge como centro de la reorganización y hegemonía de las fuerzas económicas y políticas reaccionarias colombianas, por ejemplo, actualmente la vocación electoral en Antioquia, y más aún en el oriente antioqueño, está decididamente volcada hacia élites conservadoras y partidos de extrema derecha.

La importancia de los campesinos de Sonsón y del municipio como espacio social para para afrontar este problema está en su acumulado histórico de vida, cultura y relaciones de producción campesinas, dentro de la región andina colombiana y especialmente antioqueña. Sonsón fue uno de los epicentros históricos de la sujeción del campo a la ciudad y de subalternización del campesinado en procesos de colonialismo interno hacia otras regiones del país. Aún hoy, cuenta con una vasta red de centros culturales y dedicados intelectuales que, de una u otra forma, se inscriben en el proceso de reproducción cultural hegemónico, al mismo tiempo, posee una importante población campesina en términos demográficos y una economía principalmente agrícola atravesada por procesos de acumulación-desposesión que se han profundizado en los últimos veintitrés años. Así, en el periodo 1997-2020, Sonsón ha sido epicentro de las contradicciones producidas por el despojo neoliberal, lo que ha desembocado en conflictividad social de diferentes dimensiones y formas.

De este modo, esta tesis trata de aterrizar en la conformación de la subjetividad campesina, que en buena medida es la subjetividad regional, en el conjunto de relaciones sociales de desigualdad y poder concretas, tanto estructurales como culturales, políticas e ideológicas formadas históricamente, realizando la reconstrucción de una totalidad social y tiene como punto de partida la siguiente pregunta: ¿Cómo el proceso de acumulación por desposesión y la hegemonía de las clases dirigentes/dominantes, en medio del conflicto social entre 1997 y 2020, modificaron la subjetividad de los campesinos de Sonsón en el oriente antioqueño?

Esta pregunta se alimenta de los siguientes objetivos de investigación:

1. Recrear el contexto político, económico, social y cultural de la subregión del oriente antioqueño y del municipio de Sonsón entre 1997 -2020, prestando especial atención a la transformación en las relaciones de poder en distintos niveles de la vida social, específicamente a aquellas que atañen al campesinado, así como a su formación histórica.
2. Explicitar el desarrollo del proceso de acumulación en el municipio de Sonsón durante el periodo establecido, su impacto en las relaciones sociales y vida de los campesinos.
3. Analizar la edificación y medios de la relación hegemonía- subalternidad entre las clases dirigentes y los campesinos de Sonsón de 1997 a 2020, así como la manifestación de esta relación en la subjetividad de los segundos.

Como hipótesis de respuesta a esta pregunta, se planteó que el proyecto de acumulación capitalista de las élites del departamento en la subregión del oriente, entre 1997 y 2020, ligadas al capital internacional, habría implicado la cristalización de su hegemonía sobre el campesinado en el proceso de conflicto social, con el despliegue de mecanismos políticos, culturales e ideológicos de coerción y consenso. Esto, pudo reducir en la identidad regional, expresiones de autonomía y concepciones del mundo antagónicas al proyecto hegemónico/dominante, haciendo prevalecer eventualmente en dicha subjetividad rasgos subalternos, y desembocando, así, en la formación de un sujeto campesino funcional al proceso de acumulación.

Estado del Arte

La subjetividad antioqueña ha sido objeto de estudio de la economía política y la historia desde perspectivas diferenciadas y contrapuestas en que se le ha definido como “antioqueñidad”, “ethos antioqueño” y “sentido común paisa”. Los trabajos al respecto se dividen entre algunos de tipo esencialista y otros histórico-económicos como los de sociología rural o economía política, la mayoría consta principalmente de metodologías cualitativas e históricos documentales. Así, esta subjetividad ha sido considerada como de manera abstracta e inmanente, con vida y autonomía propia, o cómo resultado de la conflictividad social y el desarrollo de la estructura económica colombiana y regional, lo que, a su vez, da cuenta de la disputa subyacente a la construcción de una nacionalidad regional.

El trabajo de Correa y Jaramillo (2002) denominado *El ethos antioqueño: Soporte moral para la creación, desarrollo y conservación de empresas*, recoge la esencia de los abordajes afirmativos y esencialistas sobre lo que denominan *ethos paisa*; una forma de ser consistente en un “alma del pueblo”, definida por un conjunto de características psíquicas, culturales y éticas de la población del departamento que se entrelaza con sus condiciones materiales, sociales e históricas. Esto, explicaría un especial desarrollo capitalista en la región, manifestado en la creación de empresas a partir de la subjetividad y no a la inversa. Esta elaboración de la identidad antioqueña es su versión hegemónica, producida por de las clases dominantes y dirigentes del departamento sobre el nosotros antioqueño y es elaborada, en este caso, por una metodología cualitativa tradicional, apelando a entrevistas e historias de vida a los empresarios antioqueños, quedando plasmada y siendo reproducida su concepción del mundo y autorepresentación, considerada por los autores como extensible al conjunto del grupo social.

En esta misma categoría es posible situar la obra de Betancur (1987): *Declaración de amor del modo de ser antioqueño*. El trabajo es esencialmente una oda idealizante de la cultura y tradición regional sobre la cual edifica una idea de nación antioqueña, es decir, trata de formular lo que sería en términos gramscianos, un relato nacional oligárquico que no llega a ser extensivo al conjunto colombiano, sino que se limita al ámbito regional, pero que alcanza a considerar como “patria” y le atribuye una potencia universal. Su método es principalmente histórico-documental.

En contraposición, se haya el grupo de estudios críticos con enfoques históricos y de economía política, como el de Appelbaum (2007): *Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948*, que tienen como objeto la constitución del sujeto antioqueño y la formación de su identidad (antioqueñidad), a partir del proceso histórico de colonialismo y racialización, en el cual el sujeto regional: un colono campesino o un empresario, se alza dominante sobre otros grupos dentro de una matriz étnica, sexual, cultural y económica. Este trabajo trata la acumulación capitalista en Antioquia a partir del saqueo colonialista de pueblos afro, indígenas y campesinos, por lo que ambos abordajes del problema se distancian en la relación que establecen de elementos objetivos y subjetivos. Este último grupo de estudios, resultan menos visibles y de menor aprehensión social, al exponer hechos contrarios al discurso de las clases dirigentes regionales.

Igualmente, es posible ubicar en este grupo de estudios el trabajo de Mejía (1978): *Aspectos de la colonización antioqueña*, en que trata de aportar una mirada histórica desde la economía política a la colonización antioqueña del siglo XIX y XX, como proceso histórico formador del sujeto antioqueño, caracterizado por la crueldad del desarrollo capitalista nacional: despojo de tierras, sometimiento del campesino colono y lucha de este contra pueblos indígenas, en lo que la expansión de la economía cafetera sería determinante. Es de especial interés para el autor cuestionar la idealización de este proceso.

Ahora bien, los estudios pertinentes para los fines de este trabajo no son ajenos a la tendencia general que, dentro de la literatura colombiana de las ciencias sociales de los últimos treinta años, se ha focalizado en el conflicto social armado como centro de la vida social. La bibliografía sobre la violencia política histórica en Colombia puede tomarse como un tercer un marco general de referencia interpretativa en este caso, aportante al entendimiento de fenómenos sociales como la relación entre identidades o subjetividades sociales, especialmente las considerables como hegemónicas, con el conflicto armado. No obstante, estos estudios no asumen como cuestión central la producción de sujetos sociales ni la dimensión inmaterial (cultural, ideológica) de la lucha, dejando abierto un espacio o problema que trabajos como el que se propone aquí, pueden aportar a revolver y ampliar.

Al respecto, estudios histórico-documentales como los de Zubiría y Estrada (2015) abarcan lo que denominan las dimensiones culturales del conflicto armado, incluyendo en ellas un “fascismo social” que niega la diferencias y valida el aniquilamiento del otro, la persistencia de un arraigado hispanismo/catolicismo autoritario y la importancia de la ideología en las formas de participación política. Estos factores culturales son entendidos por los autores como condiciones de reproducción del orden social responsable principal del conflicto. Si bien estos estudios son generales sobre Colombia, pueden servir de marco para entender, en un contexto histórico determinado, las características que la confrontación bélica ha impreso sobre la subjetividad antioqueña.

En este grupo, el estudio documental e histórico de Zelik (2014) sobre el paramilitarismo en Colombia, constituye uno de los esfuerzos más grandes por sistematizar este fenómeno en el país,

y uno de sus abordajes es la subjetivación del fenómeno por sujetos sometidos al poder paramilitar, lo que denomina “sociedad paramilitarizada”, que significa la introyección del orden social por la fuerza y la instauración de un régimen de valores contrarios a toda forma de solidaridad y cooperación.

Ahora bien, entre aquellos trabajos que son relativos al espacio social, sujetos y periodización de la presente investigación se encuentran algunos relativos a la conflictividad social y armada en la subregión del oriente de Antioquia, en la que se sitúa Sonsón. Entre ellos, vale la pena destacar el de Campuzano (2013), que en una perspectiva antropológica etnográfica y estudiando el caso de municipio de San Carlos, refiere a la legitimación social del poder paramilitar en el municipio, llegando al punto de plantear la adhesión de las víctimas a ese proyecto, y la expansión del mismo a ámbitos como las relaciones patriarcales. Estos estudios insinúan el problema de las consecuencias subjetivas del poder de grupos que, en el marco del conflicto, representan los intereses de las clases dominantes y, por lo tanto, una concepción del mundo hegemónica.

Existen otro tipo de estudios sobre la subregión que, si bien no se ocupan del problema de la formación de sujetos sociales, aportan un marco histórico sobre la acumulación de capital en los últimos treinta años, resultando útiles si se toma esos procesos como base material de las representaciones e identidades sociales. Así, el estudio de dimensión bíblica hecho por Siegert y de la Torre (2011), se centra en la incorporación del oriente antioqueño a la economía nacional e internacional en un proceso de acumulación estatal y privada de recursos naturales como el agua, lo que alimentó, según las autoras, el desarrollo de un proyecto de resistencia social, sin que lleguen a abordar las consecuencias subjetivas del rompimiento de dicho movimiento en la región y de la fragmentación que el conflicto armado impuso sobre la idea común de oriente antioqueño. Según su planteamiento, el despliegue de los intereses económicos dominantes sobre la región tuvo como efecto el desarrollo de un sujeto social opuesto al proyecto de acumulación, no obstante, no abordan la transformación de dicho sujeto en subalterno, en el marco del proceso histórico que tratan.

Por otro lado, otro acumulado de trabajos sobre el problema aquí enunciado abarca aquellos estudios pertenecientes al subcampo de la sociología rural. Estos estudios suelen tener como eje

central la inserción de la economía campesina en las relaciones de producción capitalista y los cambios que esto supone para la vida rural; es decir, cómo el campo se subsume al capital y a la ciudad, teniendo una fuerte y valiosa base en la economía política. Entre estos estudios se destacan el de Gutiérrez (1999) y Borda (2010), ambos sobre el campesinado antioqueño. En el primero, desde una perspectiva antropológica funcionalista, la autora aborda lo que llama el “complejo cultural antioqueño o de la montaña” describiendo su geografía, religiosidad y economía, pero centrándose en la familia y sus relaciones de parentesco patriarcales como eje de la reproducción social, así como en diferentes aspectos de la cultura regional, pero sin abordar el problema del conflicto social y su relación con la cultura. En el segundo caso, el autor, mediante su exposición histórica, identifica las bases de la tradición popular en Antioquia de naturaleza anti oligárquica, pero igualmente describe su debacle ante la reconfiguración de algunos elementos de la cultura local en reaccionarios y llama a la recuperación de los primeros.

La subjetividad antioqueña suele ser tratada en la bibliografía descriptivamente, o indagando por su gestación histórica, incluso desde el siglo XIX. Exceptuando el de Campuzano, que con una impronta subjetivista se pregunta de manera general por la influencia del conflicto y especialmente del paramilitarismo en la vida cotidiana, generalmente no se trata o se hace marginalmente el problema de la antioqueñidad en términos de su conexión con los procesos estructurales de desarrollo capitalista neoliberal y con el conflicto armado, como forma histórica de lucha de clases y hegemonía en un periodo de acumulación reciente, todo lo que busca aportar el presente trabajo.

Así, al indagar por la conexión entre identidad regional y estructura económica, tomando el caso de Sonsón, esta investigación aporta una contestación a aquellas obras que pretenden hacer lo inverso: derivar estructuras de la subjetividad “natural” de los antioqueños. Por otro lado, asumiendo la constitución de la relación hegemonía/subalternidad como resultado del conflicto armado en el marco del proceso de acumulación capitalista del municipio y la subregión, y abordando su impacto en la subjetividad antioqueña, esta investigación enjuicia el alcance de los trabajos sobre la identidad regional y sobre el conflicto mismo que, como se ha mostrado, obedecen en el primer caso a la producción hegemónica, y en el segundo no exploran las

dimensiones subjetivas, ideológicas y culturales de la vida social como partes mismas del conflicto social o lucha de clases.

Marco Teórico

La tesis desarrolla dos componentes teóricos principales: la teorización sobre la acumulación por desposesión y destrucción creativa que elabora el economista y geógrafo David Harvey; y el desarrollo sobre las relaciones de poder inmateriales: culturales, ideológicas y políticas, que Antonio Gramsci teoriza como hegemonía y subalternidad, llevada por Massimo Modonesi al entendimiento de la subjetividad expresada como interiorización de una posición objetiva en el mundo social. Además de ello, se sugieren algunas posibles conexiones entre estas teorizaciones, que refieren a dimensiones diferentes de la vida social, y se considera su potencialidad para pensar la formación de sujetos sociales contemporáneos.

Marco metodológico

Para dar respuesta a la pregunta planteada, se parte de los sujetos concretos, tal como existen en la realidad empírica. Esto significa un acercamiento y definición de sus características individuales y colectivas, observando su práctica vital tanto en términos objetivos como subjetivos, es decir, la forma en que reproducen materialmente su vida y el marco de interpretación del mundo o *sentido común* que poseen, con los elementos que lo componen como aquellos ideológicos y religiosos. Se parte de que estos sujetos concretos constituyen una determinación de condiciones externas a ellos, y sobre las cuales cuentan con relativa capacidad de acción.

Así, la perspectiva metodológica de investigación es fundamentalmente cualitativa, al referirse a una pregunta y problema que imbrican relaciones de poder subjetivas en el marco de un proceso histórico de cambios en el orden económico de una región y un municipio. El método central de investigación es de corte etnográfico, aunque se alimenta también del enfoque histórico documental, por el uso de fuentes documentales y la necesidad de reconstruir el pasado mediante el testimonio.

En línea de lo mencionado, la importancia de los campesinos de Sonsón como sujetos de la investigación, y del municipio como unidad espacial, está determinada por su experiencia objetiva, pasada y reciente, de desposesión-acumulación, y por la posibilidad de identificar una fuerte tradición cultural de arraigo campesino dentro de la región del Oriente antioqueño.

Mapa 1. La región del Oriente antioqueño



Fuente: Instituto de Estudios Regionales (INER)

La delimitación temporal del estudio es el periodo 1997-2020, definido así porque permite registrar, además de la puesta en marcha de las iniciativas de acumulación, el alza exponencial de la conflictividad social, en cuyo marco se inscriben y modifican las relaciones de hegemonía y subalternidad que constituyen una parte fundamental de la totalidad social que se trata de describir.

Durante tres meses, entre febrero y abril de 2020, se desarrollaron veinte entrevistas semiestructuradas y no estructuradas a campesinos, intelectuales locales, líderes sociales, trabajadores de la cultura y agentes del contexto local involucrados en distintos procesos de acumulación. Paralelamente, se llevó a cabo la técnica de la observación participante en espacios

de trabajo y socialización de los campesinos de Sonsón dentro de las veredas del municipio y su zona urbana, con registro de los datos obtenidos mediante instrumentos como el diario de campo y herramientas audiovisuales. Todo eso, se acompañó de un análisis documental que incluyó registros en prensa regional y local sobre los cambios causados por la inserción del capital en Sonsón, por el conflicto armado y archivos locales de producción intelectual, cultural y académica, incluyendo etnografías existentes sobre la vida campesina en el municipio. Las técnicas de investigación confluyen y se distribuyen entre aquellas que arrojan datos sobre las transformaciones de la estructura económica local, y aquellas que dan cuenta de los cambios en la cultura y subjetividad campesinas durante el periodo estudiado.

La experiencia de trabajo de campo arrojó algunas reflexiones metodológicas que merecen ser mencionadas. La primera, es sobre la investigación en contextos que experimentaron niveles relativamente agudos de conflicto social. Las luchas relacionadas con la imposición del modelo neoliberal en un contexto con relaciones capitalistas menos desarrolladas o con mayor capacidad de resistencia de algunos sujetos frente a ellas, como Sonsón, y que además adquieren dimensiones bélicas regulares o irregulares llevan consigo la liquidación paulatina de las relaciones de cooperación y confianza. Para el investigador, esto significa un mayor nivel de dificultad a la hora de entablar relaciones etnográficas, es decir, hace que el tránsito de agente extraño en el campo a la normalización de su presencia sea extremadamente más arduo y lento, porque la desconfianza se formó en la población como autoprotección en el conflicto y como un valor aceptable en la constitución de sujetos para el mercado capitalista.

Por otro lado, el recelo hacia el investigador foráneo no es absoluto en el caso de Sonsón sino al contrario, entra en tensión con los rezagos de solidaridad y generosidad que aún resisten y que son propios de la comunidad rural. Más allá de esto, la sospecha hacia el extraño no es una manifestación local del antagonismo entre dos concepciones del mundo. En Sonsón, parece que la transformación de la cultura y la subjetividad impuesta por el capital y sus agentes se apropia de la típica amabilidad campesina, haciendo de ella una ficción útil más al resguardo del modelo que a los propios sujetos campesinos. Al adueñarse (despojar) de la gran hospitalidad local, ésta se convierte en una máscara para indagar por el investigador forastero y sus intenciones. Por

suerte, la posibilidad de acceder al campo mediante enlaces y personas locales que conocieron y entendieron el propósito investigativo ayudó a sortear no sin dificultad este problema.

En segundo lugar, la experiencia investigativa en Sonsón evidenció un problema metodológico que probablemente es común a todo contexto o temática relacionada directa o indirectamente con el conflicto armado en Colombia: el desgaste en la población por décadas de *farming* académico o sobreexplotación con fines académicos de los sujetos rurales, frecuentemente denominados “víctimas”. Pilas de trabajos realizados por estudiantes, grupos universitarios, ONG y agencias estatales han producido cansancio frente al tema. A esto, se suma que el acervo de estudios sobre el conflicto suele no tener compromiso político decidido (como se verá en el capítulo cuatro), haciendo que no terminen de convencer a la población misma que participa de ellos. Este problema no generó una barrera infranqueable sino parcial para la realización metodológica de esta investigación, pues aun estando relacionada con el tema de la confrontación armada, el conflicto social se consideró además en su dimensión cultural y económica.

Finalmente, la pandemia global del COVID-19 en 2020 y su respectiva cuarentena, que se hizo vívida en Sonsón durante el mes de marzo, también dificultó la realización de las técnicas de investigación. La coyuntura impuso obstáculos prácticos como la imposibilidad de transportarse a las veredas, la anulación de los espacios sociales urbanos frecuentados por la población campesina como el parque, cafeterías, tabernas y similares, e incluso la restricción policiva de salir a la calle. A esto se sumó la reserva y prevención hacia un investigador proveniente de una universidad ecuatoriana (y en general extranjera) dado el origen “foráneo” del virus. Con todo esto, la mayor dificultad metodológica que impuso la pandemia fue la ocupación de toda la “consciencia social”, dejando poco espacio y disposición de la población para pensar en la vida de los últimos veinte años, aun cuando Sonsón ha sido escasamente afectado por el SARS-COV2. Afortunadamente, para el momento en que se obligó a iniciar la cuarentena en Colombia, el trabajo de investigación estaba bastante avanzado y lo faltante pudo realizarse durante el mes de abril cumpliendo con el cronograma establecido.

Estructura de la tesis

El capítulo uno es el de naturaleza teórica, como se mencionó, en él se presentan los elementos teóricos desarrollados por Harvey, Gramsci y Modonesi, trazando el desarrollo de los conceptos de acumulación por desposesión, destrucción creativa, hegemonía, subalternidad y subjetividad. Con ello, se establece su pertinencia para el presente problema de investigación y se sugieren algunas posibilidades de relación teórica.

El capítulo dos corresponde con la contextualización del problema, sujetos y espacio social de la investigación. En él, se presenta una descripción de la subregión del oriente de Antioquia, del municipio de Sonsón que en ella se encuentra, y del proceso histórico por el cual se formaron los campesinos locales; principalmente de los conflictos sociales y luchas que, en una perspectiva histórica con dimensiones económicas, políticas y culturales formaron su representación nacional-regional.

El capítulo tres, apoyado en datos de campo, es el análisis de la estructura económica del municipio de Sonsón desde 1997 a 2020, como un proceso de acumulación neoliberal basado en diferentes formas de despojo y destrucción creativa: vaciamiento del territorio, articulación al mercado, arrasamiento de la naturaleza y desposesión bancaria, prestando especial atención a los cambios que impuso la reorganización de esta estructura en la vida y la subjetividad campesinas. Este capítulo fija las bases para entender la conflictividad social en todas sus otras dimensiones.

Finalmente, el capítulo cuatro aborda la subalternización y los medios de la hegemonía ejercida por las clases dirigentes y dominantes locales, regionales y nacionales articuladas al mercado global: terratenientes, comerciantes, empresarios y banqueros sobre los campesinos de Sonsón. Para ello, se analiza el aparato cultural local, los cambios en la organización campesina y su interiorización del conflicto.

El relato concluye con la pregunta por las perspectivas de liberación con que cuentan los campesinos de Sonsón frente a su situación de sometimiento, sugiriendo la necesidad de buscar y repensar fundamentos para la autonomía y el antagonismo, es decir, de estudiar otras dimensiones de la historia y subjetividad campesinas locales como un medio para portar a su lucha.

Capítulo 1

Internalizando el despojo

Introducción

Este capítulo presenta los principales elementos teóricos con que se aborda el problema de investigación aquí planteado, al tiempo que sugiere algunas posibilidades de articulación entre ellos, considerando su pertinencia para entender la formación de subjetividades subalternas en el marco de procesos estructurales de acumulación de capital, en concreto, la formación de la subalternidad del campesinado antioqueño en relación al desarrollo del modelo neoliberal como uno caracterizado por la desposesión y destrucción creativa. Por otro lado, el capítulo expone los posicionamientos que permiten situar el presente trabajo en los debates sociológicos contemporáneos, asumiendo presupuestos teóricos en cuanto a la comprensión de la relación L

Lo anterior, posibilita entender la pertinencia de las elaboraciones teóricas que estructuran el capítulo de la siguiente manera: en primer lugar, se presenta la teorización sobre acumulación por desposesión y destrucción creativa, desarrolladas por David Harvey. Posteriormente, las de hegemonía, subalternidad y sentido común, en su elaboración por Antonio Gramsci, y finalmente se incorporan los desarrollos propuestos por Massimo Modonesi de los conceptos gramscianos articulados al entendimiento de la subjetividad, a los que añade autonomía y antagonismo.

El trabajo se ubica en una perspectiva teórica que privilegia el papel de la estructura en la vida y la formación de los sujetos sociales, frente a posicionamientos que conceden mayor relevancia al problema de la agencia o de corte voluntaristas (Beltrán 2011). Con esto no se pretende llevar a cabo una anulación de las posibilidades de los sujetos sociales hacia la transformación de dichas estructuras, sino plantear que no las constituyen de manera voluntaria. En este sentido, no se entiende la determinación del sujeto como resultado de fuerzas naturales, sino históricamente construidas y así mismo modificables.

Por otra parte, se atiende al problema de las relaciones entre sujetos que se hayan en estructuras sociales desde la perspectiva del conflicto social, apartándose de una comprensión armónica de éstas (Ritzer 1997). En este sentido, es la dinámica de lucha a nivel colectivo, que tiene lugar en

el ámbito político e ideológico/cultural, la que configura los cambios sobre dichas estructuras y sobre lo que podría considerarse la dimensión micro-sociológica.

Lo anterior, supone una comprensión de la vida de los sujetos que parte de su práctica vital, para entender la representación que hacen de las relaciones sociales en que se encuentran y de las propias estructuras sociales (Modonesi 2010). Este abordaje no se adscribe así a una perspectiva fenomenológica, sino en una que remite a sujetos determinados por fuerzas externas sobre las cuales cuentan con capacidad de intervención relativa y en las que inscriben su existencia social. Es en esa práctica social, inscrita en las condiciones estructurales históricamente formadas, que los sujetos elaboran sus ideas sobre sí mismos, sobre el mundo y no al revés.

Estos presupuestos teóricos permiten entender la importancia que, para los intereses y el problema de estudio del presente trabajo, tienen las categorías mencionadas. La naturaleza de estos posicionamientos expresa la manera que yace en la presente tesis de entender y conocer la realidad social a distintos niveles: lo estructural, entendido a partir de los procesos de acumulación; lo intermedio, en donde lo político y cultural es tratado mediante el concepto de hegemonía; y lo subjetivo, plasmado en la conceptualización de la subalternidad.

1. Acumulación por desposesión y destrucción creativa

En esta tesis, la dimensión macro-sociológica es abordada mediante las elaboraciones teóricas de David Harvey sobre los procesos de acumulación de capital, específicamente con los conceptos de *acumulación por desposesión* y de *destrucción creativa*. Estos remiten a procesos estructurales económicos que, en el marco del presente trabajo, resultan pertinentes para entender las transformaciones históricas que experimentaron los sujetos de estudio, pues atienden a las modificaciones en las condiciones de reproducción de la vida. Como se verá a continuación, ambos conceptos implican procesos políticos y culturales, lo que sugiere su eventual extensión al análisis de la formación de la subalternidad, es decir, la posibilidad de pensar mediante estas categorías la transformación de la subjetividad a través de los procesos de destrucción-creación y desposesión.

1.1. Acumulación por desposesión

El punto de partida para cualquier acercamiento a la acumulación por desposesión, como concepto y como correspondiente realidad histórica, es la elaboración clásica de la *acumulación originaria* realizada por Marx en *El Capital. Crítica de la economía política*. Dentro del andamiaje marxista sobre la producción y reproducción de la sociedad capitalista, la *acumulación originaria* representa el “pecado original”, el momento histórico de génesis en el cual las fuerzas productivas incubadas en la sociedad feudal se encuentran con la agencialidad de las clases en ascenso, como un *triumfo de la voluntad*, para poner en marcha el conjunto de relaciones sociales características del nuevo orden capitalista, y con ellas, las instituciones y el pensamiento que las legitima (Marx 1974).

Partiendo del concepto de acumulación primigenia de Marx, Rosa Luxemburgo (s/f) trata el problema como un proceso igualmente estructural, pero ya en el marco de la reproducción ampliada del capital. Su interés fue examinar cómo en la fase de imperialismo, el militarismo y la sujeción de formas sociales no capitalistas fueron necesarias para garantizar la reproducción del capital, y el papel del colonialismo europeo en este proceso. Por ello, destaca el choque de la expansión capitalista con formas sociales que le resultan adversas, como las campesinas/rurales.

Más allá del momento de génesis que describió Marx, y de la fase imperialista/colonial sobre la cual teoriza Rosa Luxemburgo, Harvey (2005) recupera el concepto de acumulación originaria en la contemporaneidad y le dota de un sentido concreto ligado a la reconfiguración espaciotemporal que va aparejada a la globalización neoliberal. La acumulación por desposesión, como la redefine, refiere al despojo que se produce de la propiedad pequeña o colectiva y del trabajo, por medios violentos –legales o ilegales– llevada a cabo por emporios económicos, individuos, el Estado, o de manera conjunta por las clases dominantes de la sociedad, permitiéndoles solventar la desvalorización del capital e incluso incrementarlo, principalmente en contextos de crisis de acumulación. Para Harvey (2005), todo esto tiene como consecuencia un “ajuste espacio temporal”, o, dicho de otro modo: la modificación geográfica, espacial y temporal en las relaciones sociales, las representaciones sobre éstas, la circulación de mercancías como bienes o fuerza de trabajo, y la naturaleza en sus formas históricamente apropiables, por ejemplo, las fuentes de agua y la tierra.

La acumulación por desposesión, como es elaborada por Harvey (2005), es una de las formas que adquiere la reproducción ampliada del capital, pensada en una dimensión geográfico-espacial concretada en su relocalización. Los centros históricos de acumulación se hacen insuficientes o cada vez más limitados para ello, producen un excedente de capital que debe revalorizarse, en lo que podría denominarse como periferias, típicamente campesinas, con nulo o escaso grado de subsunción. De esta manera, la acumulación por desposesión hace referencia también al espacio social y a los conflictos que implica el sometimiento de relaciones “precapitalistas”, que pueden entenderse aquí como rurales o campesinas.

Siguiendo la tradición teórica en la que se inscribe Harvey, especialmente en cuanto a la geografía y el análisis sociológico del espacio, se entiende por relaciones o condiciones de vida precapitalistas a las características de una ruralidad que se encuentra en disputa o tensión frente a su subsunción del capital. Lefevre (1978) condensa esta condición social “premoderna” en la figura de la comunidad rural, que define por su arraigo al suelo, su organicidad, formas organizativas que integran funciones técnicas y políticas, así como por la persistencia de propiedad comunitaria. En ellas el valor de cambio puede existir, más no es el elemento determinante de la organización económica y del resto de relaciones sociales, haciendo que la producción de mercancías para la acumulación de capital no sea el fin último de la vida social, ni de la vida ni de los sujetos.

Por otra parte, la propiedad y organización comunitaria persisten en distintas formas y no han sido plenamente aniquiladas o sometidas a los procesos de acumulación por desposesión, los sujetos no son doblemente libres en el sentido típico: no están desposeídos de los medios de producción y como fuerza de trabajo no han sido reducidos a una mercancía. En su dimensión subjetiva, los valores e ideología dominantes no son los del libre mercado; el libre cambio, el individualismo y la competencia no dominan sobre otros, por ejemplo, de tipo comunitario y solidario.

Ahora bien, resulta importante tener en cuenta que la relación histórica existente entre el proceso expansivo del capitalismo, concretado en las formas de acumulación por desposesión/ destrucción creativa, y su encuentro con sociedades y formas de vida “precapitalistas” es una

tensión permanente de subsunción; o leída de otra manera, de hegemonía de las primeras sobre las segundas. Esto significa que puede existir un aniquilamiento de formas de vida rurales, pero, en general, lo que se produce es una sujeción de éstas frente al capital. Por lo anterior, las comunidades rurales no son entendidas aquí como espacios idílicos precapitalistas, sino como colectivos en disputa y bajo amenaza permanente.

La acumulación por desposesión es un proceso de salvaguarda del capital, que no se reduce a la mera apropiación, sino que se encuentra estrechamente ligado a lo que Harvey (2008) denomina *destrucción creativa*. Ambos pueden tomarse como momentos de un proceso más amplio de reproducción del capital. Siguiendo al autor, es posible plantear que, en un primer momento la destrucción creativa erradica los obstáculos existentes en determinadas sociedades a la acumulación por desposesión, por lo que la segunda vendría ligada a la primera. En segundo lugar, la destrucción creativa hace referencia también a la creación de nuevas condiciones sociales, políticas y económicas, funcionales a los intereses de las clases dominantes. Ambos conceptos son procesos fácticos y figuras utilizadas por Harvey para representar formas y rasgos contenidos de la acumulación de capital en contextos de subsunción, que no se reducen solamente a la explotación del trabajo asalariado.

Esta reelaboración del concepto posibilita entender fenómenos típicos el contexto y la historia colombiana, como el despojo de tierras, violencia, desplazamiento forzado de campesinos y la transformación del capital a las fuentes de vida natural. Todo esto, situado en la actualidad, resulta un proceso operado desde sujetos privados y estatales en fase de globalización neoliberal.

1.2. El proceso de destrucción creativa

La idea de destrucción creativa, sobre la que Harvey (2005) deposita una perspectiva crítica, no le es propia. Si bien su teorización al respecto es relevante al presente problema de estudio, fueron inicialmente Werner Sombart y posteriormente Joseph Schumpeter quienes desarrollaron el concepto de *Destrucción Creadora*. Especialmente Schumpeter (1996), lo consideró como un proceso de innovación que representa la evolución del sistema capitalista en permanente movimiento. Para él, la destrucción creativa se expresa, por ejemplo, en la apertura de nuevos mercados, en desarrollos tecnológicos y nuevas formas de organización de la producción, entre

otros, que destruyen las estructuras existentes y las reemplazan por otras. Tiene como principal figura al empresario innovador caracterizado por la laboriosidad y el empeño, no sólo en la invención sino en la aplicación social de las nuevas tecnologías, dejando de lado así a la competencia como motor de la economía capitalista. La forma y el contenido del planteamiento de Shumpeter es claramente optimista frente a la dinámica de la sociedad capitalista y del sujeto mismo que considera central en él, pues concibe una imagen de progreso y mejora permanente, muy distinta a la manera en que Harvey reelabora el concepto.

El último privilegio, en la acumulación capitalista como proceso de destrucción creativa, la reedificación del poder de las clases dominantes en el periodo neoliberal, mediante la destrucción de múltiples relaciones sociales (frecuentemente rurales), de los derechos, de los puestos de trabajo y las culturas. La destrucción creativa es una forma de paliar las crisis de acumulación de capital en condiciones de neoliberalismo, que se destaca por restaurar el poder de las clases beneficiarias de las políticas de libre mercado, según el contexto. A partir de esta destrucción, política y económicamente se reproduce y legitima el poder de dichas clases a nivel internacional, que son identificables como aquellas cuya acumulación es particularmente vulnerable a los límites típicamente encarnados en el Estado Benefactor, en conquistas socialdemócratas o en resistencias populares, dependiendo de las condiciones históricas.

Como resultado, el abordaje del neoliberalismo como proceso de destrucción creativa para Harvey (2008), describe la destrucción de los límites sociales, políticos, culturales y económicos a la acumulación. La crisis que genera la misma destrucción es discursiva e ideológicamente funcional a la implementación de políticas neoliberales, como solución a lo que ellas mismas han generado, por ejemplo, cuando las recetas de los centros de pensamiento neoliberal diagnostican la falta de más libre mercado. El dar rienda suelta a la acumulación, barriendo sus obstáculos, es lo que fortalece económica y políticamente dichas clases, pues los sujetos políticos y formas de producción-circulación y consumo que las limitaban han quedado eliminadas, reducidas o subsumidas. Lo que crea la destrucción creativa es el poder y la acumulación en términos de una relación de clases sociales.

Teniendo en cuenta la reproducción ampliada del capital, una parte fundamental del análisis de Harvey (2008) es su dimensión espacial. El desplazamiento de éste conlleva la destrucción creativa, entendida como una forma de reproducción del capital y una consecuencia de ésta, que implica su movilización hacia espacios físicos y sociales nuevos, donde son aniquilados valores, relaciones sociales y cosmovisiones ya existentes. Esta relocalización permite evitar que el capital se desvalorice en los centros históricos donde se ha situado, generando la destrucción espacial y humana de las condiciones objetivas y subjetivas allí establecidas, que son, a su vez, condiciones necesarias de reproducción material e inmaterial para la existencia de los sujetos. Así, Harvey trata la destrucción creativa críticamente, considerando sus consecuencias sociales y geográficas, en términos de relaciones de poder y desigualdad.

Al realizarse la destrucción y creación de relaciones sociales no sólo económicas y espaciales, sino también políticas e ideológicas/culturales, la destrucción creativa plantea la posibilidad de entender la transformación de las representaciones sociales en el marco de procesos de acumulación, lo que incluye la subjetividad, la cultura, la ideología y las formas de organización política, entre las que son especialmente importantes, según este caso, aquellas de tipo rural campesinas. Las representaciones y la cultura en general no pueden, desde esta perspectiva, ser asumidas como absolutamente independientes de las relaciones objetivas cuyos procesos son descritos por las categorías elaboradas por Harvey, como tampoco pueden ser derivadas de estos. Por lo tanto, debe entenderse que la destrucción creativa y la acumulación por desposesión permiten explicar, principalmente, cómo se liquidan las condiciones objetivas de dichas representaciones, por ejemplo, cómo la eliminación de la propiedad común resulta necesaria, pero no suficiente, para erradicar las prácticas de solidaridad adversas al individualismo y la competencia que requiere el capital. Lo mismo ocurre con la destrucción del espacio y la relación que las sociedades establecen con él que, por ejemplo, permite la eliminación de la memoria de los sujetos para su posterior moldeamiento. La modificación de las condiciones materiales que tienen las relaciones sociales por procesos de acumulación por desposesión y destrucción creativa abre paso a la formación subjetiva de sujetos sociales funcionales al capital.

Claramente, al definir al neoliberalismo como destrucción creativa, Harvey se refiere a la restauración o creación del poder de las clases dominantes, es decir, presenta ya un análisis

político sobre la base de un proceso económico, referido a las dinámicas de conflicto social y relaciones de poder que impone esta forma de entender la estructura económica de la sociedad. El poder de estas clases no puede ser entendido como una mera posición dominante en el mercado o la producción, sino también como la primacía del neoliberalismo en términos ideológicos y discursivos. Los elementos teóricos desarrollados Harvey se presentan aquí con especial atención a la experiencia campesina, y a su efecto configurador de subalternidad, como podrían ser la proletarización del campesinado o la destrucción de su espacio vital.

2. Hegemonía, Subalternidad y Sentido común

Aquí, se trata de relacionar los conceptos de Gramsci en lo relativo a las relaciones de poder inmateriales, con los mencionados de Harvey, considerando las transformaciones en las relaciones hegemonía-subalternidad en el marco de procesos de expansión y reproducción del capital. Desde la perspectiva de los sujetos subalternos, se extiende el análisis del despojo y la destrucción creativa al plano cultural e ideológico, atendiendo a la reducción de la autonomía y el desarrollo o creación de subjetividades subalternas.

2.1 Hegemonía y Subalternidad

La teorización gramsciana de la hegemonía tiene su génesis en la teoría política marxista clásica, y en la necesidad de definir las lógicas propias de la superestructura, concretamente de la política, la ideología y la cultura. Sobre este problema Marx [1932 (1974)], formuló que una clase social se hace dominante cuando logra que sus intereses sean socialmente aceptados como válidos por otras clases, o aparezcan como intereses comunes, y cuando su ideología se convierte en criterio de verdad, no sólo en expresión de su experiencia de clase específica. Estos planteamientos son desarrollados posteriormente por Gramsci, con un sentido orgánico, que significa la implicación necesaria de todos ellos en conjunto: el sentido común como la naturalización de un pensamiento vinculado a intereses de clase, y la ideología como una concepción del mundo particular con pretensión de universalidad, de lo que deviene la diferenciación entre dirigentes y subalternos, así como un sujeto político interclasista. Dos últimos elementos que serían la base de la teoría gramsciana sobre la hegemonía; su comprensión es necesariamente relacional, siendo presentados aquí manera separada sólo para lograr un mínimo de delimitación.

Antes que lo hiciera Gramsci, Lenin [1913 (2011)] se ocupó de este problema considerando la necesidad de una alianza entre los campesinos pobres de Rusia con los obreros organizados y movilizados de la ciudad. Concebía dicha alianza como la única forma de abolir las condiciones de explotación y opresión que aquejaban a los primeros. Entendió este proceso en términos de alianza e intereses entre clases distintas, aun no desarrollando la importancia de los fundamentos ideológicos y culturales en ella, asumiendo la sujeción del campesinado ruso a las clases rurales tradicionales y su aún precario sometimiento a las relaciones capitalistas como un problema fundamentalmente estructural. La unidad entre los obreros y campesinos rusos era más bien una adhesión de los segundos a los primeros, cuyo proyecto, al igual que para Gramsci, debía acabar con la pobreza que los aquejaba, no siendo por tanto una incorporación, pero sí un llamado al reconocimiento en el proyecto revolucionario bolchevique.

Gramsci [1926 (2013)] esbozó su teorización de la hegemonía frente a un problema político concreto que denominó *la cuestión meridional*. Su trabajo resulta especialmente pertinente para la presente investigación, porque se trata de la situación campesina en el sur de Italia. Su abordaje se centra en la coexistencia histórica, en la misma sociedad, de dos tipos de relaciones sociales: capitalistas y precapitalistas; el norte industrializado y el sur rural. Su preocupación gira en torno a la disparidad entre el proletariado y el campesinado de cada región, visible en las huelgas y radicalización de los primeros, mientras que los segundos sirvieron incluso como brigadas de choque contra los obreros.

Lo insólito de un campesinado que se presta anuentemente a los intereses de las clases hegemónicas, empieza a ser resuelto por Gramsci en la medida en que introduce su idea de hegemonía. Sobre esos campesinos pesaba la dirección intelectual y moral (hegemonía) de élites tradicionales rurales y católicas, que les imponían con su trabajo cultural una concepción del mundo ajena, que de hecho los separaba de los sujetos proletarios, haciendo que se reconocieran más en clases como los terratenientes. La salida de Gramsci para atender este problema, desde el punto de vista de las clases subalternas, consiste en formar la unidad orgánica entre campesinos y proletarios como un sujeto político, mediante la incorporación de los labriegos del sur por los obreros del norte en su proyecto revolucionario de transformación cultural y económica. Esta incorporación se da mediante la ideología y la cultura, entendidas en un sentido amplio, como

“pegamentos” y la renuncia al corporativismo de clase, según la lectura de Gramsci por Mouffe (1991).

En este sentido, Gramsci cuestiona a los obreros del norte por no diferenciar lo cultural de lo ideológico, y por no haber podido romper con el pensamiento dirigente que animalizaba a los campesinos del sur. Lo primero, remite a una concepción de la cultura como que se expresa en la cotidianidad del sujeto en todas las representaciones artísticas, religiosas y educativas, llegando a formar un *sentido común*, cuya transformación sólo es posible desde adentro y con arraigo en las tradiciones, no mediante un rompimiento absoluto de éstas. El trabajo ideológico, por su parte, es igualmente necesario, pero implica la introducción de nuevos elementos en la concepción del mundo existente en los sujetos subalternos, que incluso son antagónicos a ésta.

Especialmente importante para el presente trabajo, es la concepción de Gramsci (2013) sobre la hegemonía como dirección intelectual y moral de una clase sobre otra, que es definida subalterna. Los subalternos no cuentan con una concepción del mundo propia, y por lo tanto toman prestada la de las clases dirigentes, careciendo así de autonomía o de capacidad de representar su experiencia en el mundo social. Se trata de una relación de consenso frente al poder, que impregna la praxis social de los sujetos y se les vuelve un *sentido común*, o marco de entendimiento del mundo, permitiendo establecer relaciones explicativas causales de lo que en él ocurre.

La elaboración de Gramsci (1967) sobre ambas categorías: *hegemonía* y *subalternidad*, describe dos extremos de una relación de poder entre sujetos sociales que se encuentra mediada por elementos ideológicos y políticos, que generan la identificación subalterna en el proyecto de sociedad propio las clases dirigentes o hegemónicas, o lo que es lo mismo, el consenso de unos sujetos al poder de otros. En este espectro, la cultura y la ideología aparecen como campos de disputa por el poder de los sujetos sociales y la política, por su parte, remite a forjar la unidad de la sociedad que eventualmente se cristaliza en el Estado y en un sujeto colectivo que es a su vez una forma de voluntad común.

2.2. Hegemonía y sujetos sociales

La hegemonía permite entender la formación de la unidad orgánica de la sociedad entre dirigentes y subalternos, pero también de los propios sujetos sociales que se encuentran en conflicto. Mouffe (1991), resume cuáles son los aportes de Gramsci respecto al concepto de hegemonía, poniendo el acento sobre dos cuestiones. En primer lugar, la complejización de la determinación de clase sobre la ideología, lo que supone una comprensión de los sujetos sociales según la cual no es suficiente que existan objetivamente en el mundo de la producción, sino que su formación está mediada y realizada por la ideología. En segundo lugar, los sujetos son hechos por una rearticulación de elementos simbólicos existentes en el mundo social, proceso que tiene lugar en el marco del conflicto. Para la autora, la hegemonía es ejercida por las clases dominantes según el contexto histórico, pero siempre con la participación aceptada de elementos subalternos, ante lo cual es posible oponer la contrahegemonía.

No concebir a los sujetos sociales como existentes de manera a priori, producto del orden económico de la sociedad, significa identificar al conflicto social en su desarrollo objetivo y subjetivo como proceso que los forma. La lucha, en su dimensión política e ideológica por imponer una concepción del mundo social que históricamente se realiza en el Estado, sin reducirse a él, implica que el trabajo intelectual orgánico es determinante en este proceso, dado que la sociedad y sus sujetos singulares o colectivos tienen vida objetiva y subjetivamente. De esta manera, la autonomía de los subalternos está limitada especialmente por sus posibilidades culturales e ideológicas, en contravía de perspectivas que dibujan especialmente a las clases explotadas y oprimidas como necesariamente revolucionarias o naturalmente sumisas.

Por otro lado, Gramsci trasciende los términos del interés hacia una concepción compartida del mundo, que puede incorporar parcialmente elementos subalternos y que incluye una dirección moral e intelectual. Todo lo anterior, conllevaría la formación de la unidad orgánica de la sociedad, es decir, la asimilación de subalternos en el proyecto hegemónico, que tradicionalmente es definido como nacional oligárquico, al que habría que anteponer uno nacional popular.

2.3. Resistencia y Sentido Común

El planteamiento de Gramsci sobre las posibilidades de resistencia de los subalternos es definible como contrahegemonía. Los sujetos sociales, en este caso subalternos, mediante su práctica social y el acumulado de lucha (concretado en formas culturales y movilización política) con que cuentan, y que expresan su experiencia de vida social, se oponen a la ideología o concepción dirigente del mundo que les ha sido impuesta, y tratan de formar su independencia cultural/ideológica, al poner en duda el marco de interpretación que dicha forma de pensamiento les provee. Así, Gramsci se ocupa especialmente de la resistencia en el ámbito de las representaciones.

En esta dimensión se sitúa su teorización sobre lo nacional popular como la elaboración, interpretación y formación cultural de la experiencia de los grupos subalternos que realizan los intelectuales orgánicos a ellos, es decir, aquellos que se reconocen como pertenecientes ideológicamente en los subalternos. Es un conjunto de manifestaciones culturales que presentan la experiencia de sujetos sociales no oligárquicos en el mundo social, es decir, de aquellos que se encuentran en condición de explotación u opresión, por lo tanto, aquellas manifestaciones culturales son expresión e instrumento de la autonomía de dichos sujetos, permitiéndoles el auto-reconocimiento independiente de la visión del mundo oligárquico.

Esta dinámica de conflicto social, especialmente en cuanto a la producción de distintas concepciones del mundo, es clave para entender la configuración de la subalternidad como una dimensión de la subjetividad, que está necesariamente acompañada de los impulsos por la autonomía política e ideológica y la resistencia cultural, lo que permite comprender la cristalización hegemónica e histórica de determinados sujetos y formas de pensamiento, en un marco de fuerzas que crean una subjetividad.

La relación entre hegemonía y subalternidad ocurre no sólo en el conflicto social de hondas consecuencias históricas. El terreno de lo cotidiano en esta relación es definido por Gramsci (2013) como *sentido común*, opuesto al buen sentido, caracterizado el primero por un no ordenamiento del pensamiento, sino por una amalgama de visiones contradictorias del mundo. En

él priman elementos conservadores o ajenos al cambio, pues favorecen o describen la experiencia vital no de los subordinados, sino de las clases dirigentes.

2.4. Antagonismo, Autonomía y Subalternidad

Ahora, se abordan los postulados de Modonesi (2010) respecto a la forma en que Gramsci concibe las lógicas de poder en la cultura y la política, en una perspectiva orgánica de la hegemonía, la subalternidad y el antagonismo, como tres procesos formadores de la subjetividad. Entiende la subalternidad como la interiorización, aceptación y naturalización por determinados sujetos de su subordinación frente a otros.

Para Modonesi, resulta determinante la práctica social de los sujetos y en especial aquella relativa al conflicto. Entiende la experiencia como incorporación subjetiva de una condición objetiva, que puede tomar la forma de antagonismo, autonomía o subalternidad. La última, es la interiorización o experimentación subjetiva de una práctica social en condición de sujeción ante un poder externo. El antagonismo, por su parte, es la subjetivación de la rebeldía o insubordinación, mientras la autonomía, se refiere a la emancipación e independencia política, cuando el sujeto ha logrado una reconfiguración o ruptura relativa con la concepción del mundo que le ha sido impuesta, lo que implica que ha podido generar otra; ha pasado a ser dirigente.

En este sentido, la lectura de Modonesi (2010) es una articulación de estos tres momentos en una matriz que permite entender la formación de la subjetividad en un contexto histórico determinado, de los cuales la subalternidad es meramente uno de ellos y cada uno es contingente. Los tres, expresan un estado históricamente determinado de las relaciones sociales que el sujeto interioriza y eventualmente uno de ellos prima o se hegemoniza sobre los demás.

La práctica social de la subalternidad conlleva a la incorporación de una concepción del mundo que no refleja la experiencia propia, conduce a la naturalización de la sujeción frente a otros sujetos, concretada, por ejemplo, en la valoración o exaltación discursiva de la obediencia, la normalización de las posiciones sociales de poder, la incapacidad de afirmar ideológicamente la posición objetiva que se ocupa en el mundo, entre otras manifestaciones. El antagonismo, siguiendo la descripción de Modonesi, es la representación de los eventos de lucha política en

todas sus formas, por ejemplo, la protesta social, la contienda electoral o el alzamiento en armas. La autonomía, por su parte, remite a la vivencia social de un grupo en la que genera, da forma y contrapone su propia visión del mundo frente a la que ha reconocido como impuesta, algo que se encuentra, para Gramsci (2013), estrechamente ligado a su constitución como sujeto político; es cuando, en el marco de la lucha de clases, se ha convertido en hegemónico, ha consagrado su hegemonía en el Estado y ha derrotado o subsumido a grupos que no le son antagónicos y ejercido la violencia física contra aquellos que sí lo son.

La hegemonía y la subalternidad suponen así a la dominación entendida como coerción, que para Gramsci (1977) es también una potencia tanto destructiva como creadora que remueve obstáculos al desarrollo de la autonomía. Es importante tener en cuenta que en este sentido debe pensarse la autonomía de manera mucho más amplia, parcial y contingente, para evitar caer en una definición absoluta, que sólo refiera o permita leer grandes procesos históricos de movilización y no tendencias o resistencias relativamente consolidadas, que componen la regularidad de la lucha política de los grupos subalternos.

Aquí, se asume como válida la problematización de Gramsci (2013) sobre las relaciones de poder en la sociedad, porque privilegia o extiende la dominación al ámbito subjetivo-cotidiano, apartándose de lecturas que puedan reducir la teorización sobre estas relaciones a lo económico y político, limitando las primeras a la sujeción del trabajo al capital, o las últimas al mero ejercicio de la coerción como violencia física. Así, el aporte teórico de Gramsci y Modonesi a la presente tesis, yace en la aproximación a la constitución de la subalternidad como dimensión de la subjetividad, que permite entender el caso del campesinado antioqueño, como emergencia de una experiencia o subjetivación de la realidad objetiva histórica de sujeción frente al capital, en formas específicas, implicando a las correspondientes élites intelectuales y políticas locales que agencian éste.

Se proponen, de esta manera, dos anclajes entre los planteamientos expuestos de Gramsci y Modonesi con los de David Harvey. El primero, radica en la interiorización que los campesinos hacen de su vivencia en el cambio de las relaciones sociales objetivas, específicamente subalternizantes, como parte de un proceso de acumulación por desposesión y destrucción

creativa, sugiriendo que la subalternidad del campesinado antioqueño en el periodo histórico estudiado es la subjetivación de dichos procesos estructurales.

La segunda relación teórica que emerge entre dichos planteamientos es una comprensión del sujeto y de su producción subjetiva subalterna como el aniquilamiento de las otras dos dimensiones: antagonismo y autonomía, o por lo menos de su desposesión de ellas, ligada a la posterior creación o desarrollo de la subalternidad, en lo que interviene la coerción como fuerza destructiva, y al mismo tiempo creadora de la subjetividad subalterna.

Por lo anterior, en el presente trabajo se presta especial atención a las características subjetivas de la subalternidad manifiestas en el campesinado antioqueño; a la formación de la unidad orgánica de la sociedad mediante la ideología y la cultura en sus formas concretas como el arte, la religiosidad o los discursos, en un periodo determinado; a las transformaciones en la correlación de fuerzas que modifican la hegemonía y a los dispositivos de poder inmaterial, que componen la estructura de poder ideológico de una sociedad, incluyendo la producción desarrollada por los intelectuales, que hacen y reproducen distintas concepciones del mundo.

Capítulo 2

Pudientes y Montañeros¹

Introducción

En este capítulo se aborda, desde una perspectiva histórica centrada en el campesinado como sujeto, el contexto del municipio de Sonsón y el departamento de Antioquia, arribando al periodo 1997-2020. Para ello, se introduce un primer punto general sobre la génesis histórica del campesinado antioqueño, es decir, se observan la gestación y desarrollo de las relaciones sociales de producción que le dan lugar, como la industria, la minería y la agricultura en la región, considerando además los conflictos sociopolíticos en que ha estado inmerso. A continuación, se considera la evolución del campesinado en la subregión durante el siglo XX, desde su relación con la agricultura cafetera hasta los impactos que sobre él tiene el conflicto armado y la expansión de los procesos de acumulación neoliberales. En un tercer momento, se exponen las características sociales, culturales, económicas y políticas del municipio de Sonsón, especialmente las relativas al conflicto armado y los procesos de inserción de capital más recientes (1997-2020). Dado el problema que motiva la presente tesis: la transformación de la subjetividad del campesinado en procesos de hegemonía y acumulación por desposesión, se dedica un apartado final a retratar dicha subjetividad, apelando a su relación con la formación de histórica de la estructura económica y su representación cultural.

1. La formación histórica del campesinado en Antioquia: el sometimiento del campo

El campesinado antioqueño tiene su génesis histórica en el proceso regional de industrialización, como parte de uno más amplio de modernización que se registra en la segunda mitad del siglo XIX y principios del siglo XX en Colombia. Durante el periodo colonial la región fue principalmente un enclave minero aurífero, actividad alrededor de la que se formó la economía de

¹ Ambos términos son denominaciones populares para la diferenciación de clases, pero también dan cuenta de la cohesión existente entre ellas dentro de la sociedad antioqueña. “Pudiente” es una manera de referirse a sujetos adinerados, urbanos y rurales, describe la posibilidad de acrecentar su propiedad o capital, de ser y realizarse en el mundo social; “montañero” es una denominación que puede ser peyorativa o positiva dependiendo de su uso, refiere al más rural de los sujetos, incluso más que un campesino, connota tosquedad en las formas, en la cultura, ausencia de modales, alejamiento sumo de lo urbano. La identidad regional hegemónica antioqueña subsume la figura del campesino subalternizándola y haciendo de ella una pieza central de la *antioqueñidad*; las élites regionales ocasionalmente se identifican a sí mismas como “montañeras”, con el fin de asimilar al campesinado, aun cuando ya no guarden conexión alguna con la ruralidad.

la zona y de la que dependía su población, tanto en el nivel productivo como de comercialización, con un escaso arraigo agrícola y, por lo tanto, carente de capacidad para reproducir la fuerza de trabajo y de establecer poblaciones. Como señala Herrera (1983):

Desde la Colonia la región antioqueña fue una zona minera con yacimientos auríferos. De ahí que la ciudad capital, Santa Fe de Antioquia, estuviera situada en las cercanías del río Cauca, a diferencia de otras capitales del interior del país (Cundinamarca, Cauca, Boyacá). Todo parece indicar que solamente en las últimas décadas del siglo XVIII hubo condiciones propicias para una acumulación de dinero por parte de los criollos a través del oro (Herrera 1983, 101).

El capital acumulado por élites de comerciantes y dueños de minas, junto al crecimiento de la explotación minera fueron determinantes en el reclamo político regional hacia la corona, que influyó en las tensiones nacionales y el proceso independista. Con el tiempo, dados los riesgos para las inversiones de capital por a las difíciles condiciones geográficas características de esta región, se dio su diversificación forzada, situándose buena parte en la industria urbana de la ciudad de Medellín y Santa Fe de Antioquia (Uribe 1998). Así, la sociedad antioqueña se formó desde una suerte de ruralidad minera precaria, a una sociedad de tipo urbano con una economía basada en el comercio y, posteriormente, en la industria cafetera y textil de mediana importancia para las condiciones latinoamericanas. Esto se da, además, sin la existencia de un campesinado o explotación agraria para la producción de alimentos en condiciones típicas de casos de modernización europeos:

Es así como la clase de los comerciantes se va consolidando alrededor del centro urbano de Medellín, capital de Antioquia desde 1826, y constituye el núcleo que impulsará todas las demás actividades económicas. Lo anterior no significa que a partir de la producción minera no se hayan dado casos de enriquecimiento. Estos, no obstante, no fueron frecuentes, al menos hasta que la tecnología utilizada en la minería cambió sustancialmente a fines del siglo XIX. Pero ya para ese entonces había un grupo de comerciantes consolidado que controlaba económica y políticamente la región (Herrera 1983, 103).

Este proceso histórico significó la posterior subalternización campesina, ante unas clases urbanas que habían acumulado capital a partir del comercio y la minería, parte del cual sería puesto en

marcha bajo su forma industrial urbana. Entonces, la agricultura sólo era marginal, no pudiendo ser considerada como autónoma o con una existencia previa frente otras ramas de la economía; al contrario, fue impulsada por comerciantes e industriales con el fin de reducir la dependencia de las importaciones regionales de alimentos y crear las condiciones para la reproducción de la fuerza de trabajo (Uribe, 1998).

La manera en que las clases dominantes forzaron la constitución de una población, territorio y sujetos campesinos fue la del colonialismo interno,² por medio de la apertura del horizonte agrario sobre tierras aún sin explotar o históricamente apropiadas por indígenas y poblaciones afro. Este colonialismo sirvió además como solución de disciplinamiento de fuerza de trabajo urbana excedente³ (Mejía 1978). Los colonos antioqueños, después campesinos establecidos, eran población urbana desclasada a quienes, mediante la coerción estatal y privada, se les impuso el trabajo sobre la tierra, que adaptaron para la explotación y haciéndose portadores expansionistas de la concepción del mundo particular y hegemónica antioqueña.

Esta colonización, permitió a industriales y comerciantes de la ciudad de Medellín hacerse además terratenientes y creó las condiciones sostenibles mínimas que exigía la economía mercantil, gracias al trabajo de los colonos que terminaron como arrendatarios o despojados por las mismas élites urbanas que, mediante la apropiación de las tierras colonizadas, articularon el control sobre los medios de producción urbanos y rurales (Uribe, 1998).

² Appelbaum (2007) problematiza la diferenciación entre colonización y colonialismo en la historiografía colombiana, sobre todo en el caso antioqueño, describiendo la apropiación hegemónica de la primera categoría para presentar un proceso idílico de civilización de otros pueblos y ocupación de tierras baldías. Esta idea sigue vigente y es hegemónica en la sociedad antioqueña, por ello, desde una perspectiva crítica basada en una indagación que expresa la experiencia de grupos subalternos, se adhiere en el presente trabajo al concepto de colonialismo y no de colonización, considerado aquí como mejor categorización de la violencia, la desigualdad y el conflicto del proceso histórico en cuestión.

³ En su trabajo "Aspectos de la colonización antioqueña" (1978) el historiador Álvaro Tirado Mejía recoge algunas de estas leyes, una de ellas de 1835 establecía: "El medio más seguro de destruir la vagancia con provecho del Estado y de los vagos es, en nuestro concepto, fomentar nuevas poblaciones en los terrenos baldíos que existen en la república, destinar a ellos a los vagos, señalándoles tierras y obligar a cultivarlas bajo la inspección de las autoridades. Si el vago es menor de edad y no tiene padres, que se entregue a una persona honrada y laboriosa que los eduque y enseñe a trabajar; si es un hombre dado a los vicios o que se resista a labrar la tierra que se le señale por un tiempo determinado a trabajar en los caminos públicos o en otras obras semejantes, y que de allí pase a una nueva población a cultivar la tierra".

2. Desarrollo y estabilización del campesinado antioqueño durante el Siglo XX

2.1. Primera mitad del siglo XX: economía cafetera y bases de la violencia política

Durante la primera mitad del siglo XX el desarrollo de la sociedad antioqueña, y en especial del campesinado, estuvo marcado por dos procesos fundamentales y relacionados. Por un lado, la continuación del colonialismo interno que formó social, económica y políticamente la región, incluso más allá de las fronteras del departamento, hacia Caldas, norte del Valle del Cauca y Risaralda. Como señala Appelbaum:

Durante el siglo XIX y principios del XX, olas sucesivas de mineros, agricultores y ganaderos migrantes despejaron y se asentaron en las boscosas faldas de los Andes y en sus Valles, entre los dispersos pueblos coloniales de las tierras altas. La más celebre y estudiada de estas corrientes migratorias ha sido la colonización antioqueña. Ésta comenzó hacia finales de la Colonia y continuó a través del siglo XX; la creciente población de lo que hoy es la parte central y oriental de Antioquia se esparció hacia las áreas vecinas, particularmente al departamento del Cauca. Los migrantes antioqueños expandieron la producción agrícola y desarrollaron redes comerciales por todo el noroeste colombiano (Appelbaum 2007, 29).

En segundo lugar, se produce el desarrollo de la economía cafetera a principios de siglo, lo que determina una organización económica regional centrada en la producción de monocultivo articulada al mercado mundial, y la constitución de una identidad nacional-regional alrededor del producto y la figura del campesino cafetero. La economía del café implicó un arraigo del campesinado productor a pequeña escala y su asentamiento en los territorios, aunque no fue la única forma de producción agrícola. Significó, además, gracias a la expansión de la demanda internacional del grano, una acumulación de capital que reforzó en este periodo el desarrollo industrial urbano:

Sólo a partir del último decenio del siglo pasado los pequeños propietarios del sur del departamento y de otras regiones comenzaron a sembrar café, éste se producía fundamentalmente en grandes haciendas. Así, los cafeteros eran casi siempre comerciantes establecidos en la ciudad que cultivaban café en las grandes haciendas ganaderas que 'habían abierto hacía unos cuarenta años... Con todo, en el presente siglo, la producción cafetera en propiedades medias aumentó y en

consecuencia se redujo el porcentaje de la producción en grandes haciendas, lo cual dio origen a la idea de la democratización de la producción cafetera (Mejía 1978, 22).

La estructura económica en la cual se encontraba ahora inmerso el campesino asentado y antes colono, que tuvo como eje central la producción cafetera, no significó la formación de latifundios, al contrario, la producción se realizó (hasta la actualidad) principalmente en pequeñas parcelas familiares. Fue la adaptación de la organización de la producción agraria del colonialismo antioqueño que se emprendió durante el siglo XIX, a la producción cafetera de manera continuada, lo que generó esta característica, distinguiendo la economía cafetera colombiana de otras dedicadas al mismo producto.

Si bien la colonización antioqueña sirvió a la concentración de la tierra por la inseguridad jurídica de los ocupantes sobre sus predios, que los dejaba a merced de especuladores, abogados y terratenientes que expandían sus propiedades a costa de los colonos, no era, como se mencionó, la acumulación de tierra el eje de la actividad económica de las élites antioqueñas. A pesar de que su poder sobre la propiedad de la tierra se mantuvo, la producción cafetera contó en mayor medida con participación de pequeños cultivadores, lo que no reñía con los intereses industriales y comerciales de dichas élites:

El despegue tardío hacia una economía de base cafetera fue a la postre vital para que sobreviviera y aun se multiplicara la finca familiar. En estas regiones, a diferencia de las que hemos estudiado, la influencia de las haciendas como centros de difusión y dominio de la agricultura del café fue moderada. Los colonizadores capitalistas se preocuparon inicialmente por acaparar las tierras bajas y de fácil acceso, y dejaron a los colonos pobres los bosques escarpados y alejados que con el tiempo se transformarían en las tierras más productivas y económicamente las más adecuadas para cultivar café (Palacios 2009, 286).

El poder económico de las élites antioqueñas sobre la economía cafetera y sobre los productores campesinos supuso principalmente el control de la comercialización y el crédito⁴ sobre el café. La

⁴ La acumulación de capital en el periodo de la economía cafetera por parte de las élites antioqueñas, como señala Herrera (1983), se basó en el comercio del grano y en su trilla, que representó el tránsito hacia relaciones típicamente capitalistas industriales.

relación entre élites y productores era en general de tensión y conflicto⁵, pero finalmente acabó en asimilación. Los productores se quejaban por el injusto precio de la fuerza de trabajo y del producto que obtenían de los comercializadores del café, pero terminaron siendo integrados, en un proceso de identificación a estas élites ricas, como señala Hylton:

Los pequeños productores a menudo entraban en conflicto con los acreedores comerciales y los especuladores inmobiliarios por los títulos de propiedad de la tierra y las condiciones de venta de sus cultivos. Los márgenes de beneficio dependían del mantenimiento de un monopolio oligárquico, tanto en el mercado como en la política partidista... Pero la interconexión general entre los pequeños propietarios de abajo y los poderosos distribuidores por encima de los cuales se distinguía la estructura del sector cafetero en Colombia tendía a reproducir los lazos tradicionales de dependencia en formas modernizadas, reforzando los lazos del clientelismo (Hylton 2006, 59).

El desarrollo de la economía cafetera en Antioquia terminó por fortalecer a las élites regionales que controlaban la comercialización, y propició su dominación/hegemonía sobre los productores campesinos⁶. Las clases dirigentes regionales representaban una articulación entre actividades ligadas a la exportación de café en el mercado mundial, como actividad económica, y el fuerte arraigo de una tradición cultural más conservadora que liberal:

The richest of all coffee regions was Antioquia, famous for its ultramontane allegiances⁷. The long ascendancy of the Conservatives, in a period where nearly everywhere else in Latin America they were in retreat or eclipse, had an economic foundation in the coffee export boom, which catapulted the merchant-industrialists of Medellín, the most Catholic and reactionary of Colombia's cities, to national pre-eminence (Hylton 2006, 58).

⁵ A modo de ejemplo, estos conflictos alrededor del café no siempre terminaron siendo asimilados o reducidos. En sus crónicas recogidas en su obra *Trochas y Fusiles*, el sociólogo colombiano Alfredo Molano (1994), retrata las tensiones y el malestar regional en el Tolima a mediados de siglo alrededor de la economía cafetera. Estos conflictos, cuenta, se daban entre otras razones por la alteración de las básculas con que los compradores pesaban el café a la hora de transarlo con los productores. Circunstancias así nutrieron la conflictividad social y política de la violencia de los años 40 y 50.

⁶ La dirección política de las élites cafeteras sobre los pequeños productores tomó cuerpo con la formación de la Federación Nacional de Cafeteros en 1927, que proveyó elementos importantes de la identidad nacional y asimiló a los grandes y pequeños cafeteros, siendo hasta hoy casi el único comprador de café a nivel nacional a través de sus cooperativas.

⁷ Probablemente el autor se refiera al papel que juegan las montañas en la representación cultural de la región como elemento geográfico de interpelación de los antioqueños, especialmente los campesinos. Las montañas definen a los antioqueños, incluso llegando a auto representarse como "montañeros", como señalábamos al principio del capítulo.

Así, la economía cafetera en la primera mitad del siglo XX dio forma a la sociedad antioqueña gestada en el siglo anterior, estabilizó al campesinado, a las élites industriales y comerciales urbanas, definió la dinámica de su relación en términos de consenso y conflicto (siendo preponderante lo primero) y contribuyó a crear una identidad regional hegemónica apoyada en la “gesta” del colonialismo, ligada ahora a la figura del campesino cafetero.

En una perspectiva histórica nacional más amplia, la sociedad colombiana asistió en la primera mitad del siglo XX a consolidación de las bases para el conflicto social que se desenvolvería especialmente a partir del periodo del Frente Nacional hasta la actualidad. Desde 1886 hasta 1930 el país sólo conoció gobiernos conservadores, la constitución política de 1886 y la derrota liberal en la guerra de los mil días (1889-1902) determinaron este periodo llamado de *hegemonía conservadora*. La carta política consagró un Estado confesional, privó a grupos subalternos de la participación política mediante el voto y entregó la educación a la iglesia católica. La *hegemonía conservadora* empezó su desgaste en la década de 1920 con el desarrollo del movimiento indígena, obrero y campesino, que formaron las bases de un liberalismo popular encarnado y personificado por Jorge Eliecer Gaitán. El periodo conservador ocasionó el considerado por algunos historiadores como hito fundacional del conflicto armado colombiano: la masacre de las bananeras⁸; culminaría en 1930 con la victoria en elecciones presidenciales del partido liberal.

Desde 1930 a 1946 Colombia hubo una seguidilla de gobiernos liberales, en un periodo denominado la *República Liberal*. En especial durante los gobiernos de Alfonso López Pumarejo (1934-1938, 1942-1945), se implementó el programa de la *revolución en marcha*; una serie de reformas de mediano alcance modernizantes desde el Estado y la sociedad, como la desamortización de bienes de la iglesia católica, las garantías al trabajo asalariado e impuestos a la renta, entre otras. La resistencia conservadora a estas medidas fue absoluta, arreciando la violencia contra los liberales desde 1946, año en que asume el gobierno Mariano Ospina Pérez (conservador), violencia en que se asesinó a Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de 1948. Este hecho desató las revueltas del llamado *bogotazo*, que tuvieron lugar también en ciudades como

⁸ Entre el 5 y 6 de diciembre de 1928 en el municipio de Ciénaga, departamento de Magdalena, el ejército colombiano masacró un número indeterminado de trabajadores de la empresa norteamericana United Fruit Company que se encontraban en huelga pacífica junto a sus familias. El hecho fue investigado y documentado por Jorge Eliecer Gaitán en su trabajo: “El debate sobre las bananeras”.

Barrancabermeja y Medellín, lo que representaría el inicio de la violencia con el surgimiento de las guerrillas liberales y comunistas, principalmente formadas por campesinos y obreros sindicalizados enfrentados a paramilitares, policías y ejército, adscritos al partido conservador; violencia que se extendería hasta 1953, con la pretendida pacificación de la dictadura de Rojas Pinilla. De estas guerrillas liberales y comunistas nacerían una década más tarde las FARC-EP.⁹

2.2. El campesinado antioqueño en la segunda mitad del siglo XX: conflicto armado y acumulación neoliberal

Tres procesos caracterizan el contexto histórico del campesinado antioqueño en la segunda mitad del siglo XX, y que resulta pertinente visibilizar y situar en la subregión del oriente de Antioquia donde se haya Sonsón: por un lado, la expresión en esta subregión de la conflictividad social bajo su forma armada entre el Estado y el paramilitarismo contra la insurgencia y los movimientos populares; en segundo lugar, el deterioro de la economía cafetera frente al desarrollo neoliberal a nivel nacional e internacional; finalmente, el despliegue de la acumulación neoliberal en el oriente de Antioquia mediante una fuerte intervención estatal y empresarial del territorio, concretada en la mercantilización del agua, las obras de infraestructura y la estabilización del comercio. Las formas neoliberales de acumulación y el conflicto armado se encuentran absolutamente relacionados; la crisis cafetera se inscribe en condiciones estructurales que forman el mismo marco en que el oriente de Antioquia se inserta en la economía global.

A nivel nacional, la violencia partidista de mediados de siglo coincidió con el incremento de la acumulación basada en la economía del café en manos de las élites nacionales, entre las que destacan las antioqueñas por su peso histórico como cafeteras, lo que fue impulsado por los altos precios internacionales. La dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957) fue un intento pacificador propuesto por ambos partidos (liberal y conservador), con el ánimo de detener la consolidación y formación de las guerrillas que en el marco de la Guerra Fría eran consideradas como embriones del comunismo.

⁹ Hobsbawm (1963), en su trabajo: “La situación revolucionaria en Colombia” trata parcialmente cómo el proceso de confrontación política partidista fue el cultivo de la lucha guerrillera en la segunda mitad del siglo XX, cuyo carácter ha sido principalmente rural.

La lucha durante la década de 1960 continuó especialmente en zonas cafeteras (Moncayo 2015) bajo formas de bandolerismo y se consolidó con el nacimiento de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964, que unificó múltiples guerrillas bajo la dirección del partido comunista y con una base social formada principalmente de colonos campesinos (Hobsbawm, 1963); el Ejército de Liberación Nacional (ELN), por su parte, empezó a caminar en 1965, con fuerte presencia estudiantil, herederos de la revolución cubana y de la teología de la liberación. El surgimiento de las guerrillas fue contestado por las élites colombianas con el bloque histórico de alternancia en el poder entre conservadores y liberales, conocido como Frente Nacional (1958-1974).

El oriente de Antioquia comienza a insertarse en la dinámica económica nacional en la década de 1960, al mismo tiempo que en el conflicto armado, lo que se vio reflejado fuertemente en las dos décadas siguientes. Desde 1970 distintos municipios de la subregión fueron intervenidos económicamente mediante obras de infraestructura, relativas a la explotación de las fuentes de agua para la generación de energía eléctrica, el aeropuerto departamental e internacional José María Cordova, la apertura de zonas francas y la autopista Medellín-Bogotá. La construcción de hidroeléctricas como las de Guatapé, El Nare y San Carlos, realizadas por las Empresas Públicas de Medellín (EPM), requirió la inundación de territorios urbanos y rurales, el vaciamiento de su población y en algunos casos la relocalización de cabeceras urbanas, afectando la producción agrícola minifundista (Arbeláez 2007). El conflicto socioambiental por el agua sería, desde entonces, una de las características del oriente de Antioquia que se profundizaría en las décadas subsiguientes bajo diferentes formas, influyendo, como se verá, en Sonsón.

Por otra parte, la construcción del Aeropuerto Internacional José María Córdova en la ciudad de Rionegro, misma en la que se creó la zona franca, se materializó en la década de 1980, al igual que la autopista Medellín- Bogotá que atraviesa varios municipios del oriente (Siegert y de la Torre 2011). Estas obras de infraestructura se caracterizaron, como plantean las autoras, por ser agenciadas de manera externa a la subregión (integración forzada), concretamente por los intereses empresariales y comerciales en la expansión industrial de la ciudad de Medellín, generando la urbanización e introducción de actividades económicas relativamente nuevas como el turismo en el oriente, lo que a su vez devino en la diferenciación interna de la subregión,

dejando en ella una periferia lejana más rezagada (en la que se cuenta el municipio de Sonsón), respecto a los municipios de mayor articulación a la capital departamental.

En principio, la conflictividad social ligada a este proceso económico fue encarnada como parte dominante por las Empresas Públicas de Medellín (EPM), en representación especialmente de los intereses sobre las hidroeléctricas, mientras campesinos y obreros se organizaron en el Movimiento Cívico de Oriente (MCO), que se desarrolló y proliferó en más municipios de la subregión, aunque no toda la resistencia estuvo articulada a él y en muchos casos tuvo acciones aisladas, como la obstaculización a las obras de infraestructura o la negativa campesina individual a vender sus tierras para los megaproyectos (Olaya, 2016). Los motivos de la protesta social fueron diversos, como el incremento de los precios de la energía, la subsunción forzada de las redes locales de electricidad a las de EPM y los hechos de violencia contra la población que se fueron incrementando proporcionalmente a la movilización. Como señala Olaya:

La inconformidad de la ciudadanía por el manejo de la política energética salió a flote en noviembre de 1981, cuando la electrificadora de Antioquia notificó el alza gradual de las tarifas, hasta un 35%. El hecho de que la empresa buscara la rentabilidad del negocio en el corto plazo, elevando las tarifas de manera abrupta, provocó que la comunidad rechazara de manera rotunda a la empresa intermediaria (Olaya 2016, 132).

La resistencia impuesta por el MCO, que articuló organizaciones campesinas, sindicales y sociales recibió como respuesta la represión estatal y paramilitar desde finales de la década de 1970, y en los 80 se intensificó en el marco nacional de la violencia política, lo que en últimas significó su desmantelamiento:

El movimiento cívico del oriente de Antioquia, tanto en lo regional como lo local, denotó una gran capacidad organizativa y de movilización, pero la respuesta fue el asesinato sistemático de todos aquellos que encausaron y organizaron el descontento popular contra la prevalencia de los intereses de los grupos empresariales y del Estado burocrático en la región. La criminalización de la protesta llevó a que el movimiento cívico se paralizara en medio de la ola de crímenes que cubrió al país en la década de los años ochenta (Olaya 2016, 136).

La década de 1980 fue también la del declive de la economía cafetera, lo que estuvo asociado a las consecuencias del proceso de modernización: urbanización y migración; la descomposición y proletarización de las familias cafeteras que formaban tradicionalmente la unidad básica de producción y consumo de esta economía; las presiones por las desigualdades internas entre cafeteros a nivel particular y regional; los cambios culturales ligados a la inserción en las economías urbanas de los jóvenes campesinos; todo sumado a factores externos como la caída del precio del grano, fueron cambios que definieron el debilitamiento de esta rama de la producción nacional (Betancur 1987).

La introducción de formas de acumulación de capital diferentes a la producción y procesamiento industrial del café ha puesto en crisis la figura de la familia o finca familiar cafetera como unidad social y productiva fundamental, lo que, como se verá, ha tenido lugar en el marco de la lucha entre élites cafeteras regionales frente, por ejemplo, a la inserción del capital para la producción aguacatera.

En el oriente, los procesos de acumulación neoliberal entraron a llenar la grieta abierta por el declive del café, algo oficialmente vivido a nivel nacional y regional en la década de 1990, y que pervive hasta la actualidad.¹⁰ Por lo tanto, es necesario considerar la inversión en infraestructura como una forma de diversificación del capital por las élites regionales, rearticuladas con el mercado mundial en la explotación de recursos naturales, existiendo una coincidencia relativa, que es necesario explorar, entre el extractivismo energético y la tendencia a la baja de la economía cafetera.

Por otra parte, como señalan Siegert y de la Torre (2011), es posible establecer una conexión o tránsito de la conflictividad social en oriente de Antioquia durante los años 70 y 80, que va desde el agotamiento de las “vías democráticas normales”, como la protesta social del MCO, hacia la resistencia guerrillera desde la perspectiva popular, algo que se va dando de manera casi paralela y con alguna posterioridad al desarrollo y exterminio de los movimientos civiles y pacíficos:

¹⁰ Croce (s/f) vincula esta crisis con el desmonte del Pacto Mundial del Café, vigente entre 1962 y 1989, que se construyó en el marco de la *Alianza para el Progreso*, siendo un acuerdo entre países productores y Estados Unidos para controlar los precios internacionales del grano y la sobreproducción. Su desmonté dejó a los campesinos cafeteros colombianos, pequeños en su mayoría, a merced del mercado internacional y las fluctuaciones bursátiles del precio.

Es clara la coincidencia temporal de la desaparición del movimiento cívico y la presencia de las guerrillas del ELN, las Farc y el EPL. Es más: la continuidad entre movilización social y presencia guerrillera es incluso reivindicada por los miembros del ELN, cuyos lazos de parentesco con los pobladores y su interés en consolidar una base política marcan una gran diferencia con el énfasis militarista que las Farc imprimían a su relación con la población civil (Siegert y de la Torre 2011, 19).

Según Arbeláez (2007), el desarrollo de las guerrillas en el oriente de Antioquia tuvo lugar durante la década del 1980, posteriormente al despliegue de la violencia paramilitar en su forma sicarial focalizada como la padecida por el MCO, expresada en asesinatos de líderes. Para la década de 1990 el sujeto de esta violencia se transforma en ejércitos paramilitares permanentes que ejecutaron masacres, desplazamientos masivos y desapariciones forzadas. En este decenio, el conflicto en la subregión escaló a su mayor nivel en términos cualitativos y cuantitativos debido a los efectos sociales, económicos y políticos de sus causas. En particular, las FARC tuvieron presencia en la zona de páramos, la más remota de la subregión y en la que se encuentra el municipio de Sonsón, mientras los paramilitares fueron desplegados inicialmente como CONVIVIR¹¹ y más tarde como bloques militares desde la zona urbana más industrializada, cercana a Medellín y desde el Magdalena Medio (Siegert y de la Torre, 2011).

Por su parte, las guerrillas ejercieron presión sobre las actividades económicas vitales para los intereses de las clases dirigentes/dominantes departamentales y nacionales, con la afectación a la infraestructura mediante el sabotaje a las torres eléctricas, el cobro de impuestos de guerra a comerciantes y empresarios, las limitaciones al flujo de carga y ataques a la policía y el ejército. En contraposición, diversos grupos paramilitares como las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio (ACMM) o el Bloque Metro de las AUC, ejecutaron una estrategia de combate a las guerrillas basada en la eliminación de sus bases sociales mediante asesinatos selectivos, masacres, desapariciones forzadas y torturas (Siegert y de la Torre, 2011), lo que tuvo como

¹¹ Cooperativas de vigilancia privada, fueron grupos sicariales de apoyo a las fuerzas estatales patrocinados por terratenientes, comerciantes etc., creados legalmente en 1994 por el gobierno de Cesar Gaviria, buena parte de los cuales mutaría en ejércitos paramilitares.

consecuencia el desplazamiento forzado o vaciamiento del territorio¹². En este sentido, los paramilitares conformaron una sola fuerza con el ejército y la policía.

Así, para el campesinado antioqueño la segunda mitad del siglo XX, en especial en la subregión del oriente, significó su inserción forzada en la economía nacional e internacional, materializada en el desarrollo de la acumulación neoliberal y la adaptación de su territorio a intereses dominantes externos. Lo particular de esta articulación que cobra fuerza desde la década de 1980, está en la explotación energética y otras obras de infraestructura destinadas a favorecer el comercio y turismo. El mismo proceso afectó a campesinos y habitantes urbanos de manera diferencial: conflictos por la tierra, costos de los servicios públicos, privación de las viviendas, etc. La economía agraria sufrió la inundación y el desplazamiento de la población rural (Arbeláez, 2007), una parte de la cual fue urbanizada y proletarizada.

Todo esto no fue una adaptación armónica sino especialmente conflictiva, que transitó desde formas de resistencia civil a armadas, enfrentadas a la represión estatal y paraestatal. En definitiva, es posible pensar en la existencia de una continuidad de la resistencia civil pacífica, que fue aniquilada y llevada hacia la resistencia guerrillera, como oposición a los grupos más interesados en adaptar el territorio a la competencia e inserción de capital.

2.3. El periodo 1997-2020: reacción y restauración en el Oriente de Antioquia

El periodo 1997- 2020 se caracteriza por dos procesos interrelacionados: la agudización de la conflictividad social y armada en el oriente de Antioquia, y el despegue voraz de la agroindustria, turismo y la mercantilización del agua, entre otras formas mencionadas de acumulación neoliberal¹³. En el primero, sobresale la avanzada militar estatal y paramilitar paralela, lo que condujo a la pacificación del territorio mediante la expulsión o reducción de las guerrillas y sus bases sociales, con la consolidación del proyecto nacional de la *seguridad democrática*¹⁴, en el

¹² Municipios como el de San Carlos perdieron al 55% de su población (Arbeláez 2007).

¹³ El desarrollo de este segundo proceso se analiza más adelante con especificidad a su manifestación en Sonsón.

¹⁴ *La seguridad democrática* fue el proyecto político encarnado por Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), que desarrolló la restauración/consolidación del orden social hegemónico a nivel nacional, cuya expansión económica neoliberal era obstaculizada por las guerrillas y otras formas de resistencia popular. Se basó en la violencia estatal y paramilitar contra grupos que le resultaban antagónicos y en la promoción de la inversión extranjera. En este proyecto político confluyeron narcotraficantes, terratenientes, militares e industriales, entre otros. A nivel regional, Antioquia fue probablemente el departamento de mayor arraigo de dicho proyecto político. Según Hylton (2006, 88): “Uribe was

que resulta de especial importancia la hegemonía y dominación de la subregión para la inversión nacional y extranjera:

La Seguridad Democrática operó mediante controles, combates y bombardeos. El desplazamiento masivo que guerrilleros y paramilitares provocaron en una primera instancia (entre 1998 y 2003) fue replicado por el Ejército y las Farc en un segundo momento (2004-2006). Si bien la política de Seguridad Democrática permite –en palabras de sus empresarios– la nueva bonanza económica del altiplano, no pasa lo mismo con la deseable recuperación demográfica y económica de las subregiones del oriente lejano[Sonsón, entre otros municipios], donde tal política está directamente asociada al desplazamiento y el abandono de la agricultura y donde los efectos de la “seguridad” que se procurarían en el mediano plazo, por sí solos, no producen el milagro del retorno y la reactivación de la economía campesina (Siegert y de la Torre 2011, 93).

El portal Verdad Abierta (2014)¹⁵, en su crónica sobre la conflictividad social y armada en el oriente describe cómo en este periodo se da la arremetida que significa la *restauración* del orden social en la subregión, especialmente mediante la lucha acérrima y combinada del paramilitarismo y el ejército contra las guerrillas:

Así, la población que militaba en la izquierda y los líderes populares, que reivindicaban –como lo siguen haciendo hoy– los derechos de la población más pobre y que, en esa medida, incomodaban los intereses del establecimiento, fueron considerados por los paramilitares como la base social de la insurgencia. Contra ellos llevaron a cabo una campaña de exterminio materializada en masacres, homicidios, amenazas, torturas y desplazamientos forzados, entre otros (PNUD 2010, 15).

Como dato relevante, expone que quien desde 2002 encarnó el proyecto político de la “seguridad democrática” fue también gobernador departamental entre 1994 y 1997, lo que advierte la cohesión del proyecto político de restauración¹⁶ en este contexto histórico. En este último año es

elected on a simple, clear-cut programme. There would be no more attempts to treat with subversion. The only solution to the insurgencies was to extirpate them, with an iron fist.”

¹⁵ Ver <https://verdadabierta.com/las-farc-cosecharon-odios-en-el-oriente-antioqueno/> consultado el 17/12/2019.

¹⁶ El uso del término restauración hace alusión a la restauración conservadora: 1886-1930, periodo en el que se consolidó la hegemonía cultural y política del partido conservador en Colombia, asegurada en la *guerra de los mil días* (1889- 1902) en respuesta al periodo liberal de 1863 a 1886.

posible marcar una entrada en dos sentidos: el inicio de la agudización de la confrontación y con ella la reconstrucción del poder de las clases dirigentes locales: intervención plena de las huestes paramilitares para el control de la población, y aseguramiento del territorio iniciando un mayor ciclo de desplazamiento forzado. Como señala el PNUD:

En esa época, la Gobernación de Antioquia impulsó las Convivir, tanto que de las 600 que había en el país en 1997, 64 estaban en Antioquia, según el Observatorio de Paz y Reconciliación del Oriente Antioqueño. En el Oriente se instalaron principalmente en Sonsón...” (PNUD 2010, 14).

Como señalan Siegert y de la Torre (2011) el año 1997 marcó, por lo tanto, el cambio en la correlación de las fuerzas en el oriente antioqueño¹⁷. Todo esto abrió el camino para la reconstrucción del poder de las clases dirigentes regional, nacional e internacionalmente articuladas, que sería sintetizado en la segunda dimensión de la “política de seguridad democrática” denominada “confianza inversionista”. La pacificación paulatina del oriente implicaría el desarrollo de la economía de la capital regional, que se había visto contraída por la conflictividad social en el oriente, lo mismo ocurrió con la parte más urbanizada e industrial de la subregión, dejando rezagados a municipios más lejanos como Sonsón, aunque la “confianza inversionista” llegó allí igualmente después de la pacificación armada (Siegert y de la Torre 2011).

3. Sonsón

El campesinado de Sonsón y el municipio aparecen como espacio social, aparecen como objetos de estudio relevantes, debido a su acumulado histórico de cultura y vida campesina dentro de la región andina colombiana, que persiste hoy con relativa solidez. Se trata de uno de los principales centros del colonialismo antioqueño sobre Caldas y el Valle del Cauca durante el siglo XIX y parte del XX, que ayudó a constituir la economía cafetera colombiana y amplió la frontera agrícola, lo que le significó ser un potente núcleo económico regional de producción agrícola,

¹⁷ Para un inventario completo de los hechos ocurridos durante el conflicto armado en este periodo dentro de la subregión ver: https://info.undp.org/docs/pdc/Documents/COL/00058220_Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%Bl0.pdf

especialmente de maíz o café, llegando a tener incluso su propio banco y ser cuna de empresas y empresarios como Lorenzo Jaramillo y otros tantos que después emigraron.

A lo largo del siglo XX fue construyendo también un fuerte aparato cultural, compuesto por museos, una Sociedad de Mejoras Públicas, grupos artísticos, medios de comunicación locales como La Acción y El Popular, con intelectuales como Gregorio Gutiérrez González (poeta) o Roberto Jaramillo Arango (académico) y una prominente producción cultural. La conjugación de un acumulado histórico de economía marcadamente campesina y una cultura que exalta especialmente los sujetos y valores rurales hace que sea de importancia especial para un estudio sobre la formación del sujeto campesino en Colombia y su proceso de subjetivación política.

Según el Plan Municipal de Cultura y Patrimonio de Sonsón 2012-2023 (2017), en la segunda mitad del siglo XX el municipio entró en declive como centro de acumulación de capital. Los procesos que incidieron en ello fueron diversos: la migración de los empresarios y empresas locales, terremotos que afectaron la infraestructura urbana (1961-1962), la construcción de una nueva autopista para conectar a Medellín y a Bogotá que restó importancia a la vía que pasaba por Sonsón y la agudización a finales de la década de 1990 del conflicto armado.

3.1 Datos socioeconómicos y geográficos de Sonsón

El municipio de Sonsón se encuentra en la subregión del oriente del departamento de Antioquia, tiene una extensión de 1.323 km² con una ruralidad organizada entre 8 corregimientos y 108 veredas (divisiones territoriales rurales). Su geografía es diversa constando de diferentes pisos térmicos: cálido, frío y medio, primando en su cabecera municipal urbana una temperatura promedio de 13°, localizada a una altitud de 2.475 metros sobre el nivel del mar (Pérez 2017). Aunque oficialmente hace parte de dicha subregión, cuenta también con una parte de su territorio más próxima a la subregión de Magdalena Medio, conformada por corregimientos de La Danta, Jerusalén y San Miguel, situados alrededor de 5 horas por vía terrestre de su centro urbano y cuyo clima es diferencialmente cálido.

Esta variedad climática influye en la diversificación de la producción agrícola (mayoritaria) del municipio, concretada en cultivos de café, panela (caña de azúcar), frijol, maíz, frutales

y ganadería de leche, entre otras (CCOA 2017). Desde 2015, el municipio ha experimentado una fuerte expansión del cultivo agroindustrial para la exportación: aguacate, uchuva, curuba, higo y otras frutas consideradas exóticas fuera de Colombia.

Junto con los municipios de Argelia, Nariño y Abejorral compone la llamada “zona de páramos”, denominada así en la división económica hecha según los recursos disponibles para la explotación en el oriente por empresas públicas y privadas, en este caso relativa a su riqueza hídrica.

3.2. Sonsón: campesinado y élite

Para Siegert y de la Torre (2011), Sonsón es el “núcleo del campesinado intermedio”¹⁸, siendo el municipio geográficamente más apartado de la subregión del oriente y uno de los centros de expansión del colonialismo antioqueño hacia lo que más tarde sería el eje cafetero. Sus campesinos colonos no son los equivalentes de otros procesos de ocupación de tierras por colonización, como en el caso de Estados Unidos; si bien guardan algunas semejanzas relativas, también están sujetos a contradicciones particulares nacionales en Colombia, como la falta de seguridad jurídica sobre su propiedad o el despojo y la precariedad, sin llegar a ser asalariados de tiempo completo, es decir, sin llegar a proletarizarse totalmente.

En Sonsón se configuró también, desde el siglo XIX, una élite local que junto a la de Rionegro y Medellín constituyó históricamente el núcleo de las clases dominantes antioqueñas, con claros rasgos de burguesía industrial y comercial e intereses en la expansión de la frontera agropecuaria y la propiedad de la tierra (Palacios, 2009). A lo largo del tiempo su carácter local (e intereses) se subsumieron o articularon con el centro principal del poder regional: Medellín.

Como se verá más adelante, la formación cultural hegemónica que la dirigencia local antioqueña, entre la que encuentra de manera relevante la sonsoneña, se basa en una articulación entre valores

¹⁸ Si bien las autoras no definen esta categoría, una aproximación a ella desde la sociología rural haría referencia a la figura Farmer, un campesino poseedor de tierra suficiente para insertarse en el mercado y generar un determinado nivel de acumulación, que tiene la posibilidad y necesidad de compra de fuerza trabajo, no siendo desposeído, pero tampoco gran terrateniente o latifundista. Ver: Bernstein, Henry (2012) “La formación de clases en el campo”.

propios del proceso de modernización, la búsqueda de acumulación y el pensamiento religioso conservador:

Las dinámicas sociales y políticas del Oriente antioqueño han estado enmarcadas en una historia en la que han predominado los intereses de una élite altamente religiosa, carismática y profundamente conservadora en sus costumbres. También por tradición, la sociedad del Oriente se ha identificado casi monolíticamente con el ideario conservador. Esa identidad política los llevó a enfrentar fuertemente a los liberales en la denominada época de La Violencia, que abarcó buena parte del país. Los actores de esa élite hegemónica eran las clases poderosas de Rionegro y Sonsón, que rivalizaban por ser la capital religiosa de la región, y las de Marinilla, que pugnaban con Rionegro por el poder político (PNUD 2010, 9).

Estas características generales de las clases sociales a nivel local definen la particularidad de su conflictividad social y formación como sujetos políticos, sin que sea posible una disgregación frente a las dinámicas más amplias del oriente que, como en el caso del conflicto armado o el extractivismo energético sobre el agua, articulan sujetos e intereses a nivel nacional e incluso internacional.

3.3. Conflicto armado en Sonsón

Buena parte de la dinámica del conflicto en el municipio siguió las líneas generales que tuvo en la subregión, es decir, la preexistencia desde las décadas de 1970 y 1980 de grupos rebeldes diversos como el Ejército Popular de Liberación o el Movimiento 19 de abril, que paulatinamente perdieron terreno e influencia frente otras guerrillas, pero, sobre todo, por la arremetida estatal y paramilitar en los 90 hasta la primera década del siglo XX. En general, los municipios de la Zona de Páramos como Sonsón estuvieron menos afectados que otros del oriente de Antioquia en cuanto a la agudización del conflicto social, o no experimentaron procesos significativos de reconocimiento político abierto de la población en las partes: el Estado y los paramilitares, de un lado, *vs* las guerrillas del ELN y las FARC-EP del otro. Aun así, el conflicto ha sido una experiencia de suma importancia para su población, al punto de que la mayor parte es considerada oficialmente víctima: 28.000 víctimas para 2019 entre una población de alrededor de 36.000 personas para 2018 (Conciudadanía, 2019).

La vida campesina se vio especialmente afectada por las propias dinámicas de la guerra. Guerrillas y paramilitares trataron de lograr el apoyo campesino con parcial éxito y de manera coercitiva, esto provocó que fueran objetivos eventuales de la contraparte, experimentando desplazamiento forzado por amenazas, limitación a la libertad de movimiento, minado de territorios, combates, retención, desaparición forzada, sabotaje a la infraestructura, estigmatización, represión, etc.

Algunos de los acontecimientos más significativos del conflicto en Sonsón fueron la masacre del 24 de agosto de 1996 en que las AUC recorrieron la zona urbana asesinando a personas que consideraban tenían algún tipo de relación con las guerrillas; la masacre de la Pinera el 13 de junio de 2002, un centro recreacional que funcionaba como campamento de las AUC y que fue atacado por ejército colombiano en hechos que aún no son totalmente claros; el bloqueo del corregimiento Los Medios por las FARC-EP durante un mes en el 2000 y 2002; y la organización de la población civil desde la institucionalidad en la “asamblea comunitaria”, que bajo el discurso de los derechos humanos desarrolló acciones de protesta y resistencia en favor del Estado, la sostenibilidad del orden económico y la democracia electoral, que venía siendo afectada por el sabotaje las elecciones locales y la retención del alcalde en 2001 por las guerrillas.¹⁹

La pacificación armada en el municipio fue paralela a la del resto del oriente de Antioquia, se afirmó con la hegemonía del proyecto uribista a nivel nacional, la expulsión de las guerrillas y la proscripción de facto de los movimientos de izquierda bajo la amenaza estatal y paramilitar, cristalizado todo hacia 2010, y abriendo paso a una década de pleno vuelo de las formas de acumulación neoliberal en el municipio.

3.4. Despegue de la economía neoliberal en Sonsón: 2010-2020

Muchos de los procesos de acumulación que se han desplegado en Sonsón desde 2010 realmente iniciaron décadas atrás, pero su desarrollo pleno sólo fue posible después de la pacificación armada, pues la lucha guerrillera los obstaculizaba. Estos procesos se caracterizaron por la transformación de la vida campesina mediante su integración productiva total al mercado externo,

¹⁹ Para un recuento más amplio del conflicto en Sonsón ver: <http://hacemosmemoria.org/wp-content/uploads/2017/11/Infografico-linea-tiempo-Sonson-1.pdf>

la inserción de capital en el municipio y la transformación de las relaciones de producción y de los campesinos con la naturaleza. Entre 2010 y 2020, la agricultura en Sonsón se ha transformado fuertemente de una menos tecnificada, ligada al mercado interno y al autoconsumo hacia una centrada en la producción de frutas para la exportación: opal, higo, aguacate, uchuva, curuba entre otras, frecuentemente con características de producción agroindustrial. El producto más significativo en este proceso es el aguacate, cuyo cultivo se inserta en Sonsón desde la década de 1980, pero empieza a cobrar relevancia alrededor de 2015, con el arribo de empresas aguacateras extranjeras y el incentivo de su cultivo por parte de las alcaldías municipales, lo que favoreció que muchos campesinos se dedicaran a su producción. Según el periódico De la Urbe²⁰ (2017):

Aproximadamente 3000 hectáreas [en Sonsón] están sembradas de aguacate de todas las variedades. De éstas 1800 están certificadas para que el aguacate sea comercializado en el exterior (...) De las 153 veredas del municipio la producción de aguacate se concentra en 23 de ellas, según datos del Sena [Servicio Nacional de Aprendizaje]. De las 3000 hectáreas, alrededor de 2100 son de aguacate Hass, el más atractivo para las exportaciones. En 2016, Colombia exportó 35 millones de dólares en aguacate de esa variedad (...) En la actualidad se encuentra en Sonsón las compañías Westsole Farms Colombia SAS-asociación de una empresa chilena y una sudafricana-, Aguacates Gourmet y Expo Fruta Hass-ambas empresas colombianas-(...) en Sonsón se cosechan actualmente unas 15000 toneladas de aguacate de todas las variedades, principalmente Hass (De la Urbe 10, 2017).

Por su geografía, Sonsón cuenta dentro de su territorio con abundantes fuentes de agua incluyendo un páramo que recibe su nombre, esto permite entender su valor para la inversión extranjera en la explotación de aguacate, que demanda altas cantidades de agua, y cómo, bajo la forma de agroindustria el conflicto socio ambiental por el líquido vital se reedita.

Otra de las formas de acumulación desarrolladas en Sonsón durante la última década y que ha tenido un fuerte impacto en la vida campesina son las “micro” centrales hidroeléctricas. Se trata de la explotación energética de los ríos para producir electricidad que se vende en el mercado interno y externo, implantadas mediante capital nacional y foráneo. Las hidroeléctricas han

²⁰ Jessica Montes. Si todos los campesinos nos ponemos a sembrar aguacate ¿qué vamos a comer? Periódico de la Urbe 12-2017: https://issuu.com/delaurbe/docs/dlusion_01_digital.compressed

significado destrucción ambiental y expulsión campesina de los territorios en que se han asentado, así como conflictos ambientales. De esta manera, Microempresas de Colombia, una central crediticia describe la perspectiva empresarial de la explotación hidroenergética en Sonsón:

El potencial hidroenergético es otra oportunidad del territorio. Desde hace varias décadas operan las microcentrales Sonsón 1 y 2 de Empresas Públicas de Medellín - EPM-, aprovechando el caudal del río Sonsón; en el futuro próximo se desarrollarán otros proyectos de micro-centrales sobre los ríos La Paloma y Sirgua y una Central Hidroeléctrica en la vereda Cañaveral que aprovechará el potencial hídrico de la cuenca alta del Río Arma (Microempresas de Colombia 2019, 18).

Por otro lado, en la última década se ha expandido el negocio financiero en Sonsón, principalmente mediante préstamos a la población campesina para su inserción en el mercado de producción-exportación, negocio que se concreta en el aumento de agentes financieros como bancos, microcrediticias y prestamistas particulares, lo que ha conducido al endeudamiento creciente de los campesinos. Según microempresas de Colombia (2019):

Las condiciones y dinámica económica del municipio, influye en las tendencias hacia el consumo de productos financieros de ahorro y crédito. Sonsón es un municipio con una vocación agrícola tradicional, donde los cultivos de café, cacao, caña, papa y cultivos que tienen gran importancia en mercados internacionales, como el aguacate, higo, y otras frutas, son la base fuerte de la economía del municipio, igualmente la ganadería y la minería con la producción de mármol caliza y explotación de oro, enriquecen y diversifican la economía de Sonsón (Microempresas de Colombia 2019, 35).

Se han desarrollado, además, formas de acumulación típicamente neoliberales por la dependencia total y sujeción que implican de sujetos locales a la demanda externa, como el turismo y la minería, esta última con ya larga historia en Sonsón, pero que igualmente se vio limitada por la lucha rebelde.

Uno de los rasgos típicos con que se imaginó al sujeto antioqueño es el de una ética del trabajo a la que se le confirió una capacidad redentora. El trabajo aparece como fuente de la virtud nacional antioqueña, su idealización resultó necesaria en la integración subjetiva de sujetos que, objetivamente, fueron forzados a hacerse campesinos mediante la expedición de leyes contra la vagancia²¹ y la coerción social articulada del Estado y propietarios, a quienes se les encargaban la explotación y disciplinamiento de determinados sujetos inoficiosos. Así, como señala Mejía:

...Pero no todos iban a colonizar por esta clase de motivos y algunos tuvieron que hacerlo como verdaderos "esclavos blancos"...Desde la cuarta década del siglo [XIX], se proveyó de mano de obra a propietarios de la colonización por medio de leyes contra la "vagancia" y por su estricto cumplimiento. Así, "las leyes draconianas contra la vagancia que se promulgaron en Antioquia obligaron a los hombres sin empleo a emigrar a la frontera Suroccidental, región a donde generalmente rehusaban ir (Mejía 1978, 24).

En principio, desde la perspectiva de los intereses de las élites antioqueñas, la población considerada como vagos urbanos: todos aquellos no acogidos en la economía mercantil e industrial naciente, debieron ser sometidos para formar la cohesión de la sociedad (Castro 2012). Paralelamente, la representación de la antioqueñidad como identidad regional, fundada en la figura del colono-campesino fue el medio que limitó la conflictividad entre estos y las élites regionales, haciendo que el conflicto reconocido de este proceso fuera entre el colono y la naturaleza, o entre aquel y poblaciones afrodescendientes e indígenas asentadas en los territorios a apropiar. Por otro lado, la tenencia de propiedad, la formación de familias estables y el arraigo que permite la agricultura, fueron condiciones que crearon los colonos campesinos, pero bajo el sometimiento y la dominación de las élites regionales, facilitando el desarrollo del Estado-nación a nivel regional y la ciudadanía (Uribe 1998).

²¹ Otro ejemplo citado por el historiador Álvaro Tirado Mejía (1978) es la ley 105 de 1922 que señala. "Artículo 4: Serán relegados a colonias penales los declarados vagos por la policía ...

Artículo 5: Se entiende por vago para los fines de esta ley a quien no posea bienes o rentas, o no ejerce profesión, arte u oficio, ocupación lícita o algún medio legítimo conocido de subsistencia... y que habiendo sido requerido por la autoridad competente hasta por dos veces, en el curso de un semestre, no cambie sus hábitos viciosos... *Artículo 13:* A cada relegado se le señalará para su cultivo una hectárea de tierra y si tuviese familia que mantener, hasta dos."

El amor al trabajo y el apego a la tierra son parte de una forma más amplia en que los intelectuales antioqueños imaginaron al campesino colono como molde de la identidad regional. Giraldo (2012) recupera de la obra literaria de Tomás Carrasquilla, escritor antioqueño del siglo XIX y principios del XX, una representación más amplia del antioqueño:

Cuenta, a la sazón diez y seis años; y vieras cómo, luego al punto, se van despertando, en ese medio, rudo e inclemente, las energías de aquel carácter y los recursos de aquella cabeza. Espíritu de sacrificio, de orden, de disciplina, de admiración, va sacando, uno tras otro, así en lo físico, y todo con brío y una jovialidad que más parece cosa de diversión que de ayuda. Interviniendo en todo lo doméstico hace de aquellos ranchos, a veces trasladables y siempre improvisados algo limpio e higiénico; de aquella culinaria primitiva, platos sazonados; de trapos en jirones, ropa llevadera; de esa negrería negligente y desidiosa, servicio ordenado y distribuido por capacidades (Giraldo 2012, 325).

Otro ejemplo, en el mismo sentido, aporta Mejía (1978) con la descripción elaborada por Emiro Kastos (Juan de Dios Restrepo), otro intelectual antioqueño del siglo XIX:

El Antioqueño es muy trabajador y nada exigente ni pretencioso. Aunque católico ferviente, tiene -dice Emiro Kastos, antioqueño él mismo- la energía y el amor al trabajo propio de los pueblos protestantes. Sus profesiones principalmente son minería y las faenas del campo. En cuanto este último trabajo, el antioqueño es el perfecto granjero que no omite esfuerzo alguno en la tala de la selva virgen y que gusta incluso de esa tarea, pues ella le brinda la posibilidad de una nueva plantación. Y sigue incesantemente en busca de nuevas tierras. Es el yankee de este país...canta y toca la guitarra, tiene en alta estima a sus poetas...como minero y en general como hombre codicioso de ganancias siente pasión por el juego...y en estado de obcecación cae en el delito (Mejía 1978, 23).

Esta construcción subjetiva del sujeto social: la exaltación de la riqueza monetaria producto del trabajo, de la capacidad para afrontar las mayores dificultades, su disciplina etc., todo lo que se sintetizó en un “ethos” particular, no se limita a elaboraciones decimonónicas, sino que se ha mantenido, adaptado y reproducido hasta hoy en la cabeza de los intelectuales antioqueños orgánicamente ligados a las clases dirigentes. Así, en la actualidad estos intelectuales (incluso en

la academia), explican la formación de empresas y en general los procesos de acumulación como resultado de la identidad regional. Por ejemplo, Correa y Jaramillo (2002):

Ha sido pues y sigue siendo ese “ethos” el que se ha encargado de conferirle al antioqueño una identidad entre los pobladores del actual territorio colombiano; pero, más allá de ello, es también lo que le ha permitido trascender y franquear las fronteras nacionales: gracias a esta especial configuración de alma, impulsó el desarrollo del occidente del país, levantó poblaciones aquí y allá, conectó la economía nacional con el entorno mundial, fomentó los procesos de industrialización creando empresas de toda laya, propició la conexión de las diferentes regiones fomentando la creación de obras públicas que hoy figuran entre los grandes “monumentos” de la ingeniería humana (Correa, Jaramillo 2002, 4).

De este modo, fueron representados por estos intelectuales los campesinos, como herederos de la noble gesta colonialista llevada a cabo por los antepasados de todos los antioqueños (ricos y pobres), que pasaron a ser piedra angular de la identidad regional. Se idealizó y absorbió en el relato hegemónico su experiencia en el mundo social, como portadores de una serie de atributos sociales, culturales, morales etc., que distinguen esta población y que son funcionales al modelo de acumulación agenciado por las élites locales (hoy neoliberalismo), llegando al punto de considerar estos atributos como una condición natural- racial de superioridad frente sujetos imaginados como “otros”.

4.1. Racialización del colono-campesino antioqueño

La construcción cultural de la figura del colono-campesino antioqueño es común a otros intentos de formación moderna de nacionalidades en Latinoamérica. En este caso, la racialización fue central en una identidad regional como: “raza antioqueña”, que contraponía a los colonos campesinos con pueblos afros e indígenas sobre los cuales los primeros tenían una misión o potencialidad civilizadora:

Los antioqueños tienden a percibir como “desviada” a su más reciente incorporada periferia, debido a que su población es predominantemente indígena, mulata y negra. La antropóloga Claudia Steiner saca conclusiones similares en su estudio histórico sobre la incorporación administrativa del golfo de Urabá al Departamento de Antioquia. Los administradores del centro

de Antioquia describieron de manera explícita a los habitantes de Urabá como racialmente inferiores, y quisieron transformar las costumbres sociales de la población, meta a la que se refirieron como *antioqueñización* (Appelbaum 2007, 40).

Los procesos de racismo cultural tuvieron dos vías según Uribe (1998) a lo largo del siglo XIX y XX. La primera fue la violencia como despojo, reducción y aniquilamiento contra aquellos grupos étnicos que no podían ser asimilados o representaban obstáculos a la expansión colonialista interna impulsada por las élites urbanas; una lucha que fue llevada a cabo por los colonos blancos-mestizos antioqueños como punta de lanza. La segunda, fue la parcial asimilación de la cultura afro e indígena y de determinados sujetos pertenecientes a ellos; el dinero como medio para alcanzar la igualdad social²² fue su eje. Por otro lado, esta racialización permitió amortiguar los conflictos entre colonos y terratenientes, especialmente aquellos con anclajes urbanos, y agudizarlos frente grupos afros e indígenas (Mejía 1978).

Como proceso ideológico y cultural, la representación radicalizada del sujeto antioqueño se ha mantenido y adaptado al cambio de las condiciones estructurales de la sociedad, en el decurso histórico de conflicto entre diferentes concepciones del mundo, lucha en la que sobresale la reanimación de la hegemonía de las clases dirigentes antioqueñas, no sin dificultad. Esto permite entender que fundamentos de la representación del sujeto antioqueño propios de la construcción republicana y nacional, coexistan, se articulen y reproduzcan bajo un capitalismo mucho más avanzado, lo que permite explicar, trabajos como el de Correa y Jaramillo (2002) “Ethos antioqueño: soporte moral para la creación, desarrollo y conservación de empresas”, en un vívido ejemplo de la reproducción de una identidad nacional (regional) desde una perspectiva hegemónica.

En la misma dirección escribe Betancur (1987) su “Declaración de amor al modo de ser antioqueño”, como una oda a la cultura e historia regional, lo propio hace Téllez (2010) con su examen de la “colonización” como emprendimiento que ha favorecido la competitividad nacional

²² Como describe Uribe (1998) la descomposición temprana del esclavismo en Antioquia, asociada a la economía minera, significó que muchos esclavos obtenían su libertad comprándola, al poder trabajar un día de la semana para sí. En la temprana formación social, esto imprimió un rasgo que perdura hasta la actualidad, que es la alta valoración social del dinero como medio para el ascenso social y la realización de los sujetos.

y regional, casi asemejando al colono antioqueño con lo que sería un antepasado del emprendedor visionario shumpeteriano. Todos son trabajos que expresan bien cómo el movimiento de las representaciones sociales, la cultura y la ideología etc., puede amalgamar conscientemente y en función de las relaciones de poder social, distintas ideas que no dependen absolutamente de sus condiciones objetivas, pero que tampoco son independientes de ellas.

Capítulo 3

El ahorcamiento de los campesinos

Introducción

En las últimas dos décadas los campesinos de Sonsón vienen siendo ahorcados a varias manos, a saber: por los bancos, las multinacionales de la agroindustria, el mercado mundial y los negociantes de la energía que usurpan sus tierras con hidroeléctricas. Estas manos en sus cuellos son las formas de acumulación capitalista en las que se encuentran atrapados, son relaciones de dominación estructurales que los despojan de los medios mínimos para la producción y reproducción de su vida material e inmaterial. En este capítulo se analizan cada una de estas formas de acumulación desde los conceptos de desposesión y de destrucción-creativa, teniendo como fundamento empírico principal la voz de los campesinos sobre los cambios que han producido en sus vidas durante los últimos 23 años.

Desde 1997, los campesinos de Sonsón han experimentado la imposición del neoliberalismo en sus vidas y en su territorio, al mismo tiempo que la agudización de la lucha de clases en la forma de conflicto armado interno. En este ciclo, este modelo de acumulación no sólo se desarrolló, sino que se expandió plenamente en el municipio tomando diferentes formas. Como manos de un solo monstruo, estas formas son parte de un mismo cuerpo y se encuentran articuladas: el endeudamiento bancario de los campesinos hace que, al no poder cumplir sus obligaciones, queden en la palma de las multinacionales interesadas en comprar sus tierras para la agroindustria, y, su sometimiento al mercado mundial mediante la demanda agrícola para la exportación genera una presión sobre la propiedad funcional a la venta de la tierra. Todo esto, resulta especialmente beneficioso para los intereses de la explotación hidro-energética, que exige el máximo posible de expulsión campesina. Deben entenderse, entonces, estas formas de despojo como constitutivas de la totalidad de la estructura económica dominante en Sonsón y, en términos generales, extrapolables al caso colombiano.

El punto de partida de este análisis es precisar el carácter histórico de las relaciones entre las diferentes formas de desposesión que la economía neoliberal en Sonsón ha impuesto a los campesinos, es decir, entenderlas como cambios cualitativos resultado de un acumulado de

transformaciones cuantitativas. La apreciación de Harvey sobre la restauración del poder de las clases dominantes en el neoliberalismo como un proceso de destrucción creativa ilustra este problema, pues es el resultado de la victoria de comerciantes, terratenientes, banqueros y empresarios articulados al capital externo, lo que impulsa el crecimiento de estas formas de acumulación. Muchas de ellas, como la agroindustria del aguacate, eran larvas preexistentes al periodo 1997-2020, pero con el conflicto social en todas sus dimensiones: bélica, cultural y política, se incubaron y crecieron hasta representar transformaciones sustanciales de los sujetos y sus vidas, como la dependencia total al mercado externo. De este modo, el entendimiento de la estructura económica de Sonsón desde una perspectiva histórica en el periodo referenciado, como una caracterizada por la acumulación por desposesión y la destrucción creativa, refiere a cómo las luchas o el conflicto social/armado desataron cambios mediante la acumulación de capital.

En este sentido algunas formas de acumulación, como el vaciamiento del territorio, están directamente ligadas al periodo más duro de la confrontación, pero el despojo de tierra ha continuado en otras presentaciones que cobran vida una vez afianzada la “pacificación” de Sonsón por el Estado y el paramilitarismo desde alrededor de 2010 en adelante. No obstante, más que una continuidad entre las distintas formas de despojo-acumulación y de destrucción creativa, se habla aquí de una relativa simultaneidad y reforzamiento mutuo, con manifestaciones que rigen la vida y relaciones sociales de los campesinos.

1. El vaciamiento de la tierra

La base económica y política que creó las condiciones favorables para el desarrollo del neoliberalismo en Sonsón yace en el proceso de vaciamiento forzado de los territorios. La relación entre la conflictividad armada más aguda y los procesos de acumulación por desposesión/destrucción creativa a que esto dio pie, puede entenderse como un despeje del camino de la primera hacia los segundos.

En este caso, la mejor estampa posible de la acumulación por desposesión es precisamente la de ejércitos armados expulsando a los campesinos de sus tierras. Si bien esto ocurrió en Sonsón, no fue la forma principal en que las clases dominantes agenciaron la implantación del neoliberalismo en la región, que sí lo fue en otras subregiones de Antioquia como Urabá. En Sonsón, en cambio

el vaciamiento fue a cuentagotas. Las condiciones de la confrontación bélica entre el paramilitarismo y el Estado contra las guerrillas (FARC-EP y ELN) generaron numerosas expulsiones del territorio y huidas fragmentarias, individuales o familiares, y en algunos casos colectivas a causa de amenazas, asesinatos y masacres; pero también por de la pesadez de la vida en medio de la guerra, lo que la hizo insostenible para muchos campesinos: miedo, afectaciones psicológicas, limitaciones a la libertad de movimiento y enjuiciamiento por su simpatía eventual hacia uno y otro grupo. En su trabajo conjunto con las comunidades campesinas de los corregimientos de Río Verde en Sonsón, Yulieth Vega (2019) sintetiza la voz de los campesinos sobre cómo la lucha implicó el vaciamiento del territorio:

La violencia dura empezó en el 2002 cuando subió Álvaro Uribe Vélez a la presidencia. Como quería derrotar a la guerrilla, llegaron al corregimiento [Río Verde] otros actores para luchar contra ella: los militares y los paramilitares. Y ahí si todo se calentó, aunque la situación fue distinta dependiendo del sector. Para debajo de La Soledad, es decir por esa vereda y las veredas de Palestina, Santa Marta, Campamento, la Ciénaga o Santa Rosa, eso fue miedoso, miedoso. Hubo muchos muertos y esos territorios quedaron solos totalmente. En La Soledad permanecieron solamente 6 familias, e incluso, hoy en día, en Campamento, Palestina y Santa Marta no hay nadie. Por aquí arriba-La Capilla, San Jerónimo, La Montañita, Guayaquil, Caunzal o Murringo fue diferente. No hubo tanto desplazamiento ni muertos porque la gente fue muy neutral (...) En fin la gente se asustaba y se iba, a los jóvenes les daba miedo que se los llevaran y se marchaban para las ciudades, ya no se podía trabajar igual y daba miedo hasta caminar (Vega, Comunidades campesinas de Río Verde 2019, 63).

Ahora bien, al considerar este proceso de vaciamiento ligado inmediatamente al conflicto, es posible ver cómo operó el mecanismo de despojo y acumulación en las condiciones particulares de Sonsón. La tierra no saltó directamente a manos de un gran acumulador, sino que pasó primero por una limpieza (legalización), favorecida por la informalidad en su posesión (típica de la ruralidad colombiana) por pleitos familiares o sucesiones, antes de llegar a manos de su destinatario final, sea este una empresa o un particular, mientras que, en otros casos, terminó abandonada o en manos de especuladores que la transfirieron a terratenientes, comerciantes urbanos o campesinos ricos. Como contó Isabel Sánchez, una campesina de Sonsón que experimentó el despojo de la tierra debido a estos hechos:

(...) Cuando nos desplazamos Román Vaca, un tío mío, hizo papelería mal hecha y eso lo vendió, yo digo que fue mal hecha porque si ellos los herederos de eso eran 9, por qué le tenía que tocar a él solo si era la única herencia del papá, entonces eso lo vendió, lo vendió a un señor Baltazar Castañeda y entonces eso ya papá perdió la posesión, perdió todo(...)Entonces eso lo vendieron, nosotros ya que quisiéramos regresar a dónde, ya no hay donde(...)es un señor de acá de la plazuela, dizque un riquito que llaman compró y de todas maneras quedamos sin nada, si uno quisiera regresar ya no hay en donde (Isabel Sánchez, en entrevista con el autor, 02-2020).

Este vaciamiento progresivo de la tierra implica, además, la destrucción o liquidación de la vida campesina a corto o mediano plazo, para edificar (crear) relaciones típicas de una ruralidad capitalista, especialmente para los campesinos que deciden quedarse o retornar. Su relativa autonomía económica, su relación tradicional con la naturaleza y la apropiación subjetiva de la tierra por los campesinos son aniquiladas través de su expulsión. Ante el desahucio obligado, la continuidad de la comunidad campesina, como ha sido el caso del corregimiento de Río Verde, se va haciendo casi imposible a partir de 2010, porque va desapareciendo la fuerza de trabajo y con ella la posibilidad de sostener relaciones de producción que, si bien han estado mediadas por el jornal, se basaban a la vez en fuertes lazos de solidaridad. La ausencia de fuerza de trabajo, principalmente de los jóvenes, ha impedido el crecimiento económico colectivo, pues se ha dificultado la recolección de las cosechas, el trabajo común, el arreglo de caminos, el sostenimiento de la propiedad familiar y en general la realización de las arduas labores agrícolas, a lo que se adjunta el envejecimiento de los que quedan. Yulieth Vega (2019), recoge precisamente en su investigación cómo los campesinos de Río Verde en Sonsón piensan el vaciamiento continuado de su territorio, una vez fue pacificado por las armas:

En 2010 el conflicto disminuyó y algunos de los que se habían ido volvieron (...) No obstante las condiciones para vivir por aquí han ido cambiando. Nuestra población ha disminuido y cada vez es más difícil encontrar con quién sembrar el campo (...) la familia se ha mermado; ya no es época de tener 14 o 15 hijos, máximo son 1 o 2. Hay personas muy trabajadoras, pero son ancianos que están colgando los guayos o que ya no son capaces de trabajar (...) Por su parte los jóvenes también se han ido yendo por falta de oportunidades educativas y económicas o porque ya son de otro ambiente. Ellos prefieren irse a trabajar a los cultivos de aguacate de las veredas Tasajo o Llanadas, porque los vinculan y les dan un sueldo (...) Por si fuera poco, debido al conflicto armado y la disminución de la población, las tierras que trabajábamos han disminuido.

Antes había mucho trabajadero con café, caña, animales y otros cultivos. Hoy, parte de eso se ha perdido en el monte, es puro rastrojero. Hay áreas donde no hay ni la mitad de destapado de lo que había abierto hace 15 años. Y si a eso se le suma que no hay con quien sembrar, recoger o moler, hay personas a las que les toca dejar perder la finca (Vega, Comunidades campesinas de Río Verde 2019, 65).

Destruída parcial o totalmente la vida campesina por todo lo inherente a la guerra, la huida de los jóvenes es una grieta en la comunidad que la deja a merced del gran capital; el único que puede explotar la tierra sin depender de actividades de auto sustentación que las familias obtienen del “monte” o áreas protegidas, pero sobre todo es el único que puede proveer la fuerza de trabajo necesaria para la producción agrícola. El vaciamiento forzado crea así la oportunidad para la inserción de la economía neoliberal, un espacio y unos sujetos dispuestos (forzadamente) a abrirle las puertas, por las que extiende sus largos brazos como formas de desposesión por acumulación ya formalizadas o institucionalizadas y legitimadas.

1.2. De agregados a dueños

La historia de los campesinos de Sonsón desde 1997 hasta la actualidad, y especialmente durante el periodo más agudo del conflicto, no se reduce solo al despojo forzado, su experiencia sugiere que la desposesión no es sólo una relación desigual de poder en que se les arrebatara su tierra, trabajo o vida, sino que puede operar a su favor, en una suerte de *expropiación de los expropiadores*. Esta forma de entender la teoría se arriesga a desnaturalizar su valor teórico político y explicativo de la aparente inmortalidad²³ de la sociedad capitalista y su capacidad de enjuiciar sus relaciones de poder, pero tiene la ventaja de situarla en el fundamento de la historia, entendida como lucha de clases, o lo que es lo mismo, alumbrar hacia el problema político de la acumulación. Por ahora, lo que ocupa aquí es la experiencia histórica de los campesinos sonsoneños en el desarrollo de la estructura de clases, en la que germinan como sujetos políticos, no aun el análisis de su formación y práctica en la lucha de clases.

²³ Aquí se hace alusión a la acumulación por desposesión como forma de reproducción social y de solventar las crisis de acumulación como las describe Harvey.

A partir de 1997, la estructura de clases de la sociedad sonsoneña²⁴ se transformó parcialmente. Como se ha expuesto, el proceso de acumulación fue propiciado en el conflicto armado, la pacificación del territorio mediante los fusiles tuvo como consecuencia el abandono de la tierra y la destrucción de relaciones sociales a manos de la economía neoliberal, lo que fue condición para el desarrollo de diferentes formas de desposesión sobre el campesinado. Pero, por otro lado, la guerra produjo cambios – aunque parciales– en un sentido contrario, no planificados y que no trascendieron al nivel de una conquista política.

En Sonsón, las acciones militares de la insurgencia, específicamente de las FARC-EP y el ELN, estuvieron dirigidas contra los flujos de reproducción del capital: sabotaje de su infraestructura de transporte, al suministro eléctrico de energía, asedio a la gran propiedad, persecución a terratenientes, a grandes comerciantes y, muy importante, contra los intereses exploratorios de acumulación que desde finales de la década de 1990 se hacían visibles en el municipio. En su prospección para la explotación del oriente de Antioquia y Sonsón, el Ministerio de Trabajo y el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD) en 2014 describieron así esta situación:

Una de las zonas donde el conflicto más se intensificó en un primer momento en el departamento de Antioquia fue el Urabá antioqueño; luego, producto de los grandes recursos que se podrían obtener en el oriente antioqueño por el inicio de los megaproyectos, esta región se convirtió en el espacio que daba continuidad a las confrontaciones bélicas de Urabá. Es así como en el oriente, el municipio de Sonsón ha sido víctima del conflicto armado (Ministerio de Trabajo, PNUD 2014, 42).

Sobre los proyectos de explotación hidroenergética, José Luis Blandón, campesino de Sonsón y líder comunitario mencionó: “Eso de la hidroeléctrica ya venía hace tiempo, eso fue porque la guerrilla secuestró al ingeniero y ahí se frenó” (José Luis Blandón, Sonsón, 13-03-2020). Como consecuencia de esta coyuntura, la propiedad rural se desvalorizó por la imposibilidad de utilizarla para producir, de no poder incorporar fuerza de trabajo externa y de hacer circular la

²⁴ Se hace alusión a Sonsón como delimitación social y espacial de estudio, pero debe tenerse presente que no hay tal fragmentación empírica, pues las relaciones de clases y el desarrollo de la economía neoliberal son procesos que se extienden a nivel regional, nacional e internacional.

producción a los mercados locales y regionales, lo que hizo imposible la reproducción del capital en la agricultura. Terratenientes y comerciantes huyeron a la ciudad llevándose con ellos el capital financiero acumulado, lo que significó una mutilación en la administración de procesos productivos que dirigían, y el desempleo de los trabajadores, ante lo cual, los primeros fueron proclives a la venta de sus tierras para recuperar en alguna medida sus inversiones.

Es en ese momento entra en la obra el campesino sin tierra, con quien frecuentemente el propietario tiene vínculos familiares, personales y sobre todo laborales, habiéndolo tenido como agregado o jornalero. Dicho campesino, con los ahorros de su vida, con una herencia o con esperanza de ella, o endeudándose a largo plazo, salva al patrón de la bancarrota absoluta en tiempos difíciles: le compra una parte de la tierra ahora disponible a bajo precio, que en condiciones normales no habría podido adquirir. Así, muchos campesinos de Sonsón se beneficiaron indirectamente de las condiciones económicas creadas por la resistencia guerrillera, en lo que fue una reforma parcial, indirecta, no planificada y menudeada de la estructura de clases a nivel local, aunque esto, hay que decir, no tuvo resultados políticos. Ana María Restrepo es una trabajadora de la cultura y hace parte de una rica familia campesina en Sonsón, que conoció bien esta dinámica dentro del conflicto:

...Cuando se fueron los ricos el pueblo quedó paralizado y hubo mucha pobreza, porque no se podía contratar a cualquiera (...) la propia gente del pueblo compró la tierra ante la violencia, por ejemplo, un trabajador le compraba la tierra barata al patrón” (Ana María Restrepo, en entrevista con el autor, 02-2020).

Así, una parte de los campesinos sonsoneños pasaron de jornaleros a dueños de fincas en una especie de despojo de abajo hacia arriba, la destrucción del proceso productivo local permitió crear sujetos poseedores de propiedad, que en los años subsiguientes serían ahorcados por el desarrollo de la economía neoliberal en el municipio y arrojados al mercado mundial.

2. El mercado mundial de alimentos y las multinacionales

De 2010 en adelante, Sonsón fue experimentando un crecimiento exponencial de cultivos agroindustriales con las correspondientes transformaciones en la agricultura que ello impone: formación de vastas extensiones de monocultivo, uso intensivo de fertilizantes y pesticidas,

contaminación de suelos y aguas, asedio de zonas protegidas como el Páramo de Sonsón,²⁵ proletarización y urbanización de la fuerza de trabajo que había sobrevivido al periodo anterior, arribo de migrantes, compra de fincas campesinas por grandes empresas multinacionales, priorización del mercado externo mediante el aumento de la producción para la exportación, imposición de semillas certificadas y proscripción de las tradicionales, crecimiento del mercado local de agroquímicos y productos para el trabajo en el campo, reducción de la siembra de productos para autoconsumo y otros cambios relacionados.

El cultivo intensivo de aguacate y, en general, la masificación de cultivos agroindustriales para exportación en Sonsón, son la encarnación del desarrollo neoliberal en el municipio y lo son también del despojo ejercido sobre la tierra y el trabajo de los campesinos a través del mercado nacional e internacional, operando por vías distintas: los precios de los alimentos, el control de la producción y el mercado de tierras.

2.1. La locura verde

En Sonsón, el paisaje de la agricultura desarrollada en las últimas décadas es hoy un autorretrato de la producción de aguacate destinada principalmente a la exportación. En este paisaje se dejan ver las formas de desposesión que operan mediante el mercado de alimentos y de tierra. La producción y consumo creciente de aguacate es un fenómeno no exclusivo de la economía local o nacional colombiana, al contrario, se ha extendido en Latinoamérica para satisfacer la demanda del producto en Estados Unidos, Europa y China, lo que representa la absorción de economías nacionales dominadas. Las razones del aumento de la demanda internacional de aguacate no pueden ser abordadas aquí a profundidad,²⁶ más bien, lo pertinente es señalar la manifestación de

²⁵ Como se mencionó en la contextualización, Sonsón hace parte de la zona de páramos dentro de la subregión del oriente de Antioquia, el páramo es un ecosistema caracterizado por su abundante producción y reserva de agua, resultando de interés estratégico para la agroindustria y la explotación hidroenergética. El páramo de Sonsón es formalmente hoy una zona protegida en proceso de reforestación y conservación que abarca alrededor de 9000 hectáreas entre varios municipios de la subregión, ver <http://mioriente.com/secciones/medio-ambiente/paramo-de-sonson-fue-delimitado-y-es-ahora-una-zona-protegida.html>

²⁶ Explicar el frenesí aguacatero en países de Latinoamérica como Chile, México y Colombia únicamente por el aumento de la demanda externa en Estados Unidos, Europa y China resulta insuficiente. Se puede reflexionar sobre las causas del aumento de dicha demanda en la dimensión alimentaria de la crisis del capital, que se expresa no sólo como una ausencia de alimentos, sino como su mercantilización, que tiene dos características: su sometimiento a la generación de valor de cambio, para lo cual se utilizan modificaciones genéticas y agroquímicos en la producción privándolos de buena parte de su valor nutricional. Por otro lado, es posible señalar su fetichización, como ocurre con el aguacate, al que se le atribuyen poderes más allá de su alcance. La dependencia del mercado externo impone el

este proceso estructural en la particularidad de la vida y relaciones sociales campesinas del municipio de Sonsón.

El ejemplo del aguacate, por su importancia cuantitativa, permite observar el desarrollo de la agroindustria en Sonsón como expresión de la subsunción a la demanda externa, pero sería igualmente ilustrativo si se hablara de otro producto para exportación como el tomate de árbol, la uchuva o la curuba. Para los campesinos de Sonsón, el frenesí aguacatero ha significado un asedio de sus fincas por los agentes interesados en su producción (multinacionales) bajo la forma de compra de tierras. En su sitio web oficial,²⁷ la alcaldía municipal de Sonsón deja constancia de este hecho y su buena disposición hacia él:

...Al respecto, se estima que, en dos periodos administrativos, es decir, que, en aproximadamente 8 años, Sonsón cuente con unas 4.000 mil hectáreas nuevas establecidas de aguacate hass, hecho histórico para el municipio; constituyéndolo como un epicentro de producción agrícola y potencial generador de economías sostenibles, pasando a ser un escenario pertinente para la inversión nacional e internacional (...) En Sonsón se tiene registrados 485 predios con cultivos establecidos de aguacate hass; de éstos, 23 se encuentran certificados por el ICA y, 120 están en trámite (...) Teniendo en cuenta que Sonsón está adquiriendo esta vocación, respecto al potencial agrícola con productos de alto valor exportable como el aguacate hass, cerca de 12 comercializadoras nacionales e internacionales, entre las que se destacan: West Sole, Aguacate Gourmet, Hass Colombia, FLP, Green West, Cartama, La Perla, Frutireyes, Ocati, Nativa Produce y Caribbean Exotics, entre otras, han puesto la mirada en este municipio del oriente antioqueño, desde varias perspectivas, que van desde la adquisición de predios para el establecimiento tecnificado de este cultivo, hasta la compra del producto a las familias campesinas que avanzan en la implementación de buenas prácticas y certificados de predios exportadores; con esto, se está potenciando las

monocultivo intensivo, que en el caso del aguacate es altamente demandante de agua, al mismo tiempo, las presiones políticas sobre el mercado (principalmente en Europa) buscan una certificación de producción, distribución y consumo social y ambientalmente amigables, lo que obliga a empresas productoras a desplazarse a otros contextos más favorables. Esto permite entender que sean empresas chilenas las que dominan la producción de aguacate en Sonsón, pues en Chile los conflictos ambientales por el agua vs la palta (aguacate) han escalado hasta ser visibles internacionalmente y el municipio colombiano cuenta con fuentes de agua abundantes y un previo aniquilamiento de la oposición.

²⁷ Ver: <http://www.sonson-antioquia.gov.co/NuestraAlcaldia/SaladePrensa/Paginas/El-municipio-de-Sons%C3%B3n-se-perfila-como-potencia-en-la-exportaci%C3%B3n-de-aguacate-hass.aspx> consultado el 25/05/2020.

fuentes de empleo e ingreso para cientos de familias sonsoneñas y de la región (Alcaldía de Sonsón, s/f).

La tierra es el medio principal de producción en la agricultura y más aún en la de monocultivo porque, a diferencia de la industria, es una condición “dada”, o por lo menos constituye en el proceso productivo una fuente que se explota con menor grado de transformación. La tierra aporta elementos biológicos que son apropiados o extraídos en el producto final mediante el cultivo, pero que, en general, no se produjeron por la acción del hombre, por esto, la mirada de inversores capitalistas y empresas dedicadas al monocultivo se sitúa primero sobre la tierra disponible (que a sus ojos son casi todas), las mejores y más rentables, considerando el nivel de explotación previo, la cercanía a las carreteras, fuentes de agua apropiables, etc.

Los agentes en cuestión ofrecen alrededor de 200 millones de pesos [50 mil dólares en 2020] por las fincas de los campesinos dependiendo de la extensión y demás condiciones particulares, lo hacen en lo posible de manera generalizada, tratando de unificar varias fincas campesinas en una sola gran extensión de monocultivo. Se trata, por lo tanto, de un proceso que afecta estrictamente a los campesinos con tierra, pero con motivaciones suficientes para venderla: pobreza, necesidad de acceso directo al capital financiero, deseo de urbanizarse o el simple deslumbramiento que les produce el dinero. Existen, no obstante, fuerzas especialmente importantes que empujan al campesino hacia el despojo por parte del mercado: las repercusiones del conflicto armado y la voluntad de proletarizarse, ambas de una fuerte carga subjetiva.

En el primer caso, la interiorización campesina del sufrimiento que la pacificación del municipio por las fuerzas del bloque de poder dominante le produjo no se detuvo, sino que continuó en el tiempo, lo que favoreció su ruptura subjetiva con la tierra, al haber experimentado en ella el asesinato de familiares, miedo o persecución. La lucha armada implicó el vaciamiento paulatino y parcial de veredas con relativos retornos posteriores y abandonos permanentes, por ejemplo, aquellas veredas mencionadas anteriormente por los campesinos de Río Verde en su trabajo conjunto con Vega (2019) o el proceso de retorno a veredas como La Hermosa y Santa Rosa en el corregimiento La Danta, no obstante, se trata de un proceso principalmente menudeado en

Sonsón, pero que afectó a la mayoría de su población. En una dimensión macro, así lo evidencia el estudio de la ONG Con ciudadanía (2019):

En resumen, entre 1985 y 2012, fueron desplazadas de Sonsón 16.836 personas (Ua- riv, 2013) que representan alrededor del 40 % de la población estimada para el municipio en 1993 y se calcula que el 32.8 % de su área se encuentra afectada por el despojo y el abandono de tierras (Forjando Futuros & IPC, 2012). Además, Sonsón fue receptor de población desplazada de Argelia y Nariño y alrededor de 4.638 personas llegaron entre 1999 y 2012 huyendo también de la guerra (CODHES, 2012) (Conciudadanía 2019, 54).

La ruptura objetiva de los campesinos con la tierra como medio de producción, y subjetiva como espacio social, se hizo extensiva desde 1997, siendo funcional al despojo vía mercado de tierras para la agroindustria, particularmente en la última década, ya que predispuso al campesino a la venta.

La segunda de estas fuerzas que empuja al campesino a las manos del empresario agroindustrial es la proletarización. La histórica informalidad rural en Colombia, de la que no escapan Antioquia y Sonsón, hace que los campesinos consideren entre algo extraño y anhelado la posibilidad de trabajar en condiciones asalariadas normales, con horarios de trabajo fijos que frecuentemente son menores a sus días jornaleando, prestaciones sociales, vacaciones, aseguramiento médico y salario estable, condiciones de las que nunca han gozado. Las empresas agroindustriales que les compran la tierra, al tiempo ofrecen al vendedor campesino la posibilidad de trabajar para ellas con estas condiciones.

En general, la histórica precariedad rural sirve como base de apoyo para el despojo que se produce a través del mercado, es condición que predetermina un estado de desigualdad entre el empresario que pretende la tierra y el campesino que la posee. De esta manera, la presión del mercado derivada de la inversión para siembra de aguacate u otros productos, actúa como forma de despojo de tierra sobre los campesinos de Sonsón, por su proclividad para la venta de su tierra, lo que resulta especialmente favorable a la agroindustria.

2.2. El amarre al mercado externo

La forzada inserción de los campesinos de Sonsón en el mercado mundial mediante la imposición de la producción agroindustrial de alimentos los despoja no sólo de su tierra, sino de su autonomía productiva y de cualquier excedente de su trabajo. Este proceso no sólo opera con la compra directa de la tierra por los grandes empresarios y multinacionales para la producir aguacate u otros productos de exportación, su penetración tiende a amarrar al conjunto de los campesinos, incluso a aquellos que se esfuerzan por conservar su propiedad, al igual que a buena parte de los comerciantes locales.

Como se verá posteriormente con respecto a la desposesión por endeudamiento, el desarrollo neoliberal en el municipio está apalancado por dispositivos políticos, discursivos y mediáticos tanto estatales como privados, que se ponen en marcha para lograr el consenso campesino sobre la agroindustria pero, principalmente, para aventurarlos en ella a menor escala y como productores desde sus fincas, cuando no se logra o no es necesaria la venta de éstas: charlas informativas, piezas de propaganda, incentivos económicos, asesoramiento técnico e incluso gratuidad en las semillas componen el aparato de propaganda encaminado a llevar al campesino a producir según la demanda del mercado mundial vestidos como emprendedores de la agroindustria.

Por otro lado, existe una razón objetiva para que los campesinos accedan a dedicar su trabajo y propiedad a la demanda mundial, integrándose decididamente a la economía capitalista global: verse expulsados del mercado que requieren para poder sobrevivir. Un sudor frío les corre por la frente cuando se percatan de que lo que han venido produciendo para la venta puede no tener suficiente demanda, y lo que han producido para autoconsumo depende cada vez más de semillas que ellos mismos conservan, pues las que encuentran en el mercado están modificadas. A esto se suma el riesgo quedarse rezagados en el proceso de acumulación ante el vecino o conocido lejano, del que han oído le fue muy bien con el cambio productivo. El perfilamiento económico del municipio de Sonsón elaborado por el ministerio de trabajo y el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (PNUD), como una respuesta neoliberal de salvación económica por la “depresión” causada en el marco de conflicto, describe así la transformación productiva del municipio a nivel macro:

Siguiendo lo anterior, hechos como la baja rentabilidad y la escasa competitividad, por los altos costos de insumos, han ocasionado serios cambios en la vocación y usos de los suelos; de esta manera, los suelos en los que se cultivaba maíz ahora son reemplazados por pastos para la explotación ganadera, para la producción del aguacate (dado su potencial exportador) y en último lugar, se ha presentado un incremento sustancial en la producción de papa criolla, que sustituye gran parte de los cultivos de papa capira... (Ministerio de Trabajo, PNUD 2014, 18).

En estas condiciones, los campesinos son arrojados a la aventura de producir, en sus palabras: “lo que está dando”, para lo que adecúan sus fincas, disponen medios, se endeudan, obtienen asesoramiento y planifican eventuales compradores e intermediarios, todo con la fe puesta en su espíritu de negociantes, para que tanto esfuerzo y trabajo termine teniendo éxito, imaginar las consecuencias del fracaso no está en sus cálculos. Este proceso es en sí mismo uno de acumulación por desposesión. Lo que terminan obteniendo los exportadores que compran el aguacate al campesino es, dígame, una sobre oferta local del producto suficiente para hacer su negocio rentable, pues la producción campesina los libera del riesgo y gastos de incrementar la propia, mientras los campesinos son despojados de su autonomía productiva en favor del mercado (o de los intereses dominantes en él), de su capacidad de decidir qué sembrar en función de sus tradiciones, de sus necesidades y de las del mercado local.

La adecuación forzosa de la agricultura y la producción de la finca campesina al mercado mundial la obliga a producir estrictamente bajo las condiciones que éste reclama; mientras los estrangula, el monstruo grita a los campesinos cómo y qué deben producir, exigiendo priorizar la generación de valor de cambio, materializado, entre otras cosas, en el uso de las semillas certificadas por el Instituto Colombiano Agropecuario (ICA). La papa, por ejemplo, es demandada por el mercado como “lisita y blanquisita”, así describe Alberto Hincapié, campesino de Sonsón, el despojo de las semillas tradicionales y la destrucción de su uso, dado que éstas producen frutas, legumbres y hortalizas con aparentes “defectos” inaceptables en la generación de valor de cambio propia del mercado mundial y en parte del mercado nacional, a lo que se suma que sólo el ICA provee las semillas certificadas.

Por otra parte, el mercado, al arrancar a los campesinos la economía tradicional y sus frutos, también les impone el uso de agroquímicos: fertilizantes y pesticidas, ambas cosas sumadas crean

alimentos adecuados a la demanda externa y en parte nacional, bajo pena de expulsar al campesino. Antes del uso intensivo de dichos agroquímicos no existían tantas plagas, éstas se intensificaron con la aplicación de matamalezas basados en glifosato, así lo describe Alberto Hincapié (Sonsón, 08/03/2020) quien diversifica su economía familiar y ha evidenciado esta transformación de la producción campesina. Independientemente de la veracidad científica de esta interpretación, evidencia la parcial conciencia campesina local sobre el círculo de reproducción de la pobreza en que se encuentran: se hacen cada vez más dependientes de dichos agroquímicos para poder producir alimentos, menos autónomos y por lo tanto se aprieta más su amarre al mercado.

Tener que producir “lo que está dando” es en sí el despojo de la autonomía económica familiar y personal, es arrancar a los campesinos la capacidad de decidir qué y cómo sembrar, así como la eliminación de su conciencia frente al monocultivo.

José Julián Osorio, campesino de Sonsón, profesó a inicios de la década del 2000 la doctrina de la agroecología; hoy, forzado por el mercado y las condiciones actuales de la agricultura local, con algún remordimiento produce aguacate y uchuva utilizando agroquímicos. La historia siguiente es parte de su producción intelectual, con la que motivó a sus paisanos a oponerse al monocultivo agroindustrial, es la historia de Don Reservando, campesino que no se deja aleccionar por un comerciante de pesticidas y fertilizantes, en la discusión termina venciénolo con la prédica de las ventajas agroecológicas. Fuera de la historia, la imposición de la economía neoliberal terminó obligando a José Julián a usar plaguicidas para su producción, parte de la cual es de exportación.

Don Reservando Un campesino ecológico

En un invierno de esos fuertes donde la lluvia caía bajo un techo de paja don Reservando el orgánico revolvió, estaba en su compostera trabajando muy concentrado y viendo buscar refugio a un hombre muy empapado con toda espontaneidad le dijo:

-Buenos días el amigo... no se moje, venga éntrese pa' acá y pa' que quite ese frío bebida de cidrón se le da.

Al escuchar a don Reservando con tanta formalidad se entró el hombre muy contento, con mayor tranquilidad, gritó ahí mismo don Reservando y al hombre dejó asusta'o

-Mija, aliste ropita seca pa' un señor que llegó muy empama'o.

Y dijo una voz en la casa: -Entonces tráigalo ya, le tengo bebida hecha que el cuerpo calentará, al llegar a la casa ahí mismo el hombre se presentó.

-Mucho gusto, Elkin Mata Lozano me llamo yo, agrónomo de profesión con doctorado en el extranjero

y vendo químicos que garantizan la producción más ligero, esta es una multinacional reconocida en todo el mundo

productora de sistémicos para remediar el mal más profundo y si le gusta pensar en grande y tener éxito en sus cultivos,

pues abonon con nuestros fertilizantes que esos si son efectivos; como usted me cayó bien pa' que potencie su producción,

cómpreme de los productos que tenemos en promoción

Y don Reservando se desesperó, alzo su sombrero y rascó su cabeza

y decía dentro de sí: otro que no piensa sino en él, qué pereza,

e interrumpiendo la charla don Reservando, dijo -don Elkin vamos pa' allí,

Ve todos esos cultivos desde el pie, la cabecera hasta aquí.

-¡Tan hermosos! fijo ya está utilizando los químicos que yo vendo, ¡no! mejor quédese callado pues lo que voy a decir yo lo sorprende:

Usted sabe ¿qué es un Reserva agroecológica?

Eso con qué se come, pa' mi la pregunta no es lógica

Está viendo los sistemas productivos agrícolas y pecuarios pues no utilizo los químicos que usted vende y saco ganancia diario

la cuestión es planear y así a todo sacarle provecho pues pa' generar materia prima e insumos me sirve hasta el helecho

como tengo cerdos, conejo, gallinas, pollos y las cabritas pa' la leche de aquí les doy la comida y así que nada se deseché,

con lo que estoy abonando, parte de ellos proviene y en las composteras aprovecho los residuos que mi Reserva tiene

pa' el éxito en mis cultivos por familias hago rotación aprovechando la tierra, garantizándome buena producción,

protegiéndolos de pestes y plagas que en variedades se arraigan aplico biopreparados y no les peloneo el suelo pa' que se distraigan;

en los cultivos estables también aprovecho el terreno, pues ahí planto forrajeras y con ellas hago heno,

en terrazas yo manejo legumbres y medicinales ecológicamente y echarle agroquímico alguno no ha pasado por mi mente.

Con estas lluvias tan fuertes cualquier cultivo se apesta, pero si hay un buen manejo se previene y menos cuesta.

Cambiando un poco el tema hablemos de tecnologías apropiadas, aprovechando el ingenio hago energía con agua de la quebrada,

también los corrales de guadua cuidadosamente construidos, y el sistema recolector de aguas lluvias, por él, tranquilo he don us,

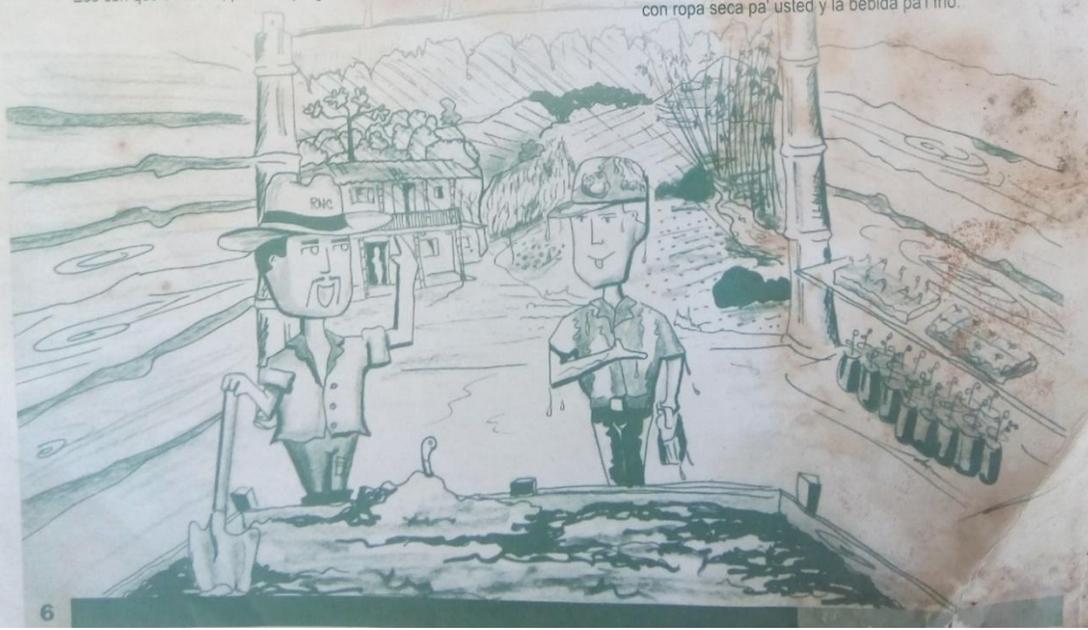
-Óigame don Reservando le cuento estoy aterrá'o no entiendo porque tanta gente a lo externo se ha aterrá'o y entre ellos caigo yo, pero aquí estoy despertando,

ahora lo que voy a promover son sus ideas, para seguir conservando.

De qué me sirvió estudiar tantas cosas en el extranjero si siempre dije mentiras pa' tener como vendedor el puesto primero.

-Si don Elkin, pero lo que le enseñé lo aprendí con mi familia, no es solo trabajo mio y a propósito nos esperan en la casa

con ropa seca pa' usted y la bebida pa'l frío.



Fotografía 1. Cuento de Don Reservando. Fuente: Trabajo de campo Sonsón, 27-02-2020

Otra forma más de desposesión sobre los campesinos de Sonsón, que opera en función de su sometimiento al mercado mundial de alimentos, es la que ocurre mediante los precios. Los cambios en los precios están determinados por las condiciones internacionales de producción, distribución y consumo, que son fluctuantes según la apertura eventual de nuevos centros de producción con mayor sobreexplotación de la fuerza de trabajo y la naturaleza, la existencia de acuerdos de libre comercio o las tendencias subjetivas al consumo, competencia etc., condiciones sobre las que un campesino tiene poca incidencia y ningún control.

Ante bajas abruptas en los precios se generan pérdidas que difícilmente pueden ser resistidas por el campesino “emprendedor”, porque carece de la capacidad de adaptarse rápidamente a las nuevas circunstancias y sobrellevarlas a largo plazo, capacidad que se traduce en capital acumulado suficiente para no ir a la quiebra, pues su producción se realiza casi estrictamente con lo necesario, de modo que las bajas en los precios suelen ser mortales. Martín Estrada es un chepito²⁸ contemporáneo, que trabaja para una agencia financiera local, es menos elegante y anda en moto, pero en su trabajo escucha todo el tiempo las quejas de los campesinos por la competencia de precios:

Muchas veces los campesinos siembran lo que está dando y después cuando el precio baja se quiebran. Tengo un cliente que le debe a todo el mundo y se tuvo que ir para Medellín, porque si por ejemplo la papa criolla, que estaba a 300 mil la carga [125kg] y bajó a 50 mil, pero a usted para sacar lo que tiene, tiene que pagar de recogida y el transporte y eso le vale más de lo que le dan, usted deja eso ahí a que se pierda. Hay un banco de alimentos, que lo que hace es ir a recoger eso gratis y se lo regalan a los pobres (Martín Estrada, Sonsón, 20/02/2020).

Los precios actúan contra el “emprendedor” campesino no sólo por su bajada, también por la competencia local y nacional en una relación de desigualdad frente al empresario que lo ha empujado al monocultivo agroindustrial. Cuando la producción campesina se aventura a la exportación y la producción agroindustrial en su finca, choca con las barreras económicas y técnicas de certificación, haciendo que, al no cumplir con los estándares para enviar su producto o una parte de él a exterior, debe destinarlo al mercado interno. Así, José Julián Osorio, que

²⁸ “Chepito” es la denominación popular a un personaje común dedicado a la cobranza formal de deudas.

produce uchuva para la exportación y está ligado a la empresa exportadora OCATI, describe (y apoya) la dinámica de articulación campesina al mercado:

En Europa molestan mucho es por el tema de los químicos y en Estados Unidos por cualquier cosita, si le encuentran a usted un bichito así [pequeño] le queman todo el cargamento y eso es bueno, tiene que ser así porque el mercado lo pide (José Julián Osorio, en entrevista con el autor, 03/2020).

Las empresas multinacionales, por su parte, destinan al consumo nacional el porcentaje de su producción con menor calidad, que no es apto para ser exportado, con lo que la producción mejor lograda del campesino entra en competencia con la de menor calidad del empresario. El resultado, es que este último según su volumen total de producción, fija precios mediante la sobreoferta que se genera en el mercado interno, situación de la que nada bueno puede resultar para el negociante campesino. Como se ve, una parte de la producción campesina y una de la producción empresarial, terminan compitiendo en el mercado interno en condiciones artificialmente iguales y objetivamente desiguales.

El problema de la competencia por los precios es una presión permanente sobre los campesinos, debido a la relación de desigualdad en la que se encuentran frente a las multinacionales y las consecuencias de su descenso. La ruina a la que frecuentemente son conducidos es una privación o despojo del capital y del trabajo que destinaron a la cosecha que no se pudo exportar. Al ser obligados a vender a bajos precios, les es igualmente arrebatado cualquier excedente posible, su ingreso termina siendo distribuido entre las distintas manos que ahorcan al campesino, que, si no se quiebra inmediatamente, debe reinvertir para buscar en la próxima cosecha su salvación.

Ahora bien, la competencia de precios es una fuerza, a la vez, de destrucción y despojo sobre campesino que no se limita a una relación de desigualdad entre el gran empresario y el campesino sonsonero que aspira convertirse en él. Al ser arrojados a la producción regida por la demanda externa, como en el caso del aguacate, la aspiración de acumulación campesina, subjetiva y

objetivamente impulsada los transforma en agentes de mercado absolutos,²⁹ ocasionando una masiva dedicación productiva a “lo que está dando”. Esto, implica la feroz competencia entre todos los productores campesinos por asegurar su permanencia en el mercado y, a mediano-largo plazo una sobreoferta que derrumba los precios, conduciendo a muchos igualmente a la ruina, como en un destino que parece inexorable, pero para nada lo es. Todo esto desemboca en que, si bien existe una relación desigual en la competencia por los precios entre multinacionales y campesinos, la trifulca se extiende al interior del campesinado como clase, descompuesto ahora como “microempresarios del agro”, “campesino emprendedor” o similares. Cuando son lanzados al monocultivo y la producción agroindustrial en condiciones neoliberales, cavan entre ellos muy solidariamente sus propias tumbas, utilizando la sobreoferta y la competencia como palas.

Así como el asedio de la tierra es la destrucción del minifundio campesino y la creación de la gran propiedad agroindustrial de monocultivo, es decir, un proceso de destrucción creativa desde el punto de vista estrictamente económico, lo mismo ocurre para campesino cuando es amarrado el mercado local y nacional al internacional: se termina destruyendo su autonomía productiva y se le crea una absoluta dependencia hacia la demanda externa y sus agentes, encarnados en los intermediarios, empresarios y las multinacionales.

En el caso de la competencia por los precios, tanto entre campesinos como entre estos y las multinacionales a nivel nacional, es mucho más claro el proceso de destrucción creativa: la ruina significa la destrucción total del trabajo, capacidad, capital y hasta la vida misma del campesino, lo que se crea es entonces el monopolio y control de grandes multinacionales dentro del mercado interno, en cuanto a determinados productos.

3. El Despojo Financiero

El endeudamiento bancario, informal y con prestamistas financieros intermedios como fundaciones es una de las principales formas de acumulación de capital por despojo que se ha

²⁹ La economía y las relaciones sociales de producción capitalista regían para los campesinos aún antes de este proceso. El cambio cuantitativo hacia el monocultivo y el mercado externo que aquí se describe produce transformaciones cualitativas en su vida: se reduce su autonomía y diversificación productiva, lo que los empuja a competir más agresivamente.

expandido en las dos últimas décadas³⁰ en Sonsón. La penetración de los agentes financieros aumentó con los préstamos a los campesinos que se lanzan al mercado crediticio, adquiriendo dinero para diferentes procesos productivos con los que se insertan en la dinámica del mercado mundial de alimentos: compra o alquiler de tierras, fertilización, siembra, fumigación, construcción de infraestructura, capacitación. Esto, sin embargo, no ocurre por mera iniciativa propia de los campesinos sino forzosamente: al no verse insertos al mercado en un contexto que ya se ha adecuado a la demanda internacional de alimentos, y animados por una aspiración de ascenso social (o de mera reproducción de su vida que difícilmente pueden concebir en un espacio no rural), contando con una formada ética de la acumulación en la que se auto-representan a veces como negociantes y otras como campesinos, e impulsados además por la propaganda estatal y privada sobre las bondades y rentabilidad del monocultivo agroindustrial, los campesinos son arreados a estrechar las manos del prestamista.

Una vez adquiridas las obligaciones financieras y puesto en marcha el capital en sus fincas, los nuevos empresarios del agro (antes campesinos) ocupan un porcentaje de su tierra (generalmente la mayor parte) y fuerza de trabajo en el mantenimiento o cuidado del cultivo. El caso más ilustrativo es, de nuevo, el del cultivo de aguacate; reservan una parte o la totalidad de su propiedad a ello, dejando escasa o nula producción de autoconsumo, el cultivo tarda alrededor de 4 años en dar frutos, lo que obliga al emprendedor campesino a proletarizarse o sobrevivir del jornaleo durante ese tiempo, experimentando un doble proceso de explotación: por un lado se ve forzado al trabajo asalariado o por jornal para poder mantenerse a sí mismo y a su familia; por otro, debe cuidar del cultivo en donde puso su empréstito. Frecuentemente, esta condición lo lleva al colapso y a descuidar su propia finca donde ha invertido el préstamo recibido, lo que causa el fracaso de la cosecha y la imposibilidad de cumplir con los pagos (Martín Estrada, Sonsón, 20/02/2020).

³⁰ Según la entrevista mencionada a Martín Estrada (agente de cobranzas) el 20/02/2020 y que se negó a ser grabado, la expansión del sector bancario en el municipio de Sonsón ha crecido en las últimas dos décadas, en comparación a uno o dos bancos de que podía dar cuenta antes, como el tradicional Banco Agrario o Bancolombia, ahora hay múltiples prestamistas menores y más bancos, uno de ellos la Fundación de la Mujer como institución dedicada a pequeños préstamos.

El despojo por endeudamiento asume, como punto de partida, lo azaroso y difícil de la aventura empresarial campesina y que la actividad a la que aspira dedicarse le es ajena, que no se trata ya de una producción campesina “típica” para el autoconsumo, sino que se encuentra ahora en el terreno del capital; terreno en que sólo aquellos con mayor capacidad de sobreponerse a los riesgos de la producción agroindustrial sobreviven y el resto se hunde: los campesinos ricos y las empresas multinacionales de la agroindustria en el primer grupo, los demás en el segundo.

Son múltiples los riesgos del capital asumidos por el campesino en esta producción, desde la variación en los precios internacionales de los alimentos y que aumenta en el largo plazo, pasando por la aparición de plagas que el campesino no sabe manejar o cuyo control implica gastos adicionales, hasta sequías o temporadas de lluvias más extensas producidas por el cambio climático. Con frecuencia, estos riesgos conducen a la pérdida de las cosechas y, con ello, a la mora en el pago de las deudas que son mucho más rígidas en comparación a los peligros de la producción. Sabe bien el prestamista lo que se juega al prestarle dinero al campesino para un proyecto de este tipo y, aun así, no duda en hacerlo bajo ciertas condiciones.

Endeudarse es una obligación que sólo pueden adquirir los campesinos con tierra (o con algún respaldo equivalente), es decir, sólo campesinos intermedios y ricos (incluso pobres en determinados casos) más no aquellos que se hallan en total proletarización o trabajan estrictamente como jornaleros, lo que hace explícito el modo en que opera el endeudamiento por despojo: la propiedad es condición estricta para ser absorbido por el mercado financiero, porque es el objeto último del despojo. Cuando el campesino no puede cumplir con sus pagos atraviesa un proceso de acoso que culmina con la pérdida de su finca, de su cordura o su vida.³¹ Esta forma de despojo es experimentada por el campesino de un modo que dista del típico arrebatamiento de la tierra por grupos armados, se trata ya de un aparato consolidado e institucionalizado de despojo que opera amparado en la égida ficticia de la libertad de mercado, presentando el endeudamiento como una opción de libre elección hecha por los campesinos. Así lo permiten entender las palabras de José Julián Osorio, cuya experiencia es haber sufrido en carne propia la cacería y el despojo por parte de los acreedores:

³¹ El acoso financiero por las deudas es una característica de este proceso con significativas implicaciones subjetivas para el deudor, los hallazgos al respecto se tratan en el apartado específico destinado a cómo las formas de acumulación-desposesión aquí tratadas transforman la vida campesina en Sonsón.

INV: ¿Entonces usted vendió la finca de allá por qué, por deudas?

EN: Muy endeudado, muy endeudado hombre Diego, no me lo está preguntando, pero yo si le digo, el tema con los bancos pues una berraquera [algo muy bueno] porque uno necesita capital y lo financian, pero tiene que haber varias condiciones para financiarlo a uno: una es que no esté reportado [como deudor] ósea que la persona que está reportada en este país está muerta económicamente, no sé si en otros países, pero en este sí. Lo otro, es que tenga sus condiciones pa' pagar, ósea aquí no le prestan a un pobre, eso alegaba yo con una muchacha que nos estaba dando una charla de un banco, entonces yo le dije: ustedes no le prestan a los pobres, ustedes le prestan a los ricos, si una persona no tiene con qué pagar no le prestan, entonces no tiene sentido. Un rico no necesita tanto la plata, un rico vende una propiedad y con eso se capitaliza, el pobre no, un pobre no tiene plata, es más, las condiciones de pago son aún más complicadas porque si un pobre quiere acceder a un crédito, lo ponen como microcrédito que son los intereses más caros, ósea que desde ahí le están diciendo que no le van a prestar, o si le prestan lo joden. A mí me pasó eso, no con microcrédito, yo la verdad tenía una historia crediticia muy buena, porque es que hice unos negocios muy malos, malísimos, hice un invernadero y me fue muy mal con eso. Entonces a partir de ahí no tuve con que pagar y comenzaron a apretamen del banco y dele y dele y dele y yo sin saber qué hacer, entonces la deuda se fue creciendo, me tocó hacer unas jugadas, conseguir plata con particulares para poder pagar esas cuotas porque ya me tenían muy apretado y ya siguió creciendo la deuda, tengo pa' decirle que en este momento todavía debo plata de eso, ¡más de la que realmente presté en ese entonces! Pues la cuestión es que todo se vuelve como una cadena, si uno está endeudado le toca ir a donde el prestamista que tiene el crédito [interés] más alto y entonces ya ahí se le va agrandando más porque si uno no tiene los ingresos suficientes para estar cumpliendo con esos intereses a tiempo, le toca buscar por otro lado, entonces eso va volviendo una bola de nieve que no va a ser capaz de acabar (José Julián Osorio, en entrevista con el autor, 02/2020).

No obstante, el endeudamiento financiero no acecha principalmente la tierra del campesino, menos aun siendo el dinero el negocio del prestamista –sea este Bancolombia, el Banco Agrario o la Fundación de la Mujer –, embargar la tierra es una última e indeseable opción por el desgaste y riesgo que supone su remate. El prestamista prefiere entonces sugerir al deudor que él mismo venda la tierra para pagar la deuda. Banqueros y acreedores, antes que la tierra, tienen por objeto de deseo o apropiación cualquier excedente que el trabajo del campesino pueda generar. Las obligaciones financieras que asume el campesino, incluyendo los intereses de su deuda,

frecuentemente lo privan de todo aquello que puede producir más allá de su propia sobrevivencia. Siéndole imposible acumular para sí cualquier excedente producido, su trabajo (y vida) queda reducido a garantizar una precaria subsistencia para poder seguirle pagando al banco. Así, el acreedor del campesino presta a sabiendas del riesgo, teniendo como última opción la apropiación de la finca del deudor, pero se interesa en la eventual fortuna del campesino; su acumulación por medios financieros no proscribire cuando el emprendedor cae en desgracia, al contrario, los intereses siguen contando. José Julián, que conoce bien la rapacidad de los bancos, contaba lo siguiente:

...hay cosas que le dan a uno reveses fuertes, entonces uno hace una inversión grande y llega el momento en que eso no le funcionó, téngalo por seguro en que el banco no le va a decir: “no tranquilo, después me paga”, no, esa gente igual (...) o si le toca poner abogado ahí mismo lo pone. Me quedó la inversión hecha pero igual ahí quedó el semitecho, pues yo ahora lo estoy aprovechando pa’ uchuva, con eso estoy buscando la manera de pagar... (José Julián Osorio, en entrevista con el autor, 02/2020).

Así, la financiarización como relación social entre banqueros o prestamistas de cualquier tipo y campesinos es una relación de poder caracterizada por el despojo del excedente y la propiedad campesina. Como se ve, esta forma de despojo está estrechamente relacionada con el desarrollo de la agricultura agroindustrial a nivel local y su articulación con la demanda mundial de alimentos.

4. Arrancar la naturaleza

En el desarrollo del neoliberalismo en Sonsón durante los últimos veinte años, empresarios de la energía eléctrica y agencias de regulación ambiental estatales como la empresa privada AURES BAJO S.A.S. y CORNARE (Corporación Autónoma Regional de las Cuencas de los Negro y Nare) han arrebatado a los campesinos su relación con la naturaleza. Este proceso ha tenido dos vías: la destrucción de ríos con sus respectivos ecosistemas³² para crear las condiciones de explotación hidroeléctrica, y las restricciones de conservación, que privan a los campesinos de

³² Como se expuso en el capítulo de contextualización, la relación del campesino antioqueño con la naturaleza ha sido históricamente devastadora, al punto de que su colonización sobre ella se ha representado con el hacha, aun así, dista cuantitativa y cualitativamente de la relación capitalista con la naturaleza que generan las hidroeléctricas.

apropiarse de la naturaleza en favor de la acumulación de ésta en el Estado y su explotación posterior por empresas privadas.

La explotación energética de los ríos se ha expandido en Sonsón durante la última década mediante la construcción, por empresas privadas y públicas, de centrales hidroeléctricas que se instalan en los cañones de los afluentes,³³ a veces varias de ellas en el mismo sitio. Esta explotación se destina a aumentar la producción nacional de electricidad, lo que permite su venta al exterior, sin que la satisfacción de la demanda interna sea una condición para su exportación.

El procedimiento de penetración del capital en este sector suele seguir un camino parecido al de las multinacionales de la agroindustria: despliegue de un aparato discursivo para generar consenso entre la población,³⁴ expulsión de los campesinos mediante la compra de la tierra, destrucción de condiciones adversas al proceso productivo como montañas o bosques, y puesta en marcha del capital. A diferencia del monocultivo de aguacate, las hidroeléctricas no aceptan otra cosa que el vaciamiento del territorio por los campesinos, debido a que no hay forma de absorberlos a mediano y largo plazo, tratándose de un proceso típicamente industrial, pero que incorpora escasa fuerza de trabajo permanentemente, pues la naturaleza misma, una vez intervenida, hace la mayor parte. Así describe esta situación José Luis Blandón:

...prácticamente La Habana Abajo se acabó con las retro [retroexcavadoras] porque la Habana Abajo la cruzó toda la hidroeléctrica, esas fincas de la parte de abajo casi que todas fueron vendidas, entonces la gente se desplazó, por decir algo, de 30 familias que tuviera la Habana Abajo, en este momento habrán 10, entonces la vereda está muy reducida de personal, de familias. Lo que es la escuela, esa escuela debe tener en este momento...no sube a 10 niños, es que esa

³³ Según la Empresa de Promoción y Generación de Energía de Antioquia S.A E.S.P. para 2017, entre hidroeléctricas instaladas, en proyección o licenciamiento se encuentran en el municipio de Sonsón: Aures Bajo, Sirgua, Hidroarma y Paloma III y IV. Ver: <https://www.genmas.com.co/phocadownloadpap/informes/INFORME%20DE%20GESTION%20GENMAS%202017.pdf>

³⁴ A modo de ejemplo, la empresa AURES BAJO S.A.S. se presentó de la siguiente forma ante la comunidad campesina de la vereda La Habana, en el municipio de Sonsón: "... una empresa privada de pequeños inversionistas antioqueños, interesados en el sector eléctrico colombiano y en la generación de oportunidades y beneficios a través de dicho sector." y nombró su capital como "Pequeña Central Hidroeléctrica (PCH)". Ver https://www.cornare.gov.co/Audiencias_Publicas/Caracter_Ambiental/Aures-Bajo/ANEXO4.pdf

escuela está por ahí con 4 o 5 niños porque la gente se fue (José Luis Blandón, en entrevista con el autor 03-2020).

Este tipo de explotación energética derrumba la relación establecida por los campesinos con la naturaleza, asfixiándolos de dos modos. En primer lugar, la construcción de una central hidroeléctrica implica la compra de tierras en la localización geográfica que el empresario ha decidido para su explotación, a lo que accede adquiriendo fincas y enviando a los campesinos hacia la zona urbana del municipio, donde pueden comprar una casa, pero pierden su medio de producción. En otros casos, los campesinos compran tierra en otro sitio, eventualmente generando la urbanización de un vecino, dándose casi inevitablemente la destrucción de una ruralidad campesina para crear otra sin ellos. La relación campesino- naturaleza es aniquilada mediante la supresión de los sujetos en el espacio. Esta forma de desposesión no es, en esencia, distinta a la que ejercen parcialmente las multinacionales agroindustriales; puede variar en grado, pero en ambos casos queda separado el campesino de la naturaleza. Lo distintivo en la explotación hidroeléctrica es la transformación de dicha relación liquidando no sólo y de entrada al campesino, sino también las condiciones necesarias para su vida y trabajo, lo que se concreta en la desposesión o destrucción del agua, que pasa a ser de facto propiedad privada de la empresa hidroeléctrica, sin la que no se puede cultivar o cubrir necesidades básicas, lo propio ocurre con la deforestación que supone la imposibilidad de cocinar con madera, la generación de enfermedades por la contaminación del aire, el cambio en la temperatura y la eliminación de fauna.

Ahora bien, la construcción de las “pequeñas” centrales hidroeléctricas es un proceso que consume casi la totalidad de la vida social de la comunidad campesina y que, al arrasar sus bases materiales, amenaza con deshacer lo que brota de ellas. Esta explotación dañó y se apropió de espacios sociales como escuelas y caminos comunes, rompiendo la sociabilidad y el comercio de los campesinos con otras veredas, con vecinos y con otros municipios. Además de destruir su relación con la naturaleza, la explotación hidroeléctrica ha deshecho relaciones sociales vitales para los campesinos de Sonsón. Emilse Botero es psicóloga y campesina, hace parte de la Asociación de Mujeres María Martínez de Nisser, dedicada a proyectos productivos comunitarios

con enfoque de género, ésta es su percepción sobre cómo las hidroeléctricas han transformado las relaciones sociales y la naturaleza en Sonsón:

...es que eso es una figura que se inventaron supuestamente para generar energía sostenible, una microcentral, pero a un río le piensan hacer 3 y 4, entonces eso es un impacto grande dividido en pequeñas porciones y además porque aquí ya ha habido impactos digamos visibles en comunidades, del deterioro ambiental, del deterioro de escenarios colectivos como las escuelas, las casteas comunales, de la erosión y además porque es que, digamos el beneficio que venden digamos que “hay ese es el gran beneficio para el pueblo”, pero eso es puro cuento, pues eso no es cierto. Porque en rentabilidad, según lo que exponen pues es una cuantía mínima para el impacto, y la mitigación de impacto no les interesa, ósea para nadie es un secreto que el asunto de explotación de los recursos naturales es un asunto totalmente con fines económicos y es para las personas que vienen de afuera... (Emilse Botero, en entrevista con el autor, 02-2020).

La segunda ruptura de la relación campesina con la naturaleza está a cargo de entidades ambientales públicas como CORNARE y se realiza mediante políticas, discursos y normativas jurídicas de conservación. A diferencia de la anterior, no consiste en la destrucción de la naturaleza o en la expulsión directa de los campesinos, al contrario, se refiere al atesoramiento de la primera con la eventual aceptación de la existencia campesina, siempre y cuando milite en las filas conservacionistas. El campesino se vale del monte (tierra no colonizada, bosques etc.) para obtener la leña con que cocina, madera para la construcción, tierra de capote y carbón de leña (que saca quemando el bosque) para la venta. Las prohibiciones a estas prácticas tradicionales (altamente dañinas) presionan al campesino, por ejemplo, a cocinar con gas, petróleo o electricidad si no tiene madera, cosa que su ingreso no siempre le permite. Lo mismo ocurre con la construcción de sus viviendas o explotaciones que realiza para obtener dinero en el mercado. Al prohibirle la explotación de la naturaleza, el monte termina comiéndose la finca y con ella al labriego mismo. Por un lado, el campesino difícilmente puede obtener del mercado lo suficiente para vivir, por el otro, se le niega la apropiación complementaria de la naturaleza. En su estudio sobre la vida campesinas en Río Verde, Yulieth Vega y las comunidades campesinas reconocen este problema:

Nuestras veredas no sufren problemas de deforestación. Sin embargo, algunas personas de la comunidad, intentando proveerse de medios de subsistencia, talan monte. Esto se debe, en parte, a que esa ha sido una de nuestras formas tradicionales de subsistir. Las decisiones del gobierno declarando áreas protegidas (sin nuestra participación) implican requisitos y permisos para realizar dicha actividad que no conocemos o que no tienen en cuenta nuestros modos de vida, y nos llevan a cometer delitos... (Vega 2019, 88).

En general, en las políticas y discursos estatales para preservar la naturaleza los campesinos aparecen como un accesorio secundario o como un protector de ésta, pero terminan, en la práctica al igual que en el caso anterior, privados de su relación con ella.

De manera parcial, cuando el discurso ha sido apropiado por organizaciones no estatales o menos ligadas al capital, ha permitido a los campesinos desarrollar algún nivel de consciencia sobre el problema, llegando a plantearse su propia autoconservación campesina. No obstante, esta forma de arrebatarle al campesino su relación con la naturaleza se basa en condiciones de desigualdad, pues la evangelización conservacionista poco o nada obliga a las multinacionales agroindustriales o a las empresas hidroeléctricas, para quienes las restricciones en la práctica son mucho menos severas o inexistentes, aun cuando su actividad supone una destrucción natural mayor de la que suelen causar los campesinos. Por su trabajo como jornalero, José Ferney conoce bien las quejas de los campesinos sobre la desigualdad social alrededor de la conservación:

...pero mucha gente si me ha dicho, que llega un campesino que va a sembrar a aguacate muy al pie del páramo y no lo dejan, y que llegan estos chilenos de estas empresas y los dejan abrir ahí al pie del páramo y el municipio no les dice nada (...) joden es al pequeño agricultor, al pobre, pero llega unas multinacionales de esas empresas ricas y ahí si el municipio no les dice nada, eso es lo que me han dicho varios campesinos y al pequeño agricultor si le prohíben, pero llega una empresa de esas grandes y normal: llegó, bien pueda (José Ferney, en entrevista con el autor, 02-2020).

Así, la expulsión de los campesinos junto a la destrucción de la naturaleza que realizan las empresas hidroeléctricas en Sonsón, sumadas a la prohibición conservacionista que les niega los

medios de vida, son formas aparentemente contradictorias (conservación y destrucción) de privarlos de su relación con la naturaleza pero que desembocan en lo mismo.

5. La palidez del ahorcamiento

Dos décadas de ahorcamiento neoliberal sobre los campesinos de Sonsón les han arrebatado el aire hasta dejarlos pálidos y hacer de ellos algo sustancialmente distinto: proletarios que cargan el peso de la vida totalmente dominada por el capital. La desposesión de la tierra, o peor aún, su conservación sumada al jornaleo forzado, sea por la presión de la guerra, por el asedio del mercado, de las multinacionales o los bancos es en sí arrebatar al campesino del medio principal por el cual se mantiene vivo junto a su familia. La pérdida de la tierra le obliga al paso total hacia el trabajo asalariado, que implica la dependencia absoluta del mercado para obtener medios de vida y, a su vez, agudiza en él la fijación al dinero³⁵. Al quedar totalmente sujeto al mercado como asalariado formal o informal, el vil metal deviene en su único medio para obtener lo que necesita, así el campesino sonsoneño queda, en lo esencial, proletarizado.

Su transformación en asalariados la han experimentado como una pérdida de autonomía personal, de capacidad de decidir sobre su tiempo, lugar de residencia, propiedad y de disponer de su propia vida, es decir como una negación de su libertad: “No es lo mío irme a trabajar a otra parte (...) no es desespero sino un golpe constate (...) no es pensar que mañana tengo que madrugar, yo trabajo de cuenta mía” (Alberto Hincapié, Sonsón 08/03/2020); el “desespero” al que se refiere no es otra cosa que la productividad capitalista en la jornada laboral.

No obstante, esta es sólo la forma principal en que los campesinos sonsoneños experimentaron la proletarización, muchos de ellos la consideraron una fortuna cuando pudieron acceder a ella formalmente para las empresas multinacionales, porque obtuvieron condiciones laborales mínimas que nunca imaginaron y que les resultaban superiores a la relación de jornaleo, en la cual describen haber vivido una opresión más personal frente al patrón que estructural. Otros, sobre todo los más jóvenes, prefieren hoy cualquiera de estas formas antes que pensar en hacerse campesinos con

³⁵ No se trata de partir de un estado previo de vida campesina endógena y autónoma, por demás ficticio, se trata de observar los cambios cualitativos en la vida campesina producidos por una acumulación de cambios cuantitativos.

tierra. El optimismo o la resignación campesina frente a la proletarización es descrito así por José Ferney, joven jornalero de Sonsón:

...por eso yo ahora en la casa trabajaba casi seguido allá, pero ahora donde estoy trabajando diario es como mejor porque uno tiene el sueldo ahí fijo y puede colaborar más en la casa, porque usted sacar un producto y de pronto el precio bien barato o pagar el transporte, todo eso, entonces no hay como tener el sueldo ahí uno pa' colaborar en la casa, usted semanal trabaja, es duro pero uno ahí tiene el sueldo, mientras que usted siembra una mata, la cultiva, mientras que le ve plata, mientras tanto qué, las obligaciones en la casa no dan espera... (José Ferney, en entrevista con el autor, 02-2020).

En cuanto a la adaptación al trabajo salariado o jornaleo, los jóvenes terminan siendo productos mucho más acabados del proceso de ahorcamiento, principalmente aquellos que crecieron con el despegue de la economía neoliberal en el municipio, desde inicios de la década del 2000.

La proletarización causada por las diferentes formas de despojo, especialmente aquellas efectivas sobre la tierra supone, además, una transformación en espacio de vida de los campesinos, que pasa a ser frecuentemente la ciudad (Rionegro, la Ceja, Medellín) o la zona urbana del municipio de Sonsón, con todo lo que ello implica para su vida: su residencia ya no les provee el agua, parte de su alimentación y trabajo (como pasa en la ruralidad), incluso puede no proveerles la vivienda si lo que alcanzan a comprar es solamente un lote; la urbanización de los campesinos es, a la vez, la desposesión de todos los medios necesarios para su vida. Por otro lado, la ruralidad creada, una vez se ha expulsado al campesino, es una que se alimenta del trabajo urbano, en donde resulta más barato -desde la perspectiva del empresario - movilizar la fuerza de trabajo.

A todo esto, se le suma el arrebatar a los campesinos de Sonsón su vida comunitaria. Como se mencionó, la destrucción de espacios sociales: caminos, casetas comunales y escuelas es también la eliminación de los espacios donde se mantienen relaciones tanto económicas como culturales, y éstos han ido siendo aniquilados en los corregimientos y veredas intervenidas por las hidroeléctricas durante los últimos veinte años, es decir, se trata de una sustracción del espacio social.

En este mismo sentido, se encuentra el ataque a las relaciones de solidaridad o comunitarias tradicionales, que han sido reducidas paulatinamente mediante la transformación misma de los campesinos, más precisamente, por la destrucción de su práctica productiva y social hacia una típicamente capitalista, cuyo norte es el mercado y la acumulación. Del túnel del despojo neoliberal el campesino sonsoneño asoma con cada vez menos prácticas comunes y mayores aspiraciones de emprendedor capitalista, o con una renuncia a la tierra misma para rendirse a la proletarización: venta de ésta, cambios en la organización comunitaria como la debacle de las Juntas Acción Comunal y crecimiento de las asociaciones de productores (proceso analizado en el capítulo cuatro), relativa sospecha hacia el foráneo, dependencia total del mercado, una relación con la naturaleza que sigue las pautas del capital como el uso de matamalezas, plaguicidas y fertilizantes artificiales, mayor tecnificación de los procesos productivos impulsada por la falta de fuerza de trabajo, relación directa con las empresas exportadoras, competencia basada en el monocultivo, disposición al trabajo asalariado, etc.

Así, desde la perspectiva de la estructura económica, son dos elementos los que definen al campesino sonsoneño en estas dos últimas décadas de expoliación: su posición de sometimiento en una relación objetiva de desigualdad frente a empresarios, comerciantes, banqueros y terratenientes, sufriendo su destrucción-creación como sujeto social y, en segundo lugar, la interiorización de una práctica vital impuesta. Más allá de despojar la tierra del campesino, el neoliberalismo en Sonsón ha despojado al campesino de sí mismo, mermando además su salud física y mental.

La introducción forzada del uso de agroquímicos para la producción bajo las condiciones que la demanda externa ordena, necesaria además frente a la escasa fuerza de trabajo porque facilita la labor agrícola, obliga al campesino jornalero o pequeño propietario a exponerse a estas sustancias. Todo esto, sin considerar los efectos sobre la comida que produce (y en parte consume), sobre el ambiente y el agua. Al fumigar sobre los cultivos que el mercado le impone producir, el campesino termina fumigándose a sí mismo. Como describe José Ferney su experiencia personal al respecto:

...eso era voliendo veneno de los más caros, me pegué una enfermada brava con eso, me intoxicqué siempre (...) no pues yo no le dije nada[al patrón] , yo le dije que yo no podía fumigar con esos venenos bravos y no, no dijo nada, ya a lo último no me ponía a fumigar, pero pues que le va a reconocer a uno gastos médicos o así no, si uno se enfermó respóndase usted del bolsillo de lo que gane, pues es que eso es como una bomba y llenar eso de baños y unas frisoleras altas o una alverja, entonces usted bañando así y todo ese vapor así, o con la ropa usted va pasando y los hilos le van pegando baño, el olor todo eso, entonces me ponía a vomitar, como con fiebre, comía y eso el revoltijon en la barriga y como eso era semanal voliendo venenos, litros de 250-300 mil pesos un litro, eso son unos venenos muy exagerados de bravos, entonces eso se enferma uno grave, yo ya me ponía que destapaban el frasco y yo ya estaba con dolor de cabeza, ya estaba hirviendo con fiebre, ya tenía desespero en la barriga (José Ferney, en entrevista con el autor, 02-2020).

Ahora bien, los riesgos del endeudamiento bancario y la competencia en el mercado rondan como fantasmas las noches de los campesinos, expropiándoles el sueño, la tranquilidad, la razón y hasta la vida. La amenaza de quiebra eventual por una cosecha fallida o una bajada de precios frecuentemente los atormenta, porque significa la imposibilidad de responder por los pagos al acreedor, eventualmente perder su propiedad, no poder proveer a sus familias, la exposición social como morosos y la eliminación de su proyecto de vida en el corto y mediano plazo, a esto se suma el permanente hostigamiento por los cobradores bancarios mediante llamadas, visitas, amenazas e intentos de remate de las fincas cuando el campesino aún vive en ellas, lo que termina conduciéndolo incluso al suicidio. La destrucción del capital y trabajo invertido, a manos del mercado o el cambio climático, es al mismo tiempo la creación de la deuda impagable y creciente: se destruye al campesino emprendedor, buena paga y negociante, creando al moroso, así lo vivió José Julián Osorio:

¡Hay hermano! Solamente la señora mía sabe cómo pasaba yo las noches, es que son tan abusivos que una vez hice un préstamo con un microcrédito y son tan abusivos y yo les cogí tan...hombre, que pena con usted, esta gente de los bancos, algunos pues, yo de todas maneras no voy a hablar mal de todos, parecen unos...unas mierdas, pa' mejor decir, unas mierdas, gente que está por encima del pobre o del que sea, para ellos es la plata y ya, ósea si un tipo no les pagó lo de menos es tirarle el perito e ir a embargarle, por encima del que sea, si sabe que tiene familia chiquita [niños] no les importa. Hasta qué punto llegan las cosas con eso; pero no, hay bancos que son muy buenos, pero el microcrédito, y voy a hablar directamente: banco Fundación de la Mujer, pero le

digo, ojalá lo anote ahí con letra grande: LA FUNDACIÓN DE LA MUJER ES UNO DE LOS PEORES BANCOS QUE TIENE ESTE PAÍS, supuestamente dizque fundación, disfrazado con ese nombre, pero es una de las peores, yo creo que eso es peor que un gota-gota. Diario lo llaman “vea le vamos a embargar”, uno realmente hasta el filo, yo creo que mucha gente que se ha ahorcado o se matado por las deudas es por eso, por la presión que generan ellos y no estamos hablando solamente de la Fundación de la Mujer, el caso mío es particular, pero en otras personas de pronto es por otros bancos y otras condiciones, pero yo si hubiera estado más débil psicológicamente, seguro esta gente hubiera llegado hasta el desastre de hacerme matar, con una presión de esas tan verraca, diario, diario, diario me llamaban y casi que amenazándome que me iban a embargar. Yo a lo último ya los frentí y hasta les dije que los iba a demandar, porque me estaban haciendo enfermar psicológicamente por tanta presión (Julián Osorio, en entrevista con el autor, 02/2020).

Hasta aquí, se ha expuesto cómo el desarrollo de la acumulación de capital en el municipio de Sonsón, desde 1997 hasta la actualidad, ha generado el ahorcamiento de los campesinos de manos de los bancos, el mercado, las hidroeléctricas y las multinacionales, que crecieron en la tierra fertilizada por el triunfo paramilitar y estatal sobre la insurgencia armada. En todo este proceso, los campesinos de Sonsón fueron sometidos a relaciones objetivas de poder como parte dominada y les fueron impuestas prácticas productivas y vitales que expresan y reproducen el orden dominación al que fueron atados, siendo destruidos y creados de nuevo como sujetos sociales. Así, la proletarización originada en la expulsión campesina de la tierra es base de los cambios producidos en sus vidas. Despachado el problema del desarrollo de la estructura económica y los cambios que impuso sobre los campesinos, aparece otro nudo relacionado, que será resuelto en el capítulo siguiente, se trata de la conflictividad social o luchas de clases en este periodo y la forma en que este proceso político e ideológico fusionó a los campesinos y sus saqueadores en un solo sujeto social.

Capítulo 4

El Baño de Ruda

Introducción

Desde 1997, los campesinos de Sonsón han vivido, además de su ahorcamiento económico, la imposición de la cultura de las élites locales y regionales. Sometidos a ella, confunden su vida con la vida de sus patrones, de los empresarios o de grandes negociantes, causando que al verse en el espejo vean un gran capitalista en ciernes y que al ver su finca vean un emporio agroindustrial naciente. Las clases dominantes y dirigentes (locales, regionales y nacionales), articuladas al capital global, han sumergido a los campesinos del municipio en un baño para limpiarlos del pantano de cualquier consciencia, autonomía política y rebeldía, que se les hubiera pegado, especialmente en su experiencia del conflicto armado, una especie de baño de ruda³⁶ para la limpieza política. Por todos los medios a su disposición, como el aparato cultural local, el baño dejó en ellos casi únicamente la obediencia y en la aceptación de la desigualdad social.

En este capítulo se analiza la construcción de la hegemonía sobre el campesinado sonsoneño desde 1997 a 2020, y la consecuente transformación de su subjetividad, considerando tres problemas relacionados: el papel del aparato cultural local, las transformaciones en la organización campesina, y los cambios reconocibles en su subjetividad como resultado del despliegue hegemónico durante este periodo. Son tres elementos que, por su naturaleza, se encuentran estrechamente relacionados entre sí: el aparato cultural interviene la subjetividad que, a su vez, imprime un carácter determinado a la organización social campesina, por mencionar un ejemplo.

1. La máquina cultural

Una de las características de Sonsón, que lo diferencia de otros municipios de Colombia, es que cuenta con un fuerte aparato cultural estatal y no estatal, históricamente formado por su pasado como centro de colonización antioqueña, que incluye una amplia producción artística, literaria y arquitectónica entre otras expresiones. Este aparato, entendido como el conjunto de medios para

³⁶ La ruda es una planta aromática común, que tiene usos culturales y medicinales en diferentes países latinoamericanos. El baño de ruda o su quema en un espacio cerrado sirve para realizar una limpieza espiritual, expulsar malas engerías, alejar la mala suerte y atraer la buena fortuna.

la creación cultural y sus productos mismos, es agenciado por una élite intelectual frecuentemente ligada a las élites económicas y políticas, ha acentuado su funcionamiento en los últimos veinte años y ha sido fundamental para vaciar sobre la población local el agua del pensamiento hegemónico, reafirmando especialmente ideas sobre la raza, la idealización de la vida campesina, los fundamentos de la sociedad, su pasado y tradición, pero amarrándolo todo a las necesidades subjetivas y objetivas del proyecto neoliberal en desarrollo, así como al plan militar de la oligarquía nacional.

La máquina cultural de Sonsón ha experimentado, entre 1997 y 2020, su absorción y alineamiento total con el bloque de poder dominante en el Estado, organizado políticamente en el uribismo como movimiento fracciones específicas de las clases dominantes y estamentos asociados: militares, latifundistas, narcotraficantes, católicos militantes, conservadores, y empresariado agroindustrial, desarrollado (por lo menos) desde que en 2002 ascendió al poder del Estado. En este sentido, un aparato cultural local ya amplio, al servicio de las élites sonsoneñas y regionales, se centralizó y modernizó, sobre todo en cuanto a sus instituciones, más que a sus intelectuales. Esto no significa que se haya transformado en una simple máquina de propaganda estatal, sino que se vinculó a la reproducción de la visión del mundo de las clases dirigentes/dominantes nacionales. Así, esta máquina se dispuso para generar la aceptación campesina, y de la sociedad sonsoneña en su conjunto, frente al proceso de acumulación neoliberal por desposesión, desarrollado en los últimos veinte años, incluyendo los medios coercitivos que esto exigió. A continuación, podemos ver de forma encadenada el proceso histórico de cómo se organizó este aparato cultural local:

“• Sociedad de Mejoras Públicas de Sonsón (1914)

• E.S.A.L Casa de la Cultura Roberto Jaramillo Arango (1968)

• Corporación Casa de los Abuelos Museo Folklórico (1956)

• Centro de Historia San José de Ezpeleta de Sonsón (1974)

• Corporación Cívica de Desarrollo, Turismo y Eventos

Especiales Fiesta del Maíz de Sonsón (2007)

• Corporación Escuela de Música Semillas de Paz (2004)

• Asociación Ecoturística Arco Iris (2004)

- **Medios de comunicación**

- **Periódicos:**

El Popular

La Acción

Periódico Alternativo El Mes (Medios Educativos Audiovisuales)

El gran Precursor (de carácter subregional)

- **Televisión:**

Canal Comunitario Sonsón TV

- **Emisoras:**

Radio Sonsón

Capiro Estéreo

- **Corporaciones y entidades sin ánimo de lucro**

Corporación Hogar Juvenil Campesino

Asociación ‘María Martínez de Nisser’ (2004)

Asociación de Víctimas de la Violencia por la Paz y la Reconciliación

Tejedoras de la memoria

Asocomunal” (Plan municipal de cultura y patrimonio de Sonsón 2012-2023, 2017, 60).

Como se ve, se trata de un vasto aparato cultural, considerando que en el listado anterior aún faltan sus intelectuales. Muchos de los engranajes de la máquina cultural local son anteriores a 1997, y otros se forman durante los últimos veinte años. Lo importante, es que aquellos piñones preexistentes desarrollaron un papel hegemónico significativo en este último periodo, participando en alguna de las tres dimensiones mencionadas o en varias de ellas: generar consensos frente a la acumulación neoliberal y la campaña de guerra contrainsurgente, idealizar la vida campesina y abonar una perspectiva hegemónica de la desigualdad social.

1.1 Buenos resultados

Un ejemplo de lo anterior, es El Centro de Historia San José de Ezpeleta y su revista *Arcón*, que empezó a producirse a finales de la década de 1990 y se extendió durante la primera década de los 2000, periodo en que ejerció una función intelectual afirmativa de la cultura local y regional, ofreciendo una perspectiva hegemónica de la historia de diferentes formas: enalteciendo procesos

de desigualdad y acumulación como la colonización antioqueña; narrando el conflicto armado como una oposición entre la “población civil” vs “grupos armados”; y asimilando el desarrollo neoliberal al progreso social. Un ejemplo es su publicación del 23 de septiembre de 2006, llamada “Conflicto Social en Sonsón”, en ella se hace un recorrido por la historia local y se expone cómo su población “se ha formado en el conflicto con buenos resultados” alusión a la capacidad de sobreponerse a dificultades y remontar montañas sin perder la dirección hegemónica. Arranca con una lectura positiva de la colonización antioqueña, que convenientemente desconoce dicho proceso como uno de profundas desigualdades sociales, y termina narrando la defensa de las instituciones y gobernantes por parte de la población, frente a la insurgencia armada, específicamente para exigir la liberación del alcalde municipal retenido en 2001 por la guerrilla:

El conflicto social, que según la lógica puede ser positivo o negativo, es lo que crea la madurez de los pueblos, es fortificante o detrimento de su identidad, siendo identidad al fin, pero comprometida con el efecto de sus decisiones (...) En el caso de Sonsón, su condición de provincia desde los primeros años le abre la posibilidad de expandirse hacia otras fundaciones. La colonización fue un efecto positivo que le permitió llevar las tradiciones antioqueñas hasta el viejo Caldas y el norte del Valle (...) El pueblo temeroso empezó a formar filas en torno a sus instituciones constituidas, se fue generando un proceso amplio de movilización ciudadana, toda una asamblea comunitaria que, por medio de marchas, cadenas humanas, símbolos fue tomando la palabra como instrumento que permitiera la defensa de sus valores y en especial la vida y la libertad (...) Toda la movilización ciudadana logró su cometido, la liberación de su alcalde... (Arcón 2006, 4).

La producción cultural del centro de historia local, a través de la revista, avanzó en dos direcciones para el cumplimiento de su función hegemónica: construir el antagonismo entre población civil e insurgencia armada (sobre todo con las FARC-EP) y contribuir a generar consenso frente a la guerra total del Estado contra los rebeldes. En este sentido, su editorial del 20 de noviembre de 2002 hacía una defensa de la implementación local del Plan Colombia y las políticas sociales vinculadas a él:

Con satisfacción registramos la puesta en marcha del Plan Colombia en Sonsón. Las gestiones realizadas por la alcaldía municipal para obtener recursos culminaron con la aprobación de varios proyectos en que se invertirán 271.000.000 de pesos que se emplearán en la renovación del sistema de redes de conducción y distribución de aguas del acueducto municipal, pavimentación de calles, salidas de la ciudad (...) Como se ve, el Plan Colombia, ha sido generoso con Sonsón... (Arcón 2001, 2).

En otra editorial del 28 de julio de 2002 la revista hace una clara proclama antisubversiva, e insiste en crear un antagonismo entre la insurgencia y la población, entre la que se hayan los campesinos:

Si las FARC tuviesen una mínima capacidad de escuchar al pueblo que tan demagógicamente dicen defender, Sonsón debería sonar como un trueno en sus oídos. Ante sus amenazas, que provocaron el 25 de junio la renuncia del alcalde, su gabinete y el concejo, esta localidad respondió con uno de los recursos del ingenio nativo: convocó una consulta popular (...) Alegando que desde los burgomaestres hasta los inspectores son representantes del Estado, las FARC no luchan en realidad contra la oligarquía, como quieren hacer creer, sino que pisotean una de las pocas reformas positivas que exhiben tantos sitios olvidados del país: la elección popular de alcaldes. Si no fuera por su ceguera militarista, Sonsón les serviría de lección (Arcón 2002, 2).

Este ejemplo da cuenta de dos hechos: la naturaleza de la producción cultural local alineada con los intereses, la visión del mundo de las clases dominantes/dirigentes regionales y nacionales, así como a su proyecto político en este periodo, y la relación formada entre política y cultura más allá del Estado, encarnada en algunos engranajes del aparato cultural, relación que se traduce en arrancar a las clases subalternas (especialmente el campesinado por su importancia local) una de sus formas históricamente desarrolladas de resistencia: la rebelión armada, al renegar de toda forma de lucha que les permita enjuiciar el orden social y oponiendo la identidad del pueblo a los irregulares. Hoy el campesino sonsoneño huye, como huyendo del diablo, de todo lo que sugiera una lucha violenta por y para sí mismo, o de entrar en contradicción con el bloque de poder dominante. Esto a pesar de que, en las condiciones históricas de la conflictividad social en Colombia, ha resultado inevitable que la formación, organización y movilización política campesina, implique en algún momento el ejercicio de la violencia, para escalar la oposición a los intereses y la concepción del mundo que terratenientes, neoliberales, banqueros etc., les imponen.

Al ser no estatal la institución que produce la revista Arcón, sirvió como medio de unificación cultural e ideológica de la población al proyecto dominante. Más interesante aún, es que la mayor parte del contenido de la revista fue mucho menos explícito en su direccionamiento político, dedicándose a temas religiosos y festividades populares, algo comprensible en su interés de amarrar la identidad regional y local al proyecto político dominante, profundizando en piezas de su historia y tradición.

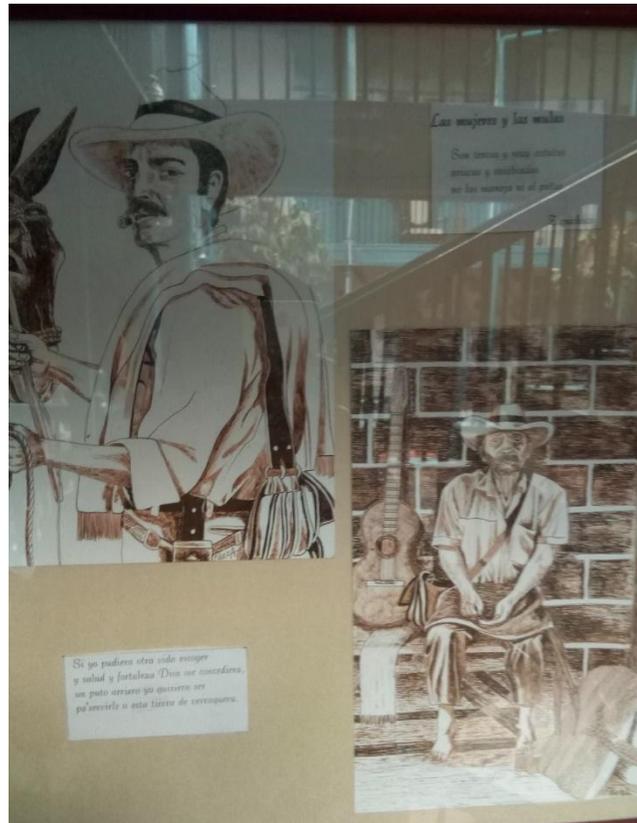
1.2. Campesinos: tesoros decorativos

Otro ejemplo de cómo el aparato cultural local ha servido en los últimos veinte años para sembrar en los campesinos la costumbre de agachar la mirada está en la red de museos. Sonsón cuenta con una formidable red de museos, si se tiene en cuenta el tamaño del municipio: Museo de Arte Religioso, Museo Folklórico Casa de los Abuelos, Sala Museo Homenaje a la Prensa Sonsonseña, Museo Sociocultural Pantágoras, Museo Pablo Jaramillo, entre otros. La mayoría de ellos atienden a la afirmación de las tradiciones rurales y conservadoras: el trabajo agrícola, la familia, el catolicismo, etc., que de por sí hacen parte de la identidad local hegemónica.

Uno de los museos en particular es al mismo tiempo museo y hostel, se llama El Tesoro y su trabajo cultural consiste en buena medida en la idealización del campesino y del pasado rural local, aunque no se limita a ello. En la entrada hay un campesino que se interpreta a sí mismo en temporada de turistas y recibe a los visitantes amablemente. Adentro todo exalta la vida rural: despulpadoras de café, herramientas de trabajo como hachas, machetes y azadones se confunden con piezas que dudosamente pudo poseer alguna vez una familia campesina, como ciertos electrodomésticos, vestidos o cristalería. En la biblioteca algunos libros sobre las FARC-EP siguen juiciosamente la línea de política antsubversiva, siendo los secuestros y el narcotráfico sus temas recurrentes. En las paredes algunos cuadros rinden tributo a la encarnación más típica de la cultura antioqueña: el arriero, esencialmente un comerciante rural.

El Tesoro es un buen ejemplo de asimilación política por vía cultural y de la idealización de la vida campesina. En uno de los grabados homenaje a los arrieros que cuelga en el museo-hostel El Tesoro, se puede leer: “Si yo pudiera otra vida escoger y salud y fortaleza Dios me concediera, un puto arriero yo quisiera ser, pa’ servirle a esta tierra de verraquera”. Así, presenta la vida y el

trabajo campesino tan encantador que no hay razones para querer cambiarlo, tal cosa es casi una profanación de la cultura y la sociedad, frente a la fortuna de pertenecer a la nación antioqueña.



Fotografía 2. Arrieros. Fuente: Trabajo de campo 17-03-2020

El campesino en la puerta del museo-hostal se llama Alberto Hincapié, tiene 73 años y sobrevive diversificando su economía familiar: produce mora para el mercado local, arrienda parte de su finca para el ganado de los vecinos, jornalea y alquila una parte de su casa a turistas a los que también guía en largas caminatas por el Páramo de Sonsón, una reserva natural cercana a su casa, algo que lo ha hecho un personaje conocido en el municipio. Su trabajo en el museo- hotel consiste en representar la imagen tradicional del campesino sonsoneño, haciendo las veces de una figura decorativa de sí mismo, como una pieza más de la colección. Así describe su trabajo allí y como guía turístico:

Yo lo necesito como es usted como campesino [le decía su patrón, el dueño del hotel, al contratarlo], entonces yo me iba con un pantaloncito no muy bueno (...) Me dicen que yo soy el

dueño del páramo, yo les digo que lo importante es la escritura [de propiedad] y me contestan: usted no necesita escritura (Alberto Hincapié, en entrevista con el autor, 03/2020).

La idealización del campesino sonsoneño y antioqueño en general lo subalterniza y le sustrae su autonomía e identidad. Idealizar la vida campesina es parte del baño de ruda que remueve mágicamente la explotación y el sufrimiento, así es posible que las clases dominantes/dirigentes se hagan partícipes de lo campesino en la cultura, y que los campesinos se den por bien servidos en sus aspiraciones, porque su imagen está en todas partes visible, aunque no su sufrimiento y explotación, que aparecen como abnegado gusto por el trabajo. Así, se entiende que a Don Alberto le digan que no necesita escrituras de propiedad; para él debe ser suficiente con estrechar la mano de los turistas, su realización ya está lograda en la ficción, que pretenda una reclamación material es, para la gente del pueblo, motivo de risa.

1.3. Las Fiestas del Maíz sin maíz

Ambos casos analizados, El Tesoro y la revista Arcón, permiten pensar en la existencia de una relación entre la formación de la identidad local durante este periodo, el impulso a la acumulación neoliberal y el consenso sobre la política nacional de guerra total. Esta relación, que es hegemónica porque amarra por la vía cultural a los campesinos y subalternos en un proyecto nacional de las clases que los dirigen, es mucho más notable si se examina otro de los engranajes del aparato cultural local: las Fiestas del Maíz. La festividad local se celebra anualmente entre el 16 y el 19 de agosto desde 1938, y consta de diferentes eventos que buscan la reafirmación de la identidad local en torno al producto insigne, que además es base de la gastronomía de la región, pues con maíz se elabora la arepa. Su celebración estuvo en duda durante el periodo más agudo del conflicto social, a finales de la década de 1990 y principios de los años 2000, llegando a no realizarse durante algunos años. Fue la paz armada lograda por el Estado y el paramilitarismo lo que permitió, alrededor de 2005, la estabilidad en la celebración de la fiesta, por lo que la afirmación de la identidad local se ligó directamente al proyecto político y militar dominante a nivel nacional, como lo describe una compilación institucional sobre la historia de la celebración:

La fórmula política del gobierno nacional iniciado en 2002 comprendió una estrecha relación entre el plan cultural de las estrategias turísticas co-patrimoniales, y el plan militar de la “seguridad democrática” (bandera del gobierno) con las cuales se buscaba transformar la percepción nacional

del país, de uno inseguro y doblegado por los grupos armados, a uno de economía emergente con un fuerte potencial (Fiestas del Maíz, Patrimonio Inmaterial de Sonsón s/f, 88).

Desde entonces, la fiesta del maíz no ha escapado a las contradicciones que le genera su amarre al desarrollo neoliberal, siendo sometida a un proceso de mercantilización cultural. En ella, cada vez tiene menos peso la tradición frente a la “parranda”, el negocio alrededor del consumo de licor, la ocupación hotelera y la música popular,³⁷ según una preocupación común de parte de la población. Su mercantilización está ligada al propio cambio en la estructura económica, en que la producción de maíz no tiene ya mayor relevancia, lo que, a pesar de la resistencia de una parte de las élites locales más tradicionales y conservadoras,³⁸ ha ido debilitando la solidez de la formación cultural que la festividad tiene por objeto afirmar, al haber sido prácticamente eliminado el producto estrella de la estructura económica local.

Así, es posible entender cómo la festividad, durante los últimos veinte años, ha cumplido la tarea de amarrar a la tradición e identidad de Sonsón una de las formas de acumulación del desarrollo neoliberal que es el turismo, lo que, en el contexto colombiano, ha estado profundamente ligado a la pacificación militar de los territorios. En general, el desarrollo del turismo en Sonsón es relativamente reciente, se rige por el “Plan de Desarrollo Turístico y Comunitario del Municipio de Sonsón 2009-2020” articulado a un proyecto regional más amplio “Turismo para la Paz”. El primero de ellos reconoce en Sonsón dos tipos de turismo potenciales que denomina cultural y agroturismo. Se trata de una actividad económica que se ha visto fuertemente impulsada por los gobiernos locales en los años subsiguientes a la pacificación armada. La forma de operar, en este proceso de hegemonía, es generar consenso sobre la acumulación basada en el turismo, reforzando la política estatal de guerra total y viceversa; el turismo aparece como motor de desarrollo y todo lo que lo amenaza es obstáculo a éste, a la par, la guerra total para restaurar y desplegar el turismo se legitima, porque éste es fuente de desarrollo, según el discurso

³⁷ En el contexto colombiano “música popular” no hace alusión a música anti-oligárquica o creada por cantantes, juglares o músicos de las clases tradicionalmente reconocidas como populares: campesinos, obreros etc. Se refiere a un género mercantil de música que se apropia de tradiciones y estética rural.

³⁸ Hay una fracción de las élites locales que devengan su poder de la cultura y la tradición, religiosos, conservadores y dueños del patrimonio arquitectónico, que ven parcialmente amenazada su inserción en la economía neoliberal por dinámicas que esta misma impone, como la destrucción de la vivienda tradicional urbana o la propia degradación mercantil de las Fiestas del Maíz, de allí que presentan una relativa resistencia a estos procesos.

hegemónico. En este caso, la característica del turismo está en ofrecer, como algo curioso, la cultura y vida campesina, la variedad de los climas y la conservada arquitectura tradicional, aunque ésta forma de acumulación ha chocado con otras que suponen, por ejemplo, la destrucción ambiental o la especulación inmobiliaria.

La recuperación de la fiesta del maíz es al mismo tiempo la afirmación de la identidad local hegemónica, especialmente en la anulación de la desigualdad social. Se celebra la colonización antioqueña como acto fundante de Sonsón, se representan desfiles de “peones” y de familias de la élite local, así como de los “primeros habitantes” indígenas, se rinde culto al trabajo en el “desfile de artes y oficios”, y se exalta el maíz como producto insigne y expresión de la importancia del trabajo rural. En definitiva, la festividad local iguala a los desiguales bajo la noble mano de los dirigentes.

1.4. Raza y clase

En Sonsón, como en buena parte de Colombia, la explicación causal de la desigualdad en el sentido común ha sido parte del conflicto social o lucha de clases, que tuvo su expresión armada, pero no concluyó allí. Por lo menos durante los últimos veinte años, las clases dominantes/dirigentes de la sociedad antioqueña, vinculadas de forma paulatina al capital internacional, fueron imponiendo sobre el conjunto de la sociedad y especialmente sobre el campesinado, una forma de entender las relaciones sociales basada en la aceptación de la desigualdad social. Esto, se dio en respuesta al desarrollo de las aspiraciones igualitarias provenientes en parte de la influencia guerrillera sobre los campesinos, particularmente en cuanto a la distribución de la tierra, la riqueza y la participación política. Las ideas nacionales (regionales) sobre la raza, la casta, la identidad local, la estirpe, la genealogía etc., existían antes del periodo 1997-2020, pero lo distintivo del caso sonsoneño y antioqueño respecto a Colombia, es el fundamento nacional oligárquico de la raza, para crear el sentido común de la desigualdad social.

Una forma de entender el afianzamiento de este proceso es observar cómo lo conciben algunos intelectuales, trabajadores de la cultura a nivel local y los propios campesinos. Considerando que se trata de una formación cultural elaborada por más de un siglo, lo posible es establecer su

continuidad en los últimos veinte años, y su articulación al proceso de acumulación y despojo neoliberal. La idea de raza a la que se hace alusión toma diferentes formas: casta, genealogía, identidad, pero todas remiten en esencia a lo mismo, la forma de entender y reconocerse en un sistema de relaciones de desigualdad social.

En el caso sonsoneño, y en general antioqueño, considerando el papel de la ciudad en la formación de la cultura de una buena parte de la región andina colombiana, la raza adquiere definiciones relativas al mito fundacional de la colonización antioqueña, a la capacidad de sobreponerse a las dificultades y a la dedicación al trabajo, siendo la denominación raza quizás la socialmente más reconocida, y la que expresa mayormente el problema del entendimiento social de la desigualdad. Esto es lo aparece en la voz de sonsoneños sobre este problema:

José Fernando Botero, un formidable intelectual local y etnógrafo, encargado de la gestión cultural municipal, define de la siguiente manera la alusión común a la raza en el municipio:

Pues es que Sonsón con sus élites dominantes durante los primeros 150 años de vida y a partir de sus grupos de empresarios en el primer siglo, digamos que generaron unas dinámicas comerciales y de incidencia política que generó una élite. Para el siglo XX pues ya más definido la Sociedad de Mejoras Públicas [SMP] tuvo una influencia pues mayor, entonces había una élite económica que a su vez era una élite política y que también a su vez era una élite cultural... y la SMP digamos que agremió a grandes intelectuales y visionarios en torno a un modelo X de desarrollo (...) esa élite comenzó a decaer con las alcaldías populares y con una nueva generación que no recibió las banderas, sea porque ellos no la hubiesen inculcado o porque la inculcaron o la recibieron de una manera diferente, pero cuando se habla de la raza más en torno a la colonización antioqueña y al emprendimiento pero no una raza como tal única y que uno pudiera describir esa raza (José Fernando Botero, en entrevista con el autor, 02-2020).

Por su parte, Emilse Botero, integrante de la asociación de mujeres María Martínez de Nisser, que trabaja en atención psicológica y extensión cultural de esa asociación, definía así el tema de la raza a nivel local:

Para mí eso es una excusa, para mí eso es una parafernalia y yo sé que estoy en contra de cierto perfil de persona sonsoneña...digamos colonizador... eso fue un asunto que se fue instaurando

pues culturalmente... pues, para mí es eso una construcción cultural que fue tomando mucha fuerza y que de hecho hoy en día tiene mucha fuerza y que hay personas muy valiosas, ósea yo no desconozco líderes y grandes personas, pero yo creo que hay otros procesos que han pasado desapercibidos, otros que han sido muy perversos, entonces es muy complejo ese asunto (...) buena parte del patriarcado. En estos días estábamos buscando mujeres dizque para hacer un homenaje el día de la mujer o por la semana de la mujer... Sonsón tiene mujeres muy valiosas, por ejemplo, hay una escritora que se llamó Lucía Javier, pues o por lo menos se llamaba de otra manera, pero ese era su nombre artístico, que terminó la vida en una silla de ruedas ¿cierto? Pero en cambio hablaron de una que fue la fundadora de una escuela de señoritas, ¡entonces maravilloso!, pero uno piensa qué habría detrás de eso, que era de las primeras maestras, que era súper recta, pero entonces qué pasaría ahí...pues, como ¿homenaje o no?, eso es muy complejo... nosotras somos muy respetuosas de eso, pero sabemos que en el pueblo hay personajes muy fuertes en ese asunto, por eso la asociación a veces pasa como muy desapercibida... porque hay cierto asunto que no nos interesa reproducir... (Emilse Botero, en entrevista con el autor, 02-2020).

Obsérvese ahora cómo José Julián Osorio, un campesino sonsoneño, define la alusión común a la raza en la cultura regional:

Lo que pasa es que tengo entendido que la cultura antioqueña surgió de las mismas condiciones que imponía la misma geografía, casi que nos quedamos (...) los colonos que llegaron a esta tierra, según tengo entendido yo, fue la gente más pobre del país. Le tocó ir hacia las montañas, porque el litoral o la zona plana quedó de los ricos, entonces para esta zona llegó gente que no tenía la posibilidad de comprar o tener de pronto alianzas con el rey para que les cediera unas tierras y pegaron para acá, a raíz de eso surgió una raza porque fueron gente negra, fue gente blanca, fue gente mestiza, fue gente india, pues lo indios estaban acá pero igual más que todo mestizos y gente blanca fueron los que pegaron pa' esta tierra y la comenzaron fue a forjar sobre la geografía que ha sido tan dura y que a la gente no le gustaba, que a los ricos no les gustaba. Entonces a partir de ahí ya como que el antioqueño tiene fama de verraco, de emprendedor, de trabajador porque en una montaña crearon gran riqueza. Lo que los del litoral, del llano o de la sabana de Bogotá no creían que en esta zona era demasiado fértil o era muy apta para la agricultura, tenía buena minería, entonces aquí comenzaron a ser gente muy rica. Yo diría que no es tanta raza sino la cultura que se forjó, la raza sigue siendo la misma, si nos ponemos a mirar somos mestizos, porque todos los colombianos somos mestizos, es la cultura que se forjó, y en

parte a eso es que se debe la fama que tenemos los antioqueños de echados pa' delante y de verracos, que muchas veces sale siendo fama porque no todos son así, no todos son así (...) Lo que pasa es que los que llegaron...no todos tenían la misma actitud, casi que los que llegaron todos eran pobres, pero no todos eran pobres mentalmente. Había gente que tenía muy visionaria, si hablamos de un Pepe Sierra [empresario antioqueño famoso que ascendió socialmente] o de Lorenzo Jaramillo, que fue uno de los hombres más ricos de Colombia, o de Alejandro Ángel que se forjó en esta tierra. Lo mismo Lorenzo Jaramillo fue gente que llegaron con los colonos en las mismas condiciones que llegaron todos, y fue gente que fue visionaria y fueron haciendo empresa y fueron generando gran riqueza y de pronto también vieron la oportunidad que tenía Antioquia de tener buenas minas de oro y ellos aprovecharon esa oportunidad, la ventaja que otros no aprovecharon la aprovecharon ellos y no solamente me refiero a estos personajes sino a mucha gente que hicieron que Sonsón cogiera fama por eso, por ser gente echada pa' delante (José Julián Osorio, en entrevista con el autor, 02-2020).

Este retrato de la visión común sobre la raza en Sonsón, entre los intelectuales, trabajadores de la cultura y campesinos, deja claro que es (en todas sus otras posibles denominaciones) la manera en que se resuelven hegemónicamente las relaciones de desigualdad, principalmente económicas, pero también sexuales y de género.

La raza basada en trabajo es raza concebida no como tradicionalmente se entiende, apoyada en caracteres étnicos o fenotípicos, sin que esto niegue un proceso de blanqueamiento, sólo que éste no es el elemento central de esta construcción específica de la raza. Hablar de raza como trabajo, es hablar de una fusión de raza y clase, raza que anula las desigualdades sociales haciéndolas aparecer como resultado mismo del trabajo. Para el campesino sonsoneño, su propia pobreza y, por consiguiente, la riqueza de algunos de los suyos es el resultado de tomar oportunidades y de la laboriosidad natural de la nación antioqueña, jamás la desigualdad es concebida como resultado del despojo, la explotación y la acumulación.

Convenientemente, el aparato cultural sonsoneño ha recordado esta lección a los campesinos en pleno proceso de atraco neoliberal. La buena resiembra de la historia de la colonización, como el triunfo de la voluntad y astucia colectiva, que empuja a unos hacia adelante dejando a otros atrás, es evidentemente funcional a la aceptación de la competencia como norma de vida; al mismo

tiempo que la visión heroica del arrasamiento de la naturaleza que caracterizó la gesta colonizadora, sirve para favorecer la explotación hidroeléctrica reciente o la minería. Por otro lado, la raza invisibiliza las diferencias en la vida entre campesinos, generando la identificación de subalternos con dirigentes.

1.5. El credo del mercado

Ahora bien, en todo este contexto, el eje central de la maquinaria cultural sigue estando asentado en un dispositivo religioso. La cadena religiosa cumple un papel hegemónico, que va más allá del problema de la raza, pero que se encuentra igualmente relacionado con generar una visión de la desigualdad social aceptable, principalmente para quienes la sufren. Un análisis de su labor hegemónica, en especial sobre el campesinado, exige todo un trabajo aparte, por eso, se toma aquí uno de sus eslabones sólo como otro ejemplo del abordaje al problema de la desigualdad por la máquina cultural local, durante el periodo en cuestión, que consistió principalmente en enseñar su aceptación y tolerar la opresión que produce. Estíbaliz Posada es encargada de dictar talleres de autoayuda, en parte a población campesina, pertenece a una organización de laicos católicos, y así es como les ayuda a lidiar con sus problemas económicos y relaciones laborales:

¿En tus talleres reconoces gente que llega por problemas económicos, cómo les ayudas a lidiar con esos problemas?

...hay que trabajar, hay que luchar por buscar un empleo, no es quedarme de manos cruzadas y decir: a ver dios, tráigame el mercaito pues... ¡no! es trabajar, es buscar, es saber quién me puede ayudar, pero que la búsqueda sea en paz, que la búsqueda sea en tranquilidad, entonces es ponerme activa y a buscar el empleo, no quedarme inmóvil(...)entonces nosotros tenemos que trabajar, pero que trabajemos y luchemos por buscar ese empleo pero en paz, eso es lo que nos dan los talleres, paz y tranquilidad para afrontar las dificultades.

¿Y cómo ayudas a la gente en tus talleres a tratar problemas de desigualdad social, por ejemplo, peleas del empleado con el patrón?

....si yo cambio yo voy a cambiar con los demás, pero primero tengo que cambiar yo (...) si yo empiezo a cambiar, inmediatamente los que están a mi alrededor van a cambiar y yo voy a aprender a comprender, que alguien es malgeniado: no me va a afectar, voy a tratar de comprender esa persona, simplemente voy a decir: algo le pasa a esa persona, por qué estará así, pero a mí no me va a afectar que es lo más importante, que tengo un jefe muy regañón: simplemente

yo voy a estar en paz y ya, *que no me afecte lo que el otro haga conmigo y ya*, eso es todo (Estibaliz Posada, en entrevista con el autor, 02-2020).

Los talleres, hacen parte de un programa más amplio realizado por una organización llamada “Asociación Privada Internacional de Fieles del Derecho Pontificio con Personería Jurídica”. Existen desde la década de 1980, pero en Sonsón sólo desde los últimos cuatro a cinco años según su encargada. Más allá de su coincidencia temporal con el proceso de desarrollo neoliberal más reciente, lo cualitativamente importante es su doctrina de individualización de los problemas como resultado de la decisión propia, la enseñanza de la tolerancia al sufrimiento que genera el patrón, así como la promoción del ánimo emprendedor.

Finalmente, todo el análisis del aparato cultural aquí planteado implica la pregunta de cómo los campesinos de Sonsón accedían a tan refinados elementos culturales en casos como la revista Arcón. La respuesta, está en la articulación al proyecto nacional mediante los medios de comunicación y, a nivel local, en el trabajo de intelectuales y trabajadores de la cultura, que producen y reproducen obras a distintos niveles. Otros engranajes de la máquina cultural local, como la Sociedad de Mejoras Públicas, interviene el espacio urbano al que, en una relación objetiva de dependencia del campo respecto a la ciudad, los campesinos están obligados a asistir para vender sus productos y aprovisionarse de lo que el campo no puede producir: mercancías de la industria, fármacos medicinales, herramientas, agroquímicos, ofrecen igualmente respuestas a esta pregunta.

De esta manera, el aparato cultural ayudó a formar antagonismos y división entre grupos subalternos, limpió a los campesinos de cualquier ánimo de lucha violenta por y para sí mismos, y legitimó tanto el militarismo estatal como el despojo neoliberal, todo lo que calentó otro proceso que definió la formación del campesinado como sujeto social: la transformación de la organización campesina.

2. El amarre

El análisis de los cambios en las organizaciones políticas campesinas de Sonsón desde 1997 implica entender lo político desde una perspectiva sociológica, es decir, como algo que trasciende

el ejercicio electoral, la democracia liberal y al Estado mismo, considerando las relaciones de poder que se dan además en la economía y la cultura. Por otro lado, requiere considerar la organización como la forma que toma el sujeto político o la clase en el conflicto social, sin negar que puedan existir formas fragmentarias de resistencia o movilización mucho más difusas, o que la organización misma tenga estas características, dependiendo de su capacidad ideológica y de movilización. Los cambios experimentados por las organizaciones campesinas en Sonsón están atados a los procesos de acumulación neoliberal de las dos últimas décadas, a la coerción estatal y paramilitar ejercida sobre ellas y a su absorción por nuevas organizaciones y partidos, especialmente el Centro Democrático y en general el uribismo como movimiento de fracciones de clase y estamentos mencionados. Todo este proceso, deviene en amarre del campesinado a las clases dirigentes, especialmente ligadas al capital transnacional, según las formas de organización que éstas les dicta.

2.1. La gente de bien

En principio, es importante considerar las transformaciones en la organización campesina que se generaron durante el periodo más álgido del antagonismo social, de 1997 a 2006 aproximadamente. Entre otras cosas, la forma vencedora de comprensión del conflicto armado o el discurso dominante al respecto ha tenido una fuerte carga jurídica liberal, expresada en el Derecho Internacional Humanitario, o en el derecho de la guerra como sentido común, que significó una forma de entender la conflictividad social basada en la abstracción de la sociedad civil, y su representación como un sujeto homogéneo, ajeno al conflicto y en medio de dos grandes bloques a los que es extraño; eso sí, siempre con una decidida inclinación hacia la defensa de las instituciones del Estado, la propiedad, la cultura hegemónica y en general hacia el orden social existente.

La ascensión de este discurso, hasta convertirse en sentido común, fue apalancada por el aterrizaje en Sonsón, como en muchos otros territorios con relativamente alta conflictividad armada, de una forma de organización social externa: las Organizaciones no Gubernamentales (ONG), principalmente de asistencia humanitaria, que llegarían para apalancar un proceso de formación de los sujetos u organizaciones sociales, con una despolitización aparente y agendas amparadas en una relación de “víctimas” y “victimarios”. En este periodo, se formaron las

organizaciones de víctimas que han representado un tránsito de las reivindicaciones y luchas por transformaciones materiales y políticas, hacia otras en torno a la tramitación de indemnizaciones y proyectos frente al Estado. Por otro lado, ayudaron a asemejar, en el sentido común, la paz con la pasividad, eludiendo hasta hoy la discusión sobre las causas del conflicto armado, o poner en duda la versión hegemónica sobre éste. La auto descripción que hace la ONG Conciudadanía de su trabajo en el oriente de Antioquia y Sonsón permite entender esta idea:

Es por todo ello que la Corporación Conciudadanía, que ha actuado en el Oriente antioqueño desde hace 27 años, se ha comprometido con los procesos de memoria en el marco de “La Política Institucional de Reconciliación”, aprobada por el Consejo de Dirección en el 2007, poniendo a disposición de la recuperación de la memoria un equipo de profesionales, de los cuales muchos fueron testigos de las múltiples formas de victimización que todos los actores armados legales e ilegales con presencia en el territorio, aplicaron contra su población en momentos de grave crisis humanitaria por la agudización de la confrontación armada. Este equipo acompañó y vivió el conflicto con una parte importante de los pobladores/as de los municipios donde la Corporación hace presencia. Así mismo, Conciudadanía fue partícipe y promotor en el Municipio de Sonsón de diversas iniciativas de solidaridad, hermandad, organización, movilización y resistencia para hacer frente a los efectos de la guerra, desde un enfoque de reconciliación. Hace más de una década ha liderado procesos de apoyo psicosocial a las víctimas, ha conformado comités de reconciliación, ha promovido la organización de las víctimas y la gestión de políticas públicas para garantizar sus derechos, inclusive mucho antes de que fuera expedida la Ley 1448 de 2011 (Conciudadanía 12, 2019).

Conciudadanía ayudó a formar en Sonsón diferentes procesos sociales “para hacer frente a los efectos de la guerra, desde un enfoque de reconciliación” sin dejar claro reconciliación entre quienes, aunque se entienda que se refiere al conjunto de la sociedad civil, es decir, alimentó un proceso de unidad entre desiguales, además, se centró en la reflexión sobre las consecuencias del conflicto, pero nada dice sobre cómo aportó a hacer frente a sus causas que, como se ha visto, están atadas al modelo de acumulación por desposesión.

Cuando no bastó a las clases dirigentes el discurso de los Derechos Humanos, transitaron hacia el de la lucha antiterrorista y la deslegitimación de toda forma de resistencia frente a sus planes, lo que lograron haciendo marchar en sus filas a campesinos, pero sin liquidar su identidad, creando

organizaciones intermedias entre el Estado y la sociedad civil y amarrando otras totalmente civiles al proyecto militar estatal. De nuevo en Conciudadanía aporta los siguientes argumentos:

Uribe [gobernador 1995-1997] define una nueva fase hacia un conflicto de mediana intensidad dentro del objetivo de su gobierno de “conquistar la seguridad y la paz en Antioquia, integrando las Fuerzas Armadas, la Fiscalía y la Procuraduría y la gente de bien”, y promueve la organización de Cooperativas Privadas de Seguridad (Convivir), al mismo tiempo que establece unidades militares especiales como los Soldados Campesinos para iniciar una recuperación del territorio. Uribe promovió activamente el fortalecimiento militar en Antioquia y el Oriente... realizó rápidas gestiones ante el gobierno nacional para “recuperar la seguridad y la paz”: creó la Comisión Facilitadora de Paz de Antioquia y aparte del fortalecimiento de la seguridad, aumentó el número de bases militares y grupos móviles, creó el Únase rural para combatir el secuestro y la extorsión y promovió las Asociaciones Comunitarias de Seguridad, de las cuales se crearon en el Oriente las nueve primeras (Conciudadanía 32, 2019).

La denominación “gente de bien” es la manera en que las clases dirigentes colombianas se han autodenominado junto a sus subalternos, casi formando un sujeto social en sí, especialmente en los últimos veinte años. La idea de soldados campesinos igualmente sirvió para que jóvenes campesinos marcharan y dieran la vida por el proyecto de las clases dominantes, pero sobre todo para generar una grieta dentro de los propios campesinos y oponerlos a cualquier tipo de insurgencia.

Otra de las características fundamentales del esparcimiento de las ONG, fue la generación de consenso social pasivo frente al desarrollo neoliberal. Cuando no apoyaron abiertamente las formas de desposesión que la acumulación neoliberal impuso, sencillamente se centraron en otros temas como la memoria o los derechos humanos, pero evitando discutir el problema de su sustento material; son pocos los casos en que contribuyeron a formar una crítica abierta o un antagonismo entre campesinos y agentes del capital, que casual y felizmente echaron a andar sus procesos de despojo inmediatamente después de la pacificación armada.

Sin embargo, estos casos existieron e incluso contribuyeron a impulsar procesos organizativos ya existentes de los campesinos sonsoneños, que se alimentaron y solidificaron en el proceso de

conflicto social, formando una oposición parcial hacia algunas manifestaciones del desarrollo neoliberal, como la expulsión campesina o la destrucción ambiental, permaneciendo, eso sí, en un estado reactivo de movilización social, sin lograr salir de los límites del pensamiento hegemónico sobre los problemas locales. En cualquier caso, es necesario declarar los límites para esta universalización del análisis de las ONG en este caso, que debe entenderse en el marco de los demás elementos presentados sobre las transformaciones en la organización campesina.

2.2. De campesinos a productores

Además de haberse formado como sujetos políticos artificialmente despolitizados y pasivamente funcionales a la acumulación neoliberal y al bloque de poder dominante a nivel nacional, las organizaciones campesinas de Sonsón se transformaron también como sujetos productivos, es decir, se modificó su relación económica con el mercado, pasando del trabajo comunitario parcial u ocasional de las Juntas de Acción Comunal (JAC), a una expansión creciente de las Asociaciones de Productores locales.³⁹

El proceso que ha permitido esto tiene dos vías. La primera es la liquidación paulatina de las JAC por los cambios ya descritos y que están relacionados con la misma dinámica de la acumulación de capital a nivel local: envejecimiento de la población rural, vaciamiento de las veredas y formación de campesinos como agentes de mercado. En general, las JAC cuentan con cada vez con menor participación de la población joven, no sólo por ser una población ya escasa en lo rural, sino porque su vocación comunitaria, al ser formados en la doctrina del trabajo asalariado,

³⁹ Según el PNUD (78, 2014): “En Sonsón existen aproximadamente 100 asociaciones conformadas jurídicamente, las asociaciones son la forma más recurrente de organización productiva en el municipio, esto ocasionado por la potencialidad que observan los pobladores en la variedad de actividades económicas y que se pueden aprovechar de manera integral. Entre estas asociaciones se pueden destacar varias, entre estas, la asociación ACOPROA, dedicada a la producción y comercialización de panela y que reúne a 32 socios; ASONFRUT, con 37 socios, la cuales venden insumos agrícolas y producen frutales; la asociación ASOAR, quien produce y comercializa hortalizas y cuenta con 16 socios; la asociación Ecoturística Arcoíris, la cual se dedica a prestar servicios en educación ambiental, turismo y recreación y tiene 4 socios; la asociación APLEC’S, compuesta por 22 socios y productora de leche e insumos agrícolas; Sonsón Artesanal, asociación integrada por seis socios y dedicada a comercializar artesanías y productos de tradición local. Finalmente se encuentra la empresa CEPROAGRO S.A., quien encarga de producir y comercializar el aguacate y otros productos agrícolas; la empresa tiene 50 accionistas y la mayor parte de la producción se vende al exterior, a la compañía Wolf and Wolf”. Ver: https://issuu.com/pnudcol/docs/perfil_productivo_sons_n

los ha ido arrancando de los espacios sociales y comunitarios campesinos más tradicionales, como las mismas JAC. Así describe este problema Johan Escobar, uno de los trabajadores municipales de la educación y la cultura:

...El joven campesino: “no, yo debo estudiar para irme para la ciudad para conseguir plata, para conseguir un carro, para conseguir unas mujeres bonitas (...) esa forma de vida cambió y esa forma de pensar es triste porque ahora vas al campo y encontrás que no hay un relevo generacional, las JAC tienden a desaparecer por eso, digamos uno va a una reunión de una junta y son los mismos viejitos en reuniones poco productivas y agradables, también porque no brindan ese dinamismo, que los jóvenes podrían darle. Los jóvenes están migrando, la gente en Sonsón cree que el desarrollo y todo, y estar bien es irse para la ciudad, eso piensa el campesino, que estar bien es irse para Sonsón, mínimo para la Ceja, Rionegro, Medellín porque si se queda ahí no está progresando según sus palabras, es triste eso (Johan Escobar, en entrevista con el autor, 02/2020).

En segundo lugar, la propagación creciente de las asociaciones de productores y su mayor relevancia en la vida campesina local, es parte de la imposición de acumulación que amarra a los campesinos de Sonsón al mercado mundial y a sus agentes, incluso sin que medie organización local alguna, como es el caso de la exportadora OCATI, un empresa dedicada a la exportación de frutas consideradas exóticas en Europa y Estados Unidos: higo, curuba, uchuva, producidas en Sonsón y que integra a los campesinos productores no directamente, sino mediante el mercado y viajes a las instalaciones de la empresa en Bogotá. Sobre este problema anotaba Emilse Botero:

Yo creo que han pasado varias cosas y que eso depende mucho del escenario, por ejemplo, si yo hiciera una mirada desde mi desconocimiento a las Juntas de Acción Comunal (JAC), yo creo que hay un debilitamiento, ósea que necesita oxígeno, pero otro tipo de organizaciones como las organizaciones de productores pues están fuertes. Yo creo que se ha ido transformando la organización comunitaria en lo rural y también pensaría yo que las mujeres hemos ganado espacios y que hemos ido dando pequeños pasos en la transformación de la cultura patriarcal y que eso es favorable para la organización comunitaria (Emilse Botero, en entrevista con el autor 02-2020).

El cambio de “comunal” a “productor”, como forma de nombrar y de autorreconocimiento, supone la transformación de los fines de la organización social y de las relaciones en que se

sustenta. Se camina de unas relaciones basadas en el trabajo común, la cooperación vecinal y la autogestión, características de las JAC, hacia unas que consisten en un agregado de intereses particulares regidos por la lógica del mercado, como ocurre en las asociaciones de productores.

Ahora bien, aun cuando existe la paulatina liquidación local de las JAC, y una expansión de las asociaciones de productores, entre ambas no hay un antagonismo absoluto. Las juntas adolecen de establecer relaciones paternas, de clientelismo y asistencialismo con el Estado y con gobernantes específicos, mientras que, si bien las asociaciones de productores que alimentan al mercado externo con productos de exportación son conformadas por sujetos que ya se asumen como agentes de mercado, también establecen relaciones con empresas exportadoras que las agencian y de las cuales reciben algunos beneficios, más allá de la propia relación comercial. En ambos casos, pero más en el segundo, la organización social actúa como medio para amarrar, como si fuesen iguales, a los campesinos y a quienes ejercen poder económico y político sobre ellos.

Por otro lado, existen asociaciones que no se encuentran ligadas al mercado externo de manera directa, conformadas para afirmar la posición de los productores locales en el mercado interno, con acciones como la regulación del precio, la calidad o el volumen de producción, pero no tienen hoy la misma solidez que aquellas destinadas a productos como el aguacate, que se encuentra fuertemente promovido por exportadores y Estado. Resulta así, que la organización campesina queda cada vez más reducida a aquellas formas dependientes de agentes externos que las determinan y a los que alimentan; aquellas asociaciones creadas para modificar la correlación de fuerzas en el mercado favorablemente a los campesinos están igualmente debilitadas por la individualización de los productores o porque la demanda de sus productos es menor. Al no ser funcionales estas organizaciones, los campesinos quedan atomizados, reducidos a agentes individuales del mercado. La desorganización, es en sí una forma de subalternidad, que implica la incapacidad de actuar colectivamente en el mundo social. Sólo tienden a permanecer aquellas asociaciones que guardan una relación de dependencia directa con las multinacionales y exportadores aprovisionados por los campesinos, convirtiéndose en elementos de la propia sujeción de estos, más que de su emancipación.

Finalmente, algunos casos marginales de asociaciones, fundaciones o cooperativas locales ejercen resistencia y oposición parcial a las formas de acumulación capitalista. Un ejemplo es la Asociación de Mujeres María Martínez de Nisser, que además de realizar trabajo cultural con enfoque de género, estando integrada en parte por mujeres campesinas que sufrieron en el conflicto, tiene un componente productivo que conscientemente organizan y oponen al modelo neoliberal: trabajo colaborativo, soberanía alimentaria, producción agroecológica o resistencia a la venta de la tierra. La asociación tiene un proceso agroindustrial limpio (transformación de alimentos) por el cual producen miel, opal, uchuva, entre otros productos para la venta. En este caso, el componente productivo de la asociación está supeditado a su direccionamiento político y, por lo tanto, permite la formación de la resistencia en la organización, porque es soporte material para ello, es decir, por sí mismas las asociaciones de productores en Sonsón no generan amarre de los campesinos a clases dominantes o dirigentes, esto depende de la forma en que organizan sus relaciones de producción y de que la organización misma provea la capacidad de direccionamiento político no hegemónico, aunque este no es el caso mayoritario. Por último, como se verá, la resistencia en estos casos no llega a elevarse en autonomía o antagonismo, pues incluso este tipo de organizaciones terminan atadas al proyecto político hegemónico.

2.3. El alcalde

Uno de los cambios más importantes en la formación del campesinado sonsoneño como sujeto político, ha sido el haberse cebado en el partido político Centro Democrático, por lo menos desde 2015, algo que, en general, es común a la población del municipio y la subregión, pero por el peso relativo del campesinado, es especialmente importante en caso sonsoneño. Su disolución en el partido, que recoge diferentes fracciones de las clases dominantes unificadas alrededor del uribismo, ocurre por vía colectiva mediante las organizaciones campesinas como las JAC, e individualmente con la participación electoral. El agrado de los campesinos de Sonsón por el Centro Democrático, y el uribismo, se expresa en su participación dentro de la democracia liberal en las justas electorales (dos últimas alcaldías) y en la relación personal-patronal (real o artificial) con los dirigentes del partido, especialmente con su jefe máximo, pero también con sus agregados locales.

En ese sentido, el alcalde actual de Sonsón es la personificación de la hegemonía y la subalternidad sobre los campesinos locales, que narran su historia como la de uno de sus héroes vivos. Tiene 27 años y es de origen campesino, mediano propietario, trabajó en su tiempo como jornalero, se llama Wilson Montes y realizó toda su militancia política como líder comunal en una JAC y en la Asociación de Juntas de Acción Comunal ASOCUMUNAL, organizaciones que en Sonsón son en su mayoría rurales.

Montes es fuertemente reconocido por los campesinos de su municipio, y es visto como un caso idílico de ascenso social de uno de los suyos, una demostración de lo innecesaria que es la transformación de las relaciones de desigualdad social: fue jornalero y con apoyo familiar estudió derecho en la Universidad de Antioquia. Los campesinos se refieren a él con la mayor admiración, expresando que “ha llegado lejos”, que “ha superado obstáculos”, que “dejó de ser campesino para ser alcalde”. Ven así o reconocen en él sus propias aspiraciones de ascenso social y, en buena medida, la narrativa hegemónica de su propia historia colectiva: la del arriero que se hizo empresario, la del colonizador que venció las montañas.

José Ferney, joven campesino contaba en este sentido: “mi primo me decía, vea y yo que a ese muchacho [al alcalde] le pagaba el jornal para que arrancara papa... todos los alcaldes salen ricos, compran fincas en la Unión o en Rionegro y unos dos o tres apartamentos” (Entrevista, Sonsón, 08/03/2020). Según cuenta, el alcalde en el pasado se lanzó al Consejo municipal con el aval de un partido de izquierda, el Polo Democrático Alternativo (PDA) y no ganó, pero ahora es alcalde por el Centro Democrático, e incluso fue apoyado por Álvaro Uribe Vélez, que vino a hacerle campaña personalmente, contando además con el respaldo político del anterior alcalde, también del Centro Democrático.

La figura del alcalde encarna así la relación de dominación/dirigencia política sobre el campesinado y en el neoliberalismo. En el corregimiento Alto de Sabanas, trabajadores jóvenes venezolanos que residen en la zona urbana, pero venden su fuerza de trabajo a las fincas aguacateras de monocultivo, visten camisetas de la selección Colombia, que en la parte de atrás dicen “Edwin Montes alcalde” y llevan el logo del Centro Democrático. Según José Luis Blandón (Sonsón, 15/03/2020), campesino líder de la ASOCOMUNAL, la idea de que Edwin

Montes fuese alcalde surgió directamente en esa organización, lo que significa que ésta, en Sonsón, recluta y produce cuadros para ser absorbidos por la única organización política hegemónica: el CD. Con ello, dichos cuadros, a pesar de su origen y contrario a la noble esperanza de los campesinos, renuncian a cualquier posibilidad de transformar decisivamente aquellas realidades que los atormentan, en otras palabras, niegan cualquier cuestionamiento del modelo.

El 7 de marzo de 2020, reunido el alcalde-campesino con sus bases electorales de la ASCOMUNAL, les da las siguientes respuestas a las necesidades que le plantean: “vamos a ver qué hacemos con...”, “hay que hablar con...”, “eso no puede ser así...” sin ofrecer más que una relación de ayudas o favores mínimos con ciertos límites, y además infantilizantes: “...la idea tampoco es alcahuetearle a nadie...”. La historia del alcalde, como es narrada por los campesinos de Sonsón, retrata la mutilación de su capacidad de autonomía para organizarse como clase y proponer una visión o un discurso auténtico que exprese su experiencia en el mundo. Al ser incapaz de formar cuadros conscientes del antagonismo de clase, o de proponer una política de antagonismo social, lo que implicaría al campesinado mismo diferenciarse y reconocerse, su formación como sujeto social queda reducida a la dirección de sus patrones. La historia personal del alcalde es la del campesino que se forma derechito, en las filas del proyecto nacional oligárquico.

Algunas organizaciones sociales o campesinos sonsoneños se resisten al uribismo, pero de una u otra forma participan de su proyecto. El caso de la ya nombrada Asociación María Martínez de Nisser es ejemplo de lo anterior, así entienden su participación política según Emilse Botero, una de sus integrantes más destacadas:

...esta es la primera vez que la asociación ha participado de elecciones en bloque, nosotras siempre hacemos pedagogía electoral, pero nunca tenemos pues, como candidato al cual elegimos, se hace de una manera libre. Llevábamos mucho tiempo pensando pues que sería bueno tener una representante mujer dentro del consejo municipal y esta vez lo hicimos en bloque, la mayoría de las lideresas de la asociación por el tinte comunitario han sido muy esquivas al asunto político, pero nos hemos dado cuenta que es que desde ahí se toman las decisiones, entonces que desde ahí no hay nada que hacer. Entonces afortunadamente apoyamos una chica que tiene un buen proceso

de formación, que está iniciando a ser sensible al asunto de género y quedó electa concejala, entonces estamos contentas con poder tener esa...

INV: ¿Por qué partido quedó ella?

EN: El partido... el partido en estos momentos del Centro Democrático, porque en estos lugares el partido, es más, pues, pienso yo a modo personal, es más oportunidad que identidad, ¿cierto? Entonces es estrategia, yo lo creía de ese modo...

INV: ¿No les representó ningún problema que fuera del Centro Democrático?

EN: No... y yo pues que, ósea, la mayoría de líderes que ganan en estos municipios son del Centro Democrático, independientemente de que su ideología no converja ahí, pues eso es muy arriesgado decirlo, por ejemplo, el alcalde...uno sabe (Emilse Botero, en entrevista con el autor, 02-2020).

Se trata de una organización de relativa tendencia feminista y opuesta a las formas de acumulación neoliberal que, en proceso de trascender su lucha verticalmente por el poder del Estado, termina reafirmando el poder de las clases que agencian el despojo al cual se oponen como colectivo. Pero la lucha de la Asociación de Mujeres María Martínez de Nisser, si bien se amarra al proyecto hegemónico, por otro lado, alienta y nutre causas más amplias con su participación en el Movimiento por la Defensa de la Vida y el Territorio (MOVETE), una plataforma de izquierda regional del oriente de Antioquia, que vincula distintas organizaciones de base en defensa del arraigo campesino y el agua, contra la destrucción ambiental y cultural que producen las diferentes formas de acumulación capitalista en la subregión. Podría entenderse la participación política de la organización como la apertura pragmática de espacios de poder en distintos niveles, pero esto no permite sugerir una continuidad entre la construcción de poder social y/o cultural hacia la toma del poder político, sino más bien una disociación de ambas esferas.

La domesticación requiere primero cebar y luego sujetar para que, una vez suelta la presa, no se escape y se quede por sus propios medios. Algo similar ocurre, políticamente, con la dirección y dominación política del Centro Democrático en contextos como el de Sonsón. Asociar la identidad nacional-regional a un proyecto político acompañado por la violencia, y ofrecer una “restauración” económica a cuentagotas es la base del proceso de formación política de los campesinos del municipio durante los últimos veinte años. El aplastamiento por dominación y

por consenso, que genera la formación sólida del poder político y cultural de las clases representadas por el uribismo, tiende a eliminar las iniciativas políticas que puedan generar antagonismo al proyecto hegemónico, aquellas fuerzas restantes inevitablemente son aseguradas a éste, la movilización y protesta duermen un profundo sueño hasta el momento. En cierto modo, se trata del punto más alto del sometimiento político del campesinado de Sonsón a las clases dominantes/dirigentes, su sujeción a ellas para sostenerlas en el poder del Estado, es decir, la participación consensuada en su propia explotación y opresión.

3. Limpios y pálidos

Siguiendo la definición de subjetividad hecha por Modonesi, la cuestión final que conviene atender es cómo han interiorizado los campesinos de Sonsón su experiencia de despojo y subalternidad en el marco del desarrollo neoliberal y el conflicto social. Parte de la respuesta ya fue dada, al describir el resultado del ahorcamiento que los ha dejado pálidos. No obstante, queda por observar cómo los dejó el baño de ruda al que fueron sometidos, luego de haber espantado los malos espíritus de la insubordinación y la desobediencia.

La hegemonía no removió la aceptación de los campesinos hacia el poder de las clases dominantes y dirigentes, ni hacia su modelo neoliberal, mucho menos hacia su pensamiento, más bien se encargó de restaurarla o renovarla en dos formas: pasivamente, generando que los campesinos no se asomaran al pantano de la consciencia o la rebeldía, y activamente, haciendo de ellos convencidos militantes del pensamiento de las élites, en otras palabras, les creó una subjetividad pasiva y activamente subalterna.

Uno de los rasgos más básicos de pasividad que se fragua durante el periodo más duro de la conflictividad social, entre 1997 y 2006 aproximadamente, fue la imposición del silencio, es decir, la incapacidad de expresar, de poner en público y hacer visible su sufrimiento ante el mundo social, y en general, de dar cuenta de su experiencia en él. La coerción les impuso el no hablar (y tener cuidado al hacerlo) como mecanismo para salvaguardar su propia vida, la sobreexposición de sus relatos y voces, que por ejemplo han realizado muchas ONG, no prueba lo contrario, más bien, demuestra que su palabra sólo ha resultado aceptada cuando alimenta la versión hegemónica del conflicto social. La siguiente historia fue recogida por el etnógrafo local

José Fernando Botero Grisales (2016), es un cuento oral campesino que tiene como tema el conflicto armado de mediados del siglo XX, pero que permite dar cuenta de varios elementos que componen una subjetividad campesina forjada en parte por la guerra:

Hágase el bobo como si no lo fuera

"Oiga don Rubén, ¿qué hubo de Arnulfo, el hijo de don Tiberio?
Preguntó un peón.

- Hombre por Dios. La historia de ese muchacho es muy triste, pero se las voy a contar. Hace días, cuando la chusma estaba molestando tanto por aquí, Arnulfo, un muchacho joven y vigoroso, le pidió al papá que si le daba la bendición pa' irse a trabajar al otro Rioverde, dizque pa' ver si se conseguía unos centavitos pa' comprarse una jinquita, ya que tenía planes de casarse; el viejo le dio la bendición y su esposa no quedó como del todo a gusto que se hubiera ido, pero se resinó; Arnulfo tenía un hermano aliguito mayor, ese que tenía su pendejada, ¿cómo es que se llama?... Teodoro, si Teodoro me parece que se llama. Él estaba por esos días envolata'o en el monte y cuando volvió a aparecer y se dio cuenta que su hermano no estaba por ningún lado, ese muchacho se puso muy triste, no comía ni nada. Hasta que pidió la bendición y se fue pa' esa jinca en Rioverde de los Henaos, donde sus papás le habían dicho que estaba trabajando su hermano.

Días después se encontraron los dos hermanos y a Teodoro también le dieron trabajo, porque puede ser muy bobo pero buen trabajador si es. El patrón de corte los vio tan berracos pa' todo, que se los llevó pa' Sonsón, pa' una vereda que se llama Los Medios, en las laderas del Rio Arma... Por allá estaba empezando la jiebre del café. El mismo patrón se los llevó pa' una jinca en una vereda cerquita que se llama Sirgua Arriba a sembrar maíz, porque en Sonsón se cultiva mucho este producto, tanto que en el pueblo se celebra la Fiesta del Maíz; eso güinchaban, zocolaban, quemaban; también hoyaban, sembraban, recolectaban, en fin de todo hacían.

no casi creo que desde por hay se le empezó a dar fama al campesino Rioverdeño como berraco pa'l trabajo y pa' coger el tajo, porque eso sí, el día que un Rioverdeño se le quite al tajo, o le coja ventaja al otro con deshonestidad, ese día el trabajo de ese peón no sirve. Cambia o cambia, porque a nadie le gusta esa actitud.

Pero, ¿en qué iba?... a sí... Que estaban trabajando de lo lindo, salían como arrieros al pueblo con el patrón a vender el maíz, el café, el frijol, y hasta alguito de revuelto se traían por un camino igualito al de Rioverde, de herradura, largo y con mucho, mucho pantano. Cuando comenzaron a matar gente porque era dizque de sangre roja o de sangre azul, mataron al papá del patrón a punta de piedra, en la calle yendo pa' la zona de tolerancia que se llamaba Tierra Baja, por solo echale vivas al partido liberal. Los conservadores lo prendieron a piedra, lo dejaron tirado en la cama y lo llevaron a la muerte.

Esa violencia fue muy tremenda; los caminos se vestían de muertos; el machete era el protagonista, y nadie decía nada. Las mujeres vivían muertas de miedo y los hombres también, pero continuaban saliendo eso sí, con su escopeta o con su buen machete pa' defenderse de quien fuera. El hermano menor, vio que la cosa no estaba como buena y se fue pa' donde el patrón y le dijo: --Patrón mire es que yo me voy pa' mi casa, a ver si vusté me da la platica de los jornales que me tiene guarda'os. Yo me voy. Y el patrón le propuso. --Le doy la posibilidad de que se lleve la plata o un don especial, vusté verá. Y el joven le contestó. --Pues yo si quiero la platica, pues me voy a casar y necesito plata. Además pa' que dones, eso no existe. El patrón le dio las gracias por ser tan buen trabajador y le entregó la plata; en el camino se encontró una mujer que estaba llena de machetazos y el hombre brincó pa'riba, y un tipo que había al lado del camino le dijo: --Qué, ¡muy raro esa mujer muerta?. --Como que si qué, si poaquí nunca habían matado a las mujeres y menos de esa forma. El joven siguió el camino y más arriba se encontró otros dos muertos a balazos, se quedó pasmado reparándolos mucho rato, hasta que salieron de una chamba dos hombres de negro y le preguntaron. --Qué, ¿muy raro esos dos tipo ahí tirados?, y el joven respondió:--Si, eso es muy raro porque yo nunca me había topado con tantos muertos en el camino. --Como así...¿es que pa' abajo hay más muertos?. --Preguntaron los dos hombres. --Ave María Santísima, había

una mujer machetada por todo la'o. --Y qué, ¿le parece muy raro?, --preguntaron los hombres. --Claro, cómo que si qué... tantos muertos. El joven siguió el camino y más adelante lo estaban esperando los dos hombres, quienes a mansalva le cerraron el paso, le quitaron el machete, le robaron la plata y lo ahorcaron colgándolo de un árbol.

En este momento de la narración don Rubén hace una pausa y ordena a su hijo. --Vea mijo, vusté por que no va repartiendo esa chicha de maiz que hizo su mamá, pa' que estos señores conozcan lo que es una buena chicha bien emborrachadora. Sirva mijo, sirva pa' todos, aprenda que la visita hay que atendela bien.

--Don Rubén continuó su relato. -- El hermano mayor, o sea el bobo, apenas se enteró que su hermano se había ido, salió detrás de él, se despidió del patrón muy agradecido y el patrón le dijo lo mismo que le dijo a su hermano, que escogiera entre la plata o un don especial. Y el bobo le contestó: Ah, yo tan bobo pa' que plata, me la roban... no, a mi dème el don. Y el patrón le dijo: --Vea... pa' que vusté pueda vivir como un poquito en paz, tiene que hecese el bobo como si no lo fuera: lo que oiga, todo lo que vea, haga de cuenta que no ha visto nada, guárdelo pa' vusté no más y que nada lo sorprenda, que nada le parezca raro. Esto está tan horrible que no se le vuelva raro nada de lo que ocurra, no diga nada a nadie porque vusté no ha visto nada ni ha escuchado nada. Ah, llévase este jimbrecito pa' que se lo coma en la casa y le lleva a sus papás. Tranquilo que no se le daña.

El bobo salió y como a una hora del camino se encontró a la mujer muerta y machetada, pero pasó derecho, como sin darle importancia; ahí mismo le salió un hombre, aquel mismito que le salió al hermano y le dijo. --¿No le parece muy raro esa mujer ahí muerta?. Y él le contestó: --No, qué tiene de raro. Nada, es una mujer muerta. Y se despidió. Continuó su camino y como a las dos horas se encontró a dos tipos tirados en el suelo, llenos de balas y siguió su marcha. Pero los dos hombres que se había encontrado antes le salieron de nuevo y le preguntaron. -- ¿Qué vio pa' bajo?. Y el bobo respondió: --A yo, nada... que iba a ver, nada. -- Le dijeron si no se le hacía muy raro esos muertos que había en el camino y él contestó que eso era normal, que no se le hacía nada raro, respuesta por la cual lo dejaron continuar. El bobo siguió su marcha, pero cual sería la sorpresa cuando a media hora de camino se encontró con su hermano colgando de un árbol y ahí también

se salieron los dos tipos de abajo y le preguntaron. —¿No le parece muy raro, su hermano tan buena gente, ahí colgado, usted sabe por qué lo colgaron así? Y el bobo respondió: —Yo no sé, ni quiero saber, —yo no sé nada— acordándose de la conversación con su patrón.

Cuando el bobo llegó a su casa sus padres lo recibieron con mucha alegría y cuando miró el jambre, era toda la platica que había ahorrado.

Terminó don Rubén: —la vida en estos lugares, con la violencia tan fuerte como está, hay que aprender a vivirla. El mundo está muy revolca'o, lo ha esta'o siempre. Por eso, no podemos mostrar todo lo que sabemos, ni contar todo lo que vemos, no meternos donde no nos llamen, no decir nada de lo que oímos. Esta es la ley para vivir en paz."²⁰²

Fotografía 3. “Hágase el bobo como si no lo fuera”. Fuente: Botero 2016, 198

Como se relata en la historia oral “*Hágase el bobo como si no lo fuera*”, la forma en que el campesino responde a la situación de violencia es la subalternización, entendida como pasividad, como no expresión de la experiencia internalizada o de la manera en que vivió la violencia ejercida sobre él, no es sólo una forma de autoprotección, es ante todo la anulación de su posibilidad de intervenir en la vida social a partir de su experiencia; es el silencio, la negación de la sensibilidad frente a su realidad, lo que significa, de hecho, su reducción a un medio (objeto) no sujeto en una relación social de desigualdad. Por otro lado, el punto de partida de la historia es el mensaje de la oda y exaltación a la figura del patrón, de la necesidad de obedecerle o se puede caer en la mala fortuna, de lo que se deriva que la enseñanza es: la sabiduría del trabajador es la obediencia al patrón.

La historia, abre paso para entender otra de las características de la subjetividad que en los últimos veinte años se formó (o afirmó) en los campesinos de Sonsón y en general en la población local, una especialmente proveniente del conflicto social y que es más activa que pasiva, se trata de una radicalidad clasista o clasismo violento. Este rasgo consiste en la invalidación social de la violencia ejercida desde abajo, acompañada de una legitimación de la violencia desde arriba. La expresión más típica de esto, es ver como aceptable o relativamente positivo y necesario la aniquilación de los considerados marginales (pobres), bajo la forma de “limpieza social”. El término permite entender cómo se subjetiva la desigualdad social de un modo sanitario y asociado a los sentidos, como una relación entre limpios y sucios (o no limpios),

en que los segundos aparecen como una acumulación dañina que debe ser eliminada cada cierto tiempo, para sostener la salud (el orden de desigualdad social) del organismo social. Así es como un campesino de Sonsón describe el carácter clasista de la violencia en el conflicto a nivel local: “Mataban a la gente más buena, a la gente de buena familia, y al que tenían que matar no lo mataban” (Blass Restrepo, Sonsón, 12/02/2020).

Este clasismo violento es una ley del embudo sobre la violencia, tiene su origen en la dominación estatal y paramilitar del territorio como parte del proyecto político uribista de alcance nacional, así como en su hegemonía. No es, por lo tanto, algo inherente a la población sino la subjetivación forzada y, al mismo tiempo, consensuada de una experiencia histórica. Entre otras, esta experiencia fue la “limpieza social” de los paramilitares, legitimada y aún hoy añorada por la población, que fue dirigida contra grupos segregados definidos como “los que había que matar”: ladrones, drogadictos, prostitutas, precisamente, aquellos que junto a los rebeldes no eran “gente de bien”. Este relato recogido por la ONG Conciudadana (2019) en su trabajo sobre la memoria del conflicto en Sonsón da cuenta de esta situación:

...Esta masacre fue el inicio de las autodefensas en Sonsón; empezaron a cometer toda clase de atropellos a la comunidad e iniciaron su propia “limpieza social”. Nos decía un ciudadano sobre el accionar de las Autodefensas: En 1996 como una forma de estar acá y de combatir todos estos flagelos, comienzan matando gente, gente que se suponía eran ladrones, que eran extorsionistas. Al principio la gente de Sonsón de cierta forma decíamos de una forma muy displicente: ah sí, muy bueno que maten todos esos marihuaneros, muy rico que acaben con todos esos ladrones, ojalá las autodefensas acaben con todo eso, pero ya cuando se tocan personas de la sociedad sonsoneña como el caso de Manuel Villa y el caso de don Antonio Henao y de la docente Rosalba López, ya sea por rumores o porque de pronto ellos tuvieron algún tipo de contacto con la guerrilla o por chismes, empieza uno a preocuparse (Conciudadanía 45, 2019).

Del otro extremo, se formó una subjetividad que rechaza toda violencia ejercida por los grupos oprimidos y explotados de la sociedad, incluyendo al propio campesinado, y que signifique una alteración del orden social de la desigualdad imperante, sea en una forma organizada y politizada como la insurgencia, u oculta y espontánea como el crimen. Es común, además, la animadversión compartida hacia toda expresión de protesta o movilización social que sugiera agitación,

confrontación o parar la producción, generalmente asociadas a la violencia y la rebelión misma, como ya se ha descrito en cuanto a la formación de una conciencia antisubversiva.

Por otro lado, la historia inicial anuncia, con la alusión a la figura del patrón, no sólo la interiorización del conflicto social, sino su fundamento en las relaciones sociales de producción, es decir, la asimilación campesina de la desposesión a la que han sido sometidos por las formas de acumulación neoliberal. La principal característica de la forma en que los campesinos de Sonsón han experimentado el proceso de acumulación y desposesión de los últimos veinte años es describible como un individualismo subalternizado, término que refiere a una forma de pensar y actuar acorde a las relaciones sociales e ideología neoliberal, es decir, como agentes de mercado, adoptando los valores propios de las clases dirigentes acomodadas en este modelo: el ánimo de acumulación, la competitividad o el empresarismo, lo que ya es un indicio de subalternidad, pero, además, se caracteriza por la interiorización del sufrimiento, de las pérdidas y la imposibilidad de trasladar esto al mundo social.

Los campesinos tienden a echarse al hombro el peso del despojo que les han causado, al que se han lanzado forzada y animosamente. Se trata de una forma de subalternidad encajada en la acumulación neoliberal, en que el subalterno se lanza por su cuota de éxito y, al ser barrido por las condiciones materiales del modelo, asume la responsabilidad de su ruina y explotación. Los subalternos se individualizan no sólo haciendo mímica empresarial, sino cargando individualmente el bulto de su aventura, negándose a compartir el peso. Esto es evidente en relatos mencionados ya como los de José Julián y Martín Estrada, sobre cómo los riesgos y fracasos del emprendimiento o endeudamiento, son alzados al hombro por los campesinos como una total responsabilidad individual, por haberse adentrado en la jungla neoliberal.

En segundo lugar, el proceso hegemónico operó en un sentido afirmativo, haciendo brillar en los campesinos valores ya preexistentes como el trabajo abnegado y la cultura de “buena paga”. En el primer caso, la laboriosidad es una forma de interiorizar la explotación y la posición misma de clase, es un orgullo explotado, pero no como propuesta popular sino hegemónica, el sometimiento al trabajo es enaltecido, pero no contrapuesto en una relación de clase ante los explotadores; al no producir diferenciación, tampoco promueve la formación de un sujeto político

autónomo. La exaltación del trabajo más sacrificado es, además, una forma de hacerlo aceptable, una reivindicación que no trasciende lo simbólico y se reduce al reconocimiento social. Se trata del elemento más distintivo en la forma de autodefinirse socialmente que tienen los campesinos: ante la privación de su relativa autonomía preexistente al desarrollo neoliberal en Sonsón, las condiciones de dependencia y explotación, directa e indirecta⁴⁰ se agudizan, y con ello, el valor del trabajo (hegemónicamente entendido) cobra mayor sentido. El relato de Isabel, mujer campesina cuyo trabajo ha sido prácticamente igual al de cualquier hombre en la agricultura, es dicente de cómo lo entiende:

...nosotros sólo andamos con las manos pa' trabajar (...) con la frente limpia y los pies en alto, porque es que yo a mi hijo le digo, muchas veces se lo he dicho, porque yo lo he enseñado a trabajar y a ser honrado: si hoy o mañana se ve abatido y no tiene nada pida, pida que alguien se compadece de uno... (Isabel Sánchez, en entrevista con el autor, 02/2020).

Así como se afianzó el sacar pecho por el sudor derramado, el ánimo de obtener una tajada emprendiendo en la economía también ha desinflado a los campesinos, pues este proceso de acumulación introduce una lógica de la productividad inversa, aquella en que importa más el producto que el mismo trabajo invertido en él.

En cuanto a la “cultura de buena paga”, puede entenderse como una fuerte convicción o compromiso social hacia el pago de las deudas financieras y un profundo sentido de vergüenza por la mora. Para el campesino sonsonense las deudas son sagradas, esto significa que puede sacrificar su vida, estabilidad e ingreso con tal de cumplirlas. Está dispuesto a reducir al máximo sus propios medios de vida o caer en la superexplotación con tal de no ser socialmente reconocido como un mal pagador, es un sentido casi religioso y fanático de autoflagelación con tal de no incumplirle al banco: largas jornadas de trabajo, reducción de gastos personales o sobreendeudamiento son sus manifestaciones prácticas. Se trata de la forma en que experimentaron lo que se consideró aquí el despojo ejercido por los acreedores, especialmente la banca, que está profundamente ligado a la implantación del modelo neoliberal en el municipio,

⁴⁰ Por explotación directa se hace alusión a aquella en una relación de producción formal o informal entre sujetos, por explotación indirecta se define aquella que el campesino se ve obligado a imponerse, para poder responder al mercado.

considerando la mayor dependencia del capital financiero para insertar la producción agrícola en el mercado, algo que se ha expandido en las dos últimas décadas.

Como se ve, al igual que con el trabajo, se trata de una suerte de prestigio de la obediencia, un estatus por situarse como parte subalterna en una relación social de desigualdad, pero sin llegar a cuestionarla. En este caso, opera igualmente el problema del individualismo, pues el campesino está convencido de que ha actuado como agente autónomo y libre de mercado al endeudarse, no se le pasa por la cabeza considerar el endeudamiento como un problema social que pueda tramitarse colectivamente. Así es como piensa José Julián, joven campesino sonsoneño, sobre lo que significa no resistirse al despojo bancario:

INV: ¿y qué tal decidir no pagar, colectivamente?

JJ: ¡Eso sería lo ideal! Lo que pasa es que también se pone uno a pensar que que en cierto modo eso es un beneficio, lo que yo digo que le están brindando a uno es un beneficio, a no ser que la persona...

El tema es que cuando uno es responsable para pagar las deudas uno como que no quisiera hacer eso, es cuestión de responsabilidad, y pues eso sí he visto yo en la gente de la asociación y en la gente que son pues de esta zona, que son muy responsables, poquitos son los que dicen: “¡No! es que esa deuda no la voy a pagar y así yo sepa que la debo no la pago...” aquí hay más bien una cultura de buenos paga. A no ser que esa deuda se la metan injustamente, pero si usted sabe que esa plata la cogió, se la gastó, sea en cultivo o sea comprando ropa o sea lo que sea, sabe uno, éticamente, que tiene que pagar, con intereses sí, porque uno desde que le van a prestar la plata le dicen: “vea, tiene que pagar tantos intereses, tales días, ya usted verá si se mete o no...” (José Julián Osorio, Sonsón, 27/02/2020).

En definitiva, el proceso de ahorcamiento neoliberal ha dejado a los campesinos de Sonsón pálidos, arrancándoles sus medios de vida, mientras que el baño hegemónico de ruda los dejó limpios, haciendo brillar en ellos la subordinación: silencio, clasismo radical, pasividad, individualismo y un orgullo de ser explotados, fue lo que las clases dirigentes/dominantes locales y nacionales quisieron dejar en ellos en veinte años de sometimiento, y en parte lo lograron. A su alrededor, no obstante, sigue estando el pantano de la rebeldía, del que han de volver a untarse como ya lo han hecho antes y por el que deben pasar como única salida a la monstruosidad que el

capital impone sobre sus vidas. Después de todo, el orgullo campesino también está en ensuciarse, más que en vivir relucientes de obediencia.

Conclusiones

Retomando la pregunta inicial que se trató de responder a lo largo de la tesis: ¿Cómo el proceso de acumulación por desposesión y la hegemonía de las clases dirigentes/dominantes, en medio del conflicto social, entre 1997 y 2020, modificó la subjetividad de los campesinos de Sonsón? Es posible responderla aludiendo a las dos figuras mencionadas del ahorcamiento y el baño de ruda. Con la primera, se trató de representar las diferentes formas de despojo y acumulación mencionadas como fuerzas objetivas de proletarización campesina, que se expresaron en una práctica vital individualizada, acorde a la economía neoliberal, formando sujetos emprendedores o decididos asalariados, según la diferenciación interna del campesinado.

La segunda figura, describe un proceso doble: la articulación de la identidad local campesina al proyecto dominante y en formación hegemónica (cristalizado como bloque de poder dominante dentro del Estado) y la afirmación de la hegemonía históricamente producida sobre los campesinos. Este proceso se realizó, a nivel local, mediante los cambios en la organización campesina y el aparato cultural, e implicó forzar la renuncia de los campesinos a la disputa por sí mismos (pasividad) y sembrar en ellos la separación del resto de clases subalternas. La subjetividad producida en los campesinos de Sonsón por la hegemonía, durante este ciclo histórico, aún sin terminar, se ha caracterizado por una obediencia fanática hacia sus despojadores, por una aversión total hacia la alteración del orden social, por la exaltación del orgullo explotado y por el aprendizaje del silencio.

Teóricamente, ha resultado posible describir la implantación del neoliberalismo en Sonsón mediante procesos de acumulación por desposesión y de destrucción creativa. El caso invita a pensar la posibilidad que ofrecen estos conceptos más allá de la comprensión de relaciones de poder económicas, y extender su alcance hacia la comprensión de la subalternidad, como una desposesión contingente de posibilidades autónomas y de resistencia. Acorde a lo anterior, se ha develado que la estructura económica neoliberal de Sonsón expresa no meramente un proceso de despojo como génesis de la acumulación; más allá de eso, la experiencia de vida de los campesinos del municipio exige pensar en una organización institucionalizada, normalizada y

permanente de despojo, auspiciado y promovido por el Estado, por parte de la sociedad e incluso por sus víctimas.

Según se encuentra en este caso, la formación de la subalternidad del campesinado sonsoneño obedece a dos procesos simultáneos de naturaleza política, cultural e ideológica que, por lo tanto, y siguiendo lo planteado por Gramsci, operan en sentidos interno y externo. La afirmación cultural significa que la hegemonía no es una semilla que cae en tierra estéril, sino que se formó históricamente, y entre 1997 y 2020 se afianzó con nuevos elementos, pero germinando en condiciones favorables preexistentes. A esto se refiere la dimensión interna de la edificación hegemónica. En cuanto a su corriente externa, es el trabajo ideológico realizado por los mecanismos y sujetos agentes orgánicos de las clases dirigentes, relativo a introducir, en la concepción del mundo tradicional de los campesinos de Sonsón, el discurso antiterrorista, contrainsurgente y pro neoliberal.

El análisis aquí planteado, puede ser ampliado y profundizado mediante un examen de la diferenciación interna del campesinado, pero, considerando que en este caso existe una apropiación hegemónica de lo campesino en la cultura, en que las clases dirigentes han producido una visión de ello en la que también se incluyen –aunque eliminando precisamente aquellas dimensiones de resistencia y autonomía– esto obliga a que la diferenciación interna del campesinado deba ser observada objetivamente, según la sociología rural, algo que sería especialmente difícil en cuanto a la cultura e ideología.

Una tarea pendiente que se supone el presente trabajo como problema empírico y teórico, sobre todo habiendo apropiado la teorización de Harvey, es el análisis crítico geográfico y espacial de las transformaciones que el despojo y la destrucción neoliberal han hecho en Sonsón. Problemas como la centralización urbana de la fuerza de trabajo rural, la aniquilación del páramo local por la agroindustria del aguacate o la apropiación privada de los ríos por la explotación hidroenergética demandan un acercamiento desde estos enfoques, siendo realidades que derivan del asentamiento de capital externo en el marco de su reproducción ampliada.

Lo anterior, desata otro problema que este trabajo deja abierto: la pertinencia de pensar las relaciones de poder y desigualdad entre clases en términos espaciales, pues la articulación global, sobre todo de las clases dominantes/dirigentes, tiende a liquidar las relaciones de poder limitadas a una dimensión local, obligando a considerar sujetos, más que espacios. Lo nacional, en sentido gramsciano, ofrece una salida a ello, al sugerir relaciones de desigualdad inmateriales y no una dimensión superior a nivel geográfico o estatal. No obstante, el caso de Sonsón, al tratarse de un espacio social con una fuerte formación histórica cultural y económica, conserva la suficiente solidez para permitir un examen local, como ocurre con su aparato cultural, pero impensable sin considerar sujetos y procesos externos. Este trabajo sugiere, por lo tanto, la necesidad de recobrar la importancia de un enfoque de clase social para pensar la desigualdad y el poder, algo que puede ser integrado con la perspectiva de la geografía crítica.

Hasta el momento, todo lo que se trató de exponer conduce inevitablemente a otra pregunta mucho más práctica, aquella por las salidas que tienen los campesinos de Sonsón a su situación. Si no se puede enunciar aquí todo un programa político para ello, se puede alumbrar mediante este trabajo el camino. Ciertamente, no hay otra salida que la lucha, pero ¿qué significa luchar y cuáles son las características de esa lucha? no se trata de una lucha en abstracto, que no dice cómo ni contra quién. La lucha de los campesinos de Sonsón, si ha de conducirles a su propia redención, ha de ser contra sus despojadores y quienes los han oprimido tanto violenta como culturalmente: los banqueros y usureros, las multinacionales, los intermediarios, los negociantes de las hidroeléctricas, los políticos locales que promueven políticas neoliberales y, junto a ellos, los intelectuales, medios de comunicación y aparatos culturales e ideológicos locales, regionales y nacionales que les hablan dulcemente al oído, haciéndoles creer que no hay razones para la lucha, que sus reclamos se resuelven con pequeños favores de políticos o que más que campesinos pobres son sonsoneños o antioqueños. Es decir, esta lucha campesina ha de ser claramente anticapitalista y contra el bloque de poder dominante en Colombia.

El cómo de esta lucha, tiene por primer paso reconocerse, saber quiénes son y quiénes no son. No son herederos de grandes adalides de la colonización, son descendientes de quienes fueron forzados por élites comerciantes, industriales y terratenientes a abrir monte para luego ser sometidos y despojados. No son hoy emprendedores y grandes capitalistas en proceso, son

trabajadores, campesinos jornaleros y proletarios de la agroindustria. El capital transnacional no ha caído en Sonsón (como en ninguna parte lo ha hecho) como una bendición del cielo, sino todo lo contrario.

Pero saber quiénes son requiere una tarea previa: la reconstrucción de la historia campesina desde su propia experiencia. Para ello, hace falta buscar, dar forma y sistematizar su tradición oral, su música, arte y toda aquella cultura que hayan podido producir, aquella que no se encuentra atada a la dirección cultural hegemónica, sino aquella que es precisamente opuesta. Exige encontrar una síntesis de valores diferentes cuyas semillas existen en la solidaridad, el trabajo común y el tesón como sustento subjetivo de la lucha, ya no como orgullo explotado, en un ejercicio no sólo de buscar sino de repensar. Esta es una tarea que sólo puede provenir de la intelectualidad orgánica campesina, y en general de los grupos subalternos o en proceso de dejar de serlo, es ahí donde el presente trabajo resulta inacabado y puede ser continuado. Así, su lucha ha de ser, además de por las reivindicaciones económicas, una lucha por formar una visión del mundo propia.

Sabiendo quienes son, habrán de rehacer sus organizaciones viejas y nuevas, rompiendo radicalmente con el proyecto uribista y tirando abajo sus estatuas; no sólo de piedra, sino en la consciencia, estatuas levantadas a rapaces despojadores neoliberales responsables de la ruina campesina, que apalancan aún hoy su proyecto en el paramilitarismo y el militarismo estatal. Dos de los cambios de los últimos veinte años en la organización campesina son especialmente importantes e irreversibles: su feminización y su agenda ecológica, las consecuencias de ambos quedan por ser estudiadas, sobre todo en cuanto cómo se forma la hegemonía interna del movimiento social y cuál es el lugar que en ello ocupa en las relaciones de clase.

Organizados para sí, sabiendo quiénes son y quién es su enemigo, sabrán también quienes son sus aliados: movimientos sociales por la defensa del territorio, campesinos pobres, estudiantes, obreros, desempleados, feministas, todos los que se muevan por la defensa de una paz con transformaciones económicas y políticas (no como mera pasividad), por la distribución de la tierra y la riqueza, la soberanía alimentaria y en general por un orden social opuesto al imperante.

Pero, así como su formación en campesinado, es decir, en campesinos conscientes, movilizados, sensibles y organizados no se detiene, tampoco se detiene la crisis del capital. La pandemia del SARS-COV2 o COVID-19, no es otra cosa que la crisis biológica del capital, o lo que es lo mismo, la crisis de la relación capitalista entre ser humano y naturaleza. A los campesinos de Sonsón esta crisis parece golpearlos particularmente, porque la huida del lumpen de las ciudades hacia el campo aumenta la presión sobre la tierra con fines especulativos o recreacionales, al tiempo, la crisis ha reducido la demanda de alimentos en espacios de consumo urbanos, liquidando parte de la producción campesina. A los campesinos de Sonsón les quedan dos caminos: la servidumbre o la lucha.

Lista de referencias

- Appelbaum, Nancy. 2007. Dos plazas y una nación: raza y colonización en Riosucio, Caldas, 1846-1948. Universidad del Rosario; ICANH.
- Arbeláez, Ana María. 2007. “El Oriente Antioqueño”, en *Migración Forzada de Colombianos: Colombia, Ecuador, Canadá*. Medellín: Corporación Región.
- Beltrán, Miguel Ángel. 2011. Perspectivas en las ciencias sociales. Colección Asoproudea, No 6. Medellín.
- Betancur, Belisario. 1987. “La Ruptura Familiar”, en *Declaración de amor del modo de ser antioqueño*. El Navegante Editores. Edición PDF.
- Borda. 2010. “Entre los paisas: reconociendo su misión en la historia”, en *Antología*. Pp. 341-351. Medellín Universidad de Antioquia.
- Botero, José. 2016. Río Verde Historias y Caminos. Sonsón, Antioquia, Colombia.
- Cámara de Comercio Oriente Antioqueño (CCOA). 2017. El concepto económico del oriente antioqueño. Rionegro: CCOA. Edición PDF
- Centro de Historia San José Ezpeleta de Sonsón. 2001. Notas Editorial. Arcón: Sonsón
- Centro de Historia San José Ezpeleta de Sonsón. 2002. Cosas del día, *La respuesta de Sonsón*. Arcón: Sonsón
- Conciudadanía. 2019. Sonsón Memoria Viva, una mirada a la memoria del conflicto armado en Sonsón y las acciones de resistencia civil. Medellín
- Correa, Jaramillo. 2002. El ethos antioqueño: Soporte moral para la creación, desarrollo y conservación de empresas. Universidad de Medellín; Semestre Económico Vol. 5, No. 10.
- DANE, Departamento Administrativo Nacional de Estadística. 2018. Censo Nacional de Población y Vivienda. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/demografia-y-poblacion/censo-nacional-de-poblacion-y-vivienda-2018/cuantos-somos>
- Estrada, Jairo. 2015. “Acumulación capitalista, dominación de clase y rebelión armada Elementos para una interpretación histórica del conflicto social y armado” en: *Conflicto Social y Rebelión Armada: ensayos críticos*. Pp. 250-316 Bogotá: Gentes del Común.

- Fundación Viztaz, Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia, Alcaldía de Sonsón,
 Corporación Fiestas del Maíz. (s/f). Fiestas del Maíz, Patrimonio Inmaterial de Sonsón.
- Giraldo, Carlos. 2012. La Marquesa de Yolombó: entre el territorio de la magia y la razón instrumental. *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Medellín, Vol. 27, No. 44
- Gramsci, Antonio. 1977. *Política y Sociedad*, Ediciones Península, Barcelona.
- Gramsci, Antonio. 1967. La formación de los intelectuales. México D. F: Editorial Grijalbo.
- Gramsci, Antonio. 2013. “Algunos temas sobre la cuestión meridional”, en *Antología*, pp. 365-374. Madrid: Akal
- Gramsci, Antonio. 2013. “Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas”, en *Antología*, pp. 365-374. Madrid: Akal.
- Gutiérrez de Pineda, Virginia. 1999. “Complejo Cultural Antioqueño o de la Montaña”, en *Familia y Cultura en Colombia*. Pp. 395-497. Medellín. Universidad de Antioquia.
- Harvey, David. 2005. “El “nuevo imperialismo: acumulación por desposesión.” En *Socialist Register* enero 2005: 99-12.
- Harvey, David. 2008. El neoliberalismo como destrucción creativa. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*.
- Herrera, Fernando. 1983. *Antecedentes de la Industrialización en Antioquia*. Medellín: Centro de Investigaciones Económicas CIE.
- Hobsbawm, Eric. 1963. *La situación revolucionaria en Colombia*. Traducido por Felipe Cesar Camilo Caro Romero. *Revista Estudiantil de investigaciones en historia*. Vol. 19, No 6. Bogotá
- Hylton, Forrest. 2006. *An Evil Hour, Uribe's Colombia in Historical Perspective*. Verso.
- Lefevre, Henri. 1978. *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Anthropos.
- Luxemburgo, Rosa. La acumulación de capital. Disponible en:
<https://www.marxists.org/espanol/luxem/1913/1913-lal-acumulacion-del-capital.pdf>
- Marino Arroyave Arango. 2006. *Conflicto Social en Sonsón*. Arcón, Centro de Historia San José Ezpeleta de Sonsón. (4)
- Marx, Karl. 1974. *El Capital, crítica de la economía política*, Tomo 1. México DF: Fondo de Cultura Económica.

- Microempresas de Colombia. 2019. Estudio de factibilidad apertura de oficina Sonsón-Antioquia. Medellín. Virtual: <https://es.scribd.com/document/470084228/Estudio-de-Factibilidad-Oficina-Microempresas-de-Colombia-Sonson>
- Mills, Charles Wright. 2003. La promesa. *La imaginación sociológica*. México: FCE. Pp. 23-43.
- Modonesi, Massimo. 2010. Subalternidad, antagonismo, autonomía. Marxismo y subjetivación política. Buenos Aires: CLACSO. Edición PDF.
- Mouffe, Chantal. 1991. *Hegemonía e ideología en Gramsci*. Bogotá: Foro Nacional. Pág. 167-227.
- Municipio de Sonsón. 2017. Plan municipal de cultura y patrimonio de Sonsón 2012-2023. Sonsón, Antioquia, Colombia.
- Olaya, Carlos. 2016. “El exterminio del Movimiento Cívico del Oriente de Antioquia”. *El ágora*: 17 (1).
- Palacios, Marco. 2009. TIERRA Y SOCIEDAD: LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA. En “*El café en Colombia, 1850-1970: una historia económica, social y política*.”. Colegio de México. JSTOR.
- Pérez, Hernán. 2017. “Patrimonio arquitectónico de Sonsón Antioquia”. Congreso Latinoamericano de Gestión Cultural, Cali, 16,19 y 20 de octubre de 2017.
- PNUD, Ministerio de Trabajo.2014 Perfil Productivo municipio de Sonsón. Virtual: https://issuu.com/pnudcol/docs/perfil_productivo_sons_n
- PNUD. 2010. Oriente Antioqueño: análisis de la conflictividad. Virtual: https://info.undp.org/docs/pdc/Documents/COL/00058220_Analisis%20conflictividad%20Oriente%20Antioque%C3%B1o.pdf
- Ritzer, George. 1993. *Teoría sociológica clásica*. Madrid: McGraw- Hill.
- Shumpeter, J.A. 1996. Capitalismo, socialismo y democracia. Madrid: Folio.
- Siegert, de la Torre. 2011. Geografías de la Guerra, el Poder y la Resistencia: Oriente y Urabá Antioqueños, 1990-2008. Bogotá: CINEP
- Téllez, Juan. 2010. La colonización antioqueña, el emprendimiento, y su aporte a la competitividad regional y nacional. " Estudios Gerenciales 26, no. 114 (2010):119-147. Redalyc, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=21218572006>
- Tirado Mejía Álvaro. 1978. Aspectos de la Colonización Antioqueña. Medellín: Colcultura.

- Uribe María, Alvarez G. 1998. *Las raíces del poder regional: el caso antioqueño*. Universidad de Antioquia: Medellín.
- V. I. Lenin, *Obras Completas*, tomo 7. Moscú: Editorial Progreso, 1981, pp. 135-216.
- Vega, Comunidades campesinas de Río Verde Sonsón. 2019. *RÍO VERDE DE LOS MONTES: tierras de hermandad, alegría y trabajo*. Medellín: Universidad EAFIT
- Vega, Comunidades campesinas de Río Verde Sonsón. 2019. *RÍO VERDE DE LOS HENAOS: nuestra tierra solidaria, alegre y amable*. Medellín: Universidad EAFIT.
- Zelik, Raul. 2014. *Paramilitarismo: Violencia y transformación social, política y económica en Colombia*. Bogotá DC: Siglo del hombre editores.
- Zubiría, Sergio. 2015. “Dimensiones políticas y culturales del conflicto colombiano” en: *Conflicto Social y Rebelión Armada: ensayos críticos*. Pp. 320-369. Bogotá: Gentes del Común.